

bertad, y que, lejos de aspirar la familia de Saboya á su engrandecimiento á costa de otros pueblos, solo pretendía que se estrecharan los vínculos que con sus pueblos hermanos unen á Italia, para trabajar en bien de la común prosperidad de todos, bajo la égida de los modernos principios civilizadores.

Si en algo debe pesar, y es lo cierto que su importancia lo merece, la actitud de las potencias extranjeras, con respecto al advenimiento del duque de Aosta al trono de España, datos abundantes de que felicitarnos contiene el protocolo oficial á que venimos haciendo referencia. La mayoría de las naciones, así las que disfrutaban de grande influencia en la política internacional, como las que están modestamente reducidas á la tranquilidad de su vida interior, han mostrado su disposición propicia á la solución régia que se prepara.

La Alemania y la Francia, cuyos intereses en la actualidad no pueden hallarse mas contrapuestos; la Inglaterra, cuya política de suspicacias es bien conocida; el Austria, hoy puesta en guardia, con respecto al curso que puedan tomar los negocios europeos; la Bélgica, igualmente prevenida contra cualquiera suceso que pueda afectar sus intereses; la Rusia, con su especial política de retraimiento; la Turquía, con sus temores; la Holanda, la Suecia, la Noruega y la Dinamarca, amen de alguna otra potencia, pero cuyo recuerdo no nos sirve en este momento la memoria, todas, ó bien concretándose á respetar la independencia de nuestro país, para constituirse conforme lo resuelva su voluntad soberana, ó bien extendiéndose á manifestar su agrado por la solución que se les notificó, todas, decimos, han ofrecido con sus contestaciones, la más alta seguridad y garantía de que Europa ha de ver con muestras de simpatía y consideración, la elección del ilustre hijo de Víctor Manuel, para venir á consolidar la obra que España dejó iniciada en Setiembre de 1868.

No ha podido, por lo que á España respecta, contener el movimiento favorable que en todos los ánimos sensatos se ha realizado, el clamor que han levantado los diferentes grupos cuyas esperanzas personales ó de partido vienen á dejar frustradas el nombramiento del príncipe Amadeo para rey de España. No habremos ya de la complacencia de todas las clases é individuos interesadas en el bienestar y tranquilidad generales; busquemos en las regiones de la política activa, donde es la verdad que reinaba grande agitación y notable contraposición de tendencias.

Pues bien; desde el momento en que la voz del general Prim se dejó oír en el salón del Senado, anunciando el feliz término de las negociaciones emprendidas cerca de Víctor Manuel y del Gobierno italiano; desde que á la voz del ilustre y leal patricio, sucedieron las de otros eminentes personajes políticos, expresando cada uno su mayor ó menor disposición á votar la candidatura, pero mostrándose todos conformes en cuanto á sus sentimientos de consideración hácia el egregio candidato; desde aquel momento hasta el actual, en que se halla tan próxima la hora solemne en que los destinos de España han de quedar fijados, los indicios de grande y glorioso éxito que espera á la candidatura aostina han ido aumentando, hasta presentarlo como poco menos que absolutamente asegurado.

Un grupo respetable de la mayoría monárquica, cuyos individuos tenían puesta su intención en el pacificador de nuestra España, y que, firmes en su propósito, no se hallaban dispuestos á transigir, quedan desde hoy con la conciencia de haber cumplido como buenos, libres para dar su voto á la candidatura presentada, despues de la carta llena de patriotismo y de noble generosidad que les ha dirigido el venerable retirado de Logroño, manifestándoles su decidido empeño de no aceptar la corona, aun en el caso de ser elegido por las Cortes.

Otro grupo exiguo y convicto de inconsecuencia, aquel que no há muchos días clamaba en un manifiesto contra la continuación de la interinidad, es el único que, dentro de las filas monárquicas, hace la oposición á la candidatura oficial, demostrando así no haber sido afan patriótico, sino interés mezquino, el que les movió á dirigirse á la nación por medio de aquel manifiesto á que nos hemos referido.

Esperemos, pues, confiadamente el momento en que sea un hecho, digno de ser celebrado con todo nuestro patriótico contento, la coronación definitiva y gloriosa del edificio revolucionario; esperemos que en breve hemos de ver terminada la empresa de nuestra libre Constitución, empezando la nueva era en que, bajo la custodia de un príncipe ilustrado, joven, liberal y justo, y la salvaguardia de nuestro amor indestructible á las libertades conquistadas, irá produciendo dichosos y sazonados frutos la revolución cuya síntesis se expresa con estas dos palabras: progreso y libertad.

ULTRAMAR.

LA CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

V.

Salgamos ya de nuestro terreno especial y abandonemos nuestras particulares aspiraciones, para considerar la cuestión que nos ocupa bajo un punto de vista positivo, dedicándonos al exámen de la ley ya escrita, aunque no todavía sancionada por el voto soberano de las Cortes Constituyentes.

La Constitución de Puerto-Rico, cuyo proyecto, en buen hora para nosotros y para el valor y prestigio de la doctrina liberal, que hoy debemos indefectiblemente aplicar, fué retirado de la mesa de la Cámara, por el actual ministro de Ultramar, con el objeto de sujetarlo á nuevo estudio, lo merece á todas luces, maduro y detallado, conteniendo, como contiene á nuestro ver, diversos y muy notables errores, en la mayor parte de los artículos que lo forman.

Convénzanos, ante todo, de ello, una ojeada general que sobre él echemos. ¿Qué es lo primero que debe resaltar en toda ley, y sobre todo siendo esta encaminada á reformar sustancialmente, por necesidad y por justicia, la vida política de un pueblo? ¿Cuál es la base en que debe asentarse el conjunto de principios y disposiciones que en aquella ley se han desenvuelto?

Es evidentemente la de un plan determinado y uniforme, que imprimiendo á la ley un carácter marcado y haciéndola responder á una idea ó á un sistema concretos, la dirija desde el primer día de su aplicación, á la eficacia en uno ú otro sentido, á la producción de este ó aquel resultado, pero siempre con firmeza, y siempre evitando el caso bochornoso para el poder legislativo de una sociedad, de que la ley dictada, ejerciendo á la ventura su influencia, produzca en momentos inesperados, unos efectos menos previstos todavía.

Preciso es, que cuando se trate de dar á un pueblo, metrópoli ó colonia, de condiciones ordinarias ó excepcionales, una legislación cualquiera, se descubra desde el primer instante, cual fué el ideal, que el legislador se propuso conseguir; preciso es, que, pues no hay política sabia ni certera, sin un sistema que la sintetice, veamos en la ley que aparece, una expresión política, por venir manifiesto en ella el desenvolvimiento de un sistema.

Este es el que no aparece en el proyecto de Constitución que nos ocupa. Con ser una ley trascendental, destinada á fijar la manera de ser de una sociedad, á cuya radical transformación se aspira; con venir á determinar una serie de relaciones nuevas entre una colonia y su metrópoli; carece el mencionado proyecto de dos requisitos esenciales. Fáltale, en primer lugar, consecuencia en la doctrina que á su formación debe haber presidido, y en segundo lugar le falta un espíritu práctico, que revele la tendencia de escuela ó de sistema á que obedece.

¿Cómo se legisla hoy, despues de consumado un movimiento revolucionario, que en todos los ánimos y en todos los elementos de nuestra vida, infiltró nueva savia é infundió nuevo aliento? ¿Permanecen aun en pie, y en observancia, aquellos procedimientos meticulosos, fundados en la desconfianza de lo mismo que se profesaba, y que engendraron el viciosísimo doctrinarismo, que todo lo maleó? ¿O es, que ya, absolutamente confiados en el valor de las conquistas que despues de empeñada lucha, realizamos, se trata de estatuir las, para confiarles el término paulatino y seguro de la obra que dejamos iniciada? Si lo primero, ¿por qué nos llamamos revolucionarios? Si lo

segundo, ¿por qué nos acordamos de lo mismo que aprendimos á abominar?

Ser moderado ó ser doctrinario, bajo el manto de una revolución profunda, es el mayor de los absurdos; pero aun hay otro mas incomprensible y mas monstruoso. ¿Qué nombre tiene el confuso y estrecho maridaje que en una ley encuentran, los principios correspondientes á las dos escuelas, á las dos épocas mas contrapuestas de la vida de una sociedad?

A puro de esforzar nuestra mente, pensamos que llegaríamos á comprender la aberración de la práctica doctrinaria, ingerida en un Código que lleva el título de revolucionario.

Podríamos explicarnos también, la participación del principio revolucionario en una obra exclusiva del doctrinarismo. Pero lo que no tiene explicación ninguna, lo que clama por desaparecer, lo que constituiría un error gravísimo y un agravio inferido á la misma revolución, es la aplicación simultánea de doctrinas opuestas, en el proyecto de ley constituyente, tal como salió de manos de la comisión que en las Cortes tuvo el encargo de inspeccionarlo.

Complácese el ánimo que el proyecto examina, al dar con los primeros artículos, donde son reconocidos, en pró de los habitantes de Puerto-Rico, los mismos derechos que en el título primero de la Constitución de 1869, se atribuyen á todos los habitantes de la Península. ¿Podría hacerse menos? En verdad que no. El principio revolucionario, emanado espontáneamente del seno de nuestro gran movimiento setembrino, es, como diría Kant, por naturaleza categórico é imperativo: se aplica ó no se aplica; se acata ó se le comete desafuero: todas sus partes lo constituyen, una sola de ellas que pierda ó se le separe lo corrompe, lo destruye y lo deja completamente nulo ó irrisorio.

Por esto no existen á nuestro ver, mas que dos caminos, en cuestiones legislativas: ó ser revolucionarios ó no serlo, porque el revolucionario á medias no es en resumidas cuentas mas que un sofisticador.

Ahora bien, dueños y observadores de ese principio nuevo, que por ser verdadero principio no admite términos medios, ¿tratamos de aplicarlo? Pues aplíquese por entero. Quisimos darle forma en nuestra ley fundamental, y reconocida la alternativa en que nos hallábamos de ser ó no ser revolucionarios, nos decidimos naturalmente por lo primero, y revolucionarios pudimos llamarnos con justicia y con orgullo.

Y ¿de qué se trata—sepámoslo bien—al ocuparse de constituir nuevamente á la isla de San Juan de Puerto-Rico? ¿De hacer á esta Antilla partícipe de nuestra revolución? Sí, de esto no cabe duda: Puerto-Rico lo solicita y anhela; Puerto-Rico es susceptible y digna de ello, y en España se ha declarado terminantemente aquel propósito.

Ahora bien; si en nombre de la revolución se trabaja por aquella hasta hoy olvidada colonia, debe necesariamente surgir la misma alternativa, que cuando se trató de legislar para la Península: ó ser revolucionarios, ó no serlo, sin esperanza, sin posibilidad de hallar refugio en los términos medios.

Por esto decimos que satisface la lectura de las primeras líneas del proyecto, donde se hace extensiva á la población porto-riqueña la teoría de los derechos individuales, consignada en la parte dogmática de nuestra Constitución democrática.

Mas, ¿qué vana y qué efímera satisfacción! A renglón seguido tropieza la vista con la alteración de la doctrina acabada de establecer, y se adquiere la evidencia del grandísimo error que se iba á cometer en este punto. En este y en otros artículos posteriores naufraga por completo el principio que se creyó establecer, y por su gracia y virtud, la Constitución deja de ser revolucionaria.

Y hé aquí la vacilación, hé aquí la confusión y la falta de ideal fijo, que á nuestro ver, es el mas grave defecto de que adolece el proyecto que el Sr. Moret ha sujetado á nuevo estudio. La exigencia del progreso humano no queda en él satisfecha; la teoría de los derechos individuales no se vé en él desenvuelta, mas que de la manera vergonzante y temerosa, que equivale á su negación. Y ¿á dónde se vá por esas torcidas sendas? O mejor dicho, ¿á dónde se piensa llegar?

Sabemos ya por de pronto cuál sería el punto de partida: el abandono de un empeño que deben realizar nuestras Cortes, reunidas por el voto de la España libre y regenerada.

Pero dejemos ya de ocuparnos de la parte dogmática del proyecto; que también, según hemos manifestado, en este exámen de su espíritu y color general que estamos haciendo, grande confusión de reglas y sistemas tenemos que hallar, en el espacio que nos queda, para dedicarlo al estudio de la parte orgánica.

Si preceptos encontramos en esta, que indican el propósito de establecer un nuevo régimen colonial, fundado en la consideración de provincia que á la colonia se dá y en la expansión que, por consecuencia, hay que conceder á su vida política y social, no tardamos, en cambio, en ver aquel propósito destruido y la eficacia de aquellos preceptos neutralizada por otras reglas que responden por completo á aquellos pasados sistemas, que tanto conspiraron al descrédito de la metrópoli, así en la menor como en la mayor de las dos Antillas españolas.

Si se quiere dar vida á una provincia, mal se logra oponiendo altísimas vallas al espontáneo movimiento provincial. Si se tiende á la necesaria política expansiva, tarde ó nunca se llega á ella por medio de la funesta política absorbente. Si se piensa obrar sobre la ancha y segura base de la dignidad de un pueblo, torpemente se procede, estableciendo la base inestable de la suspicacia y la desconfianza. Si, finalmente, se quiere crear una saludable atmósfera de libertad y de derecho, ciego será quien produzca reflejos de pasadas tiranías y de caducos privilegios.

Una, sobre todas, entre las diferentes disposiciones de este carácter, contraproducente que encontramos en el proyecto, dá en tierra con principios y aspiraciones, con sistemas y organizaciones, á que con espíritu liberal se aspira. ¿No se perpetúa en la menor Antilla, ese virreinato que hasta aquí ha sido la piedra angular de su raquítico edificio social, y no salen incólumes de la reforma, casi todas las atribuciones, que en lo antiguo le competieron?

Hé aquí lo que, con otros detalles, hace poco menos que ilusoria la conversión de la colonia en provincia, ya que todos los elementos propios, antes de llegar en el ejercicio de su desarrollo, al límite en que la entidad provincia tropieza naturalmente con la entidad estado, tropezarán con otra entidad desconocida en el régimen provincial, y que no se legitima ciertamente por el principio de la especialidad, que somos los primeros en reconocer que debe ser la base de la Constitución porto-riqueña.

Es, pues, evidente el defecto, y evidente la necesidad de que se lo subsane. El proyecto que nos ocupa, revelando muy buenos y laudables deseos en sus autores, no revela en cambio lo mismo en cuanto al acierto con que se procedió á su confección.

Carece, ya lo hemos dicho, de un plan determinado que le despoje de ese carácter vacilante é inseguro que hoy lo distingue. Es preciso que del lado de la robustez de un principio, desaparezca la debilidad de un temor, del lado de la seguridad, la desconfianza y que se corrija ese absurdo resultante de la arrogancia y decisión revolucionarias, confundidas con la meticulosidad y la duda del doctrinario.

Ocasión tendremos de demostrar por completo esas que hoy no son mas que breves indicaciones, porque al penetrar en el exámen detallado de cada una de las partes que componen el proyecto, ha de resultar mas evidente y palpable, lo que dejamos expuesto en esta simple ojeada general.

LOS PROGRESISTAS EN 1814. (1)

I.

Con la vuelta de Fernando VII al trono de España parecía que iba á consolidarse la obra empezada el 19 de Marzo de 1812. Las Constituyentes de Cadiz iban á depositar en manos del prisionero de Valencienne; una monarquía que, aunque mermada en su poder absoluto, había aumentado su popularidad y con-

(1) Véanse los dos números anteriores.

taba con el entusiasmo despertado por una lucha de seis años.

Debía suponer el partido progresista, que no en vano había sufrido una cautividad afrentosa el adulator de Napoleón I, y que Fernando VII volvía a su patria mas cauto en su manera de oprimir y mas sincero en su constitucionalismo. Desgraciadamente el monarca no había visto mas que una bandera en que se le proclamaba rey, y se enaltecía a la religión; conocía también su tiempo, y sabía que el próximo Congreso iba a consumir la obra de la hipocresía diplomática, faltando a las promesas hechas.

Volvía, pues, tan absolutista como antes, y el pesar del cautiverio no había enaltecido su ánimo; muy al contrario, se veía coronado por el martirio, y daba pábulo a una ira cruel é irreflexiva contra los que habían enaltecido el brillo de la corona real adornándola con la de los pueblos.

Ya en los primeros momentos de la restauración, Fernando VII pudo ver a su alrededor una nobleza raquítica que, con sus nerviosos estremecimientos, pretendía aparentar un vigor que para siempre había perdido, y un ciego fanatismo que, atribuyéndose la gloria del levantamiento nacional, reclamaba, en nombre de sus sacrificios, la participación en el Gobierno y la derrota de los principios liberales. Ser rey constitucional, era una derrota para el hijo de María Luisa; por lo tanto, desde el día en que puso los pies en tierra de España, fué el primer conspirador contra la Constitución gaditana.

Habia visto en Francia las gigantescas ruinas del 93, su habilidoso talento había comprendido el próximo porvenir de los principios revolucionarios, pero al propio tiempo había observado la reacción que se operaba en la sociedad antigua, y calculando hábilmente el tiempo que esta reacción podía tener de vida, hizo el egoísta cálculo de ayudar a este movimiento todo el resto de su vida que no podía durar mas de lo que la sociedad antigua durase. Conoció los medios de que para ello tenía que valerse; y solo así se explica el que restableciese en todo su vigor, las órdenes prohibidas y que su contestación a las potencias fuese tan imprudente como anti-diplomática.

De nuevo llamó a los jesuitas, restableció el tribunal de la Inquisición y todas estas reformas, fueron acompañadas del mas horrible é improviso atentado que se ha llevado á cabo contra la libertad.

Comprendiendo la situación de España, especialmente en lo que se refería al espíritu de rencor contra el extranjero, conoció que le acusarían de extranjerismo contra los liberales, engrosaría las filas absolutistas, y así lo hizo oficialmente dando pábulo a las supersticiones vulgares.

El partido progresista, cuya salvación estaba en el cumplimiento del Código que había formado prefiriendo ser legal antes que prudente; y, muy lejos de colocarse en la oposición, á que de hecho le arrojaba ya la conducta del rey, presentó la Constitución al monarca pidiéndole el juramento.

Al hablar de este hecho los que tantas veces han atacado al partido progresista hacen dos argumentos, nacido el uno de las ideas de partido, y creado el otro por este espíritu, que solo ve el ridículo en la historia de los partidos medios.

Se hace un cargo á las Constituyentes de Cádiz por haber exigido un juramento al monarca que volvía aclamado por el pueblo; esto prueba por sí solo que quien tal piensa desconoce por completo la situación creada por la convocación de Cortes. Desde el momento en que las provincias españolas habían aceptado y llevado á cabo la elección, desde el momento en que todas las fuerzas militares reconocían la jefatura de la representación nacional, y desde el momento en que todas las clases habían sido llamadas á esta representación, legal era la situación creada, y solo el que no la aceptaba se ponía fuera de toda legalidad.

El segundo argumento, y este siempre es el preferido cuando los partidos avanzados atacan al progresista, es el de querer ver candidez en lo que no fué mas que cumplimiento de la ley.

Para probar á aquella sociedad gastada que podía innovarse sin desorden, para que aquellas inteligencias rutinarias no alimentasen un temor ridiculo

por los progresos revolucionarios, era de todo punto preciso que el partido revolucionario sufriese persecuciones y se viese engañado antes que consentir en provocar sangrientas excisiones contra el poder real en un momento tan favorable á este poder.

Obedeciendo, pues, á la legalidad por él proclamada; investido por el voto de un pueblo de la soberanía popular, justo, prudente y entusiasta el partido progresista ofreció á Fernando VII en cambio de un juramento que el monarca debía á los héroes que le habían devuelto al trono.

Fernando VII se negó: nada mas podía esperarse de él.

II.

Esta fué la vuelta del Deseado: esta fué la primera etapa de la caída de los Borbones en España.

Hemos dicho ya que Fernando VII conocía lo caduco del poder absolutista: hábil y político, sabía de cierto á qué atenerse con respecto á la duración de la reacción despótica, y con su lenguaje cínico y egoísta comparaba á España con la botella próxima á destaparse.

Retratar el carácter de este monarca, es tarea fácil aunque no simpática, pues él mismo con sus frases, que tan conocidas han llegado á ser, se retrató á sí mismo, tal como le hizo su perverso carácter y su educación descuidada, de ningún modo las exigencias de su tiempo y sus enemigos.

Monarca poderoso de muchos millones de súbditos, personificación de una nacionalidad entusiasta, aliado de la restauración francesa, cuyo potente poderío consistía en el cansancio político de la República y el imperio, gobernando en un país cuyas tradiciones eran monárquicas, monárquicas las costumbres y monárquico el criterio, poseyendo el tesoro de América y representando con su vuelta al trono el principio que predominaba en Europa, ningún monarca se ha encontrado con tantas ventajas para ser grande y bueno, para hacer la felicidad de su pueblo.

Sin embargo, no fué así. El egoísmo era la cualidad predominante de su carácter, y el egoísmo no ha sabido nunca comprender las ventajas morales.

Dominar y no dirigir; este era el eterno sueño de su mente.

Príncipe aun, le encontramos comprometido en una conspiración contra su mismo padre, le vemos vender á sus cómplices y merecer de María Luisa una opinión horrible para una madre. La abdicación de Carlos IV fué debida como la de Carlos I al constante temor del heredero de la corona.

El protector de Godoy contemplaba con horror la vibora que se amamantaba á su lado, y esta repugnancia dictó el acta de su abdicación al trono.

María Luisa es una de estas figuras que aparecen providencialmente en los momentos en que se derrumba un principio ó un sistema para prestigiar la agonía de una sociedad. Negativo era su amor materno, desconoció siempre sus deberes de reina, y su conducta privada era la personificación de su época. Su esposo, débil y caduco, abandonaba el poder de hecho en manos de un favorito, y el acta de su abdicación solo cambió de nombre el gobierno de España.

Godoy aparece al lado de estas dos figuras, que cierran el período de la monarquía de derecho divino. Soldado de fortuna, ambicioso, egoísta, sin talento, sin energía, sin mas dote personal que los odios contra todo lo que podía oponersele, sin mas sueños que el de imponerse, sin mas apoyo que una repugnante intriga, el príncipe de la Paz tuvo en su mano durante muchos años la suerte de nuestra patria.

Cuando sonó la hora de la desgracia, Godoy pudo ser muy grande sacrificándose, pero no llegaba su talento á comprender la nobleza de su sacrificio.

Quizá en los momentos en que disponía de la suerte de un pueblo, pasó por su mente alguna intención digna y honrada; quizá la protección concedida á Moratín era el comienzo de un plan patriótico y liberal; pero entre él y el grupo que capitaneaba Jovellanos había un abismo insondable que hacia imposibles los esfuerzos del ministro de Carlos IV.

Estas tres personas, cada una caracterizada por un vicio, cada una responsable de una desmoralización creciente y de una sangrienta guerra, fueron, ó,

por mejor decir, debieron ser, los mentores de la infancia de Fernando VII.

Resultó de esto el ingrato monarca de Lacy y Riego.

ANTONIO LLABERÍA.

FANTASIA.

LAS LÁGRIMAS.

Esta fiel manifestación de los mas diversos y variados sentimientos que oprimen frecuentemente á nuestro ánimo, es el desahogo de las impresiones que nos dominan, el arroyo que desliza la mente henchida por las fuertes sensaciones que repetidas veces recibimos.

La naturaleza ha querido dar expansión á la sensibilidad, y lo ha hecho por medio del llanto; un medio sublime cuya corriente expresa de una manera palpable ya el dolor, ya el placer, la grandeza del alma, el remordimiento de la conciencia y todo cuanto se siente de intenso.

¡Cuánto se llora, Dios mío! ¡Cuánto llanto se derrama!

Con razón se ha dicho que el mundo es solo un valle de lágrimas.

Ellas corren con gran profusión, y cuando se enjagan parece que dejan surcado el rostro por donde se deslizaron.

La fuerza del sentimiento las germina haciéndolas brotar ensangrentadas del corazón, y al verterlas los ojos que las lloran las convierten en líquidas perlas que se evaporan para dar al ambiente la frescura que embellece todo lo sensible y tierno.

¡Mágico líquido que destilan los espejos de nuestra alma á impulso ordinariamente del dolor, la desesperación, la vergüenza y á veces el entusiasmo y la alegría, haciendo penetrar la compasión en el pecho del hombre mas endurecido!

Raras veces las lágrimas empañan las pupilas de los malvados; si acaso se desprenden de sus lagrimales enrojados lo hacen como pequeños gránulos de lava que saltan del cráter de un volcan. Buscárlas puras ó desleídas entre sus párpados es querer hallar almidar en el agujón de una vibora, ó frescas gotas de agua en la abrasada arena del desierto.

Lo dulce y consolador no puede acompañarse con lo indigno.

Así como todo lo que vive muere y todo lo que vela duerme, suele decirse que todo el que llora rie; esto podrá tener algo de verdadero, pero el llanto y la risa en el hombre no está en la misma relación que el vivir y el morir; tiene mayor semejanza con el velar y el dormir.

Hay seres que rien mucho y lloran poco, como también al contrario.

A Jesucristo nadie le vió reír jamás, y lloró la muerte de su amigo Lázaro.

Yo, sér y débil mortal, condenado por mi infortunio al sufrimiento, he llorado mucho y muchas veces con amargura.

El llanto ha desahogado á mi corazón en diversas ocasiones.

Huérfano y abandonado de mis parientes he visto solo desde mi tierna edad teniendo que salvar todos los escollos que el mundo abre ante la inesperienza.

En los primeros años de mi juventud, ávido de emociones, sentí en los encantos de la poesía una ilusión que doraba todo cuanto hallaba á mi paso por arroyos que se presentara. Pero muy pronto la adversa suerte me hizo trocar los placeres en penas, y desde entonces no he gozado un instante de felicidad.

En una de esas reuniones en donde muchos acuden para matar el tedio que les produce el ocio á que viven entregados, me hallaba yo admirando las estudiadas maneras de esas gentes que llaman de buena sociedad.

Mis ojos contemplaron el rostro encantador de una jóven que allí había, y al mirarla me pareció ver en ella la hermosura y pureza de un ángel. También ella clavó en mí sus miradas, fijándose únicamente en el traje que llevaba.

Yo, inesperto, no comprendía cómo la vanidad y la soberbia suelen ocultarse bajo la máscara de la hermosura y de la candidez.

Seguí ciego á aquella mujer, y mas tarde me correspondió con un aparente amor.

¡Con qué vehemencia la amaba! Jamás su brillo se apartó de mi mente ansiosa; no sabía á qué comparar sus atractivos; y aun hoy, no obstante los diez años que desde entonces han trascurrido y el triste desengaño que sufrí, su recuerdo hace renacer en mi alma mis perdidas ilusiones. ¡Delicias de mi primer amor! ¡Cómo podré apartaros de mi memoria?

Algun tiempo viví entusiasmado meciéndome sobre las olas del mar de la esperanza y de la ilusión; lleno de fe, no omitía medio alguno que pudiera contribuir á avazar en la senda de mis amores. La candida faz de mi adorada era el norte que dirigía mis pasos y la antorcha que alumbraba mi camino.

Por un medio ingenioso, aunque atrevido, pude adquirir su retrato estampado sobre una luciente lámina de metal. ¡Qué alegría experimenté al adquirirlo! ¡Con qué placer le coimaba de besos!

Supé despues que ella tuvo noticia de esta adquisición, y nunca he podido saber el efecto que le causó.

Era su retrato el talisman que embellecía todos mis trabajos; si lo colocaba frente á mí, dibujaba con mas facilidad y seguro contorno; iluminaba dando mayor viveza al colorido, escribía con mas propiedad é inspiración; los viajes que de ordinario suelo hacer al campo y á los bosques me parecían menos fatigosos si le llevaba con-

migo. Tal era el entusiasmo que me producía el parecido de la que amaba.

Así pasaron algunos meses, cuyo embeleso no era otro que mirar el retrato cuando no tenía presente el original.

Entre tanto, Adela, que así se llamaba la mujer querida, pudo, por medio de su hermano, relacionarse y visitar á las gentes mas opulentas del país. Yo continuaba amándola con cariño, y ella hasta escarnecía mis manifestaciones de amor...

Tomé la resolución de hacer lo posible para olvidarla, y mientras la cabeza se esforzaba luchando con el corazón para vencerle y obligarle á desistir de su erótico empeño, recibí una carta del hermano, pidiéndome con urgencia una entrevista. Acudí diligente al punto de la cita, y bruscamente me pidió que le entregara el retrato de su hermana, manifestándome al mismo tiempo que él y todos sus parientes recibían con disgusto que yo hubiese siquiera imaginado que una señorita como Adela podía corresponder en ningún tiempo á mi amor.

Yo, que si bien había conseguido la posesión del retrato por un medio atrevido, no dejaba, por esto, de ser muy legal, y no había cometido otro delito que haberla amado mucho, contesté al hermano con dignidad negándole á su despótica exigencia.

Ya la cuestión iba á producir efectos mas desagradables, cuando afortunadamente un tío suyo trató de evitarlos.

Nunca pude condescender con entregar el retrato; pero conviene en borrarlo en presencia de dos amigos imparciales, dejando con esto terminada la cuestión.

No podeis, caros lectores míos, imagináros cuanto sufrí al ver contrariado mi amor con tanta dureza; no me es posible describir la desesperación que se apoderó de mi alma en aquellos días. Anegado en lágrimas se empequeñecían mis ojos, emudecía mi boca y no podía articular sino palabras entrecortadas.

Conocía que la mujer á quien amaba no merecía que la prodigara tanto holocausto; que debía olvidarla, y no obstante, cada día estaba aquella idea mas fija en mi memoria, de la cual no encontraba medio para separarla.

¡Gran Dios! ¡Cuántas veces me has visto bajo la bóveda del templo, al pie de tus altares, pidiéndote que borraras de mi mente el amor que me devoraba!

Llegué por fin á sospechar que mi querer era un delirio nacido de mi extremada preunción, que mi amada era hija de un potentado, y que su familia se oponía á mis pretensiones por la desigualdad en la riqueza de entrambos. Pero un íntimo amigo de esa familia, oyéndome hablar en este sentido, me contestó: «Adela no es mas que una jóven sin riquezas, como tú; mas la fortuna que ha adquirido su hermano por haberse enlazado con una mujer noble y rica, la enaltece; goza de los favores de su cuñada, y se presenta en sociedad con una pompa que tú no puedes; esto la llena de soberbia y de vanidad. Te cree un estorbo para lograr un esposo que le proporcione riquezas y timbres con que poder hacer brillar mejor su hermosura entre el lujo y la ostentación. Y por esto cuando le hablan del amor que sientes por ella, se indigna y te escarnece».

«En su rostro bello y encantador se manifiesta el encono. Y por lo que se pinta en sus delicadas facciones, parece que quisiera huir en el polvo hasta tu memoria».

«¡Pobre jóven, que han lacerado tu dulce corazón al abrirlo á la mas pura y desinteresada de las pasiones!»

«¡Cuánto debes sufrir tú, que has soñado que en ella se encierra todo el bien de la vida, y te encuentras sin la esperanza de entreverla durante el camino de tu apasionada existencia!»

«Consuélate y confía en la misericordia del Padre Omnipotente que mira con piedad á los desgraciados. El hará que ames á otra mujer que te sembrará de flores la senda de la vida, y feliz en sus brazos, mas que lo hubieras sido en los de Adela, recogerás el fruto de tu acendrada ternura...»

Por esta relación conocí que el ídolo á quien yo rendía culto, era un dechado de soberbia y de vanidad. Y si no se extinguí mi dolor, me fué poco á poco acostumbrando al sufrimiento.

Despues de mucho tiempo de sufrir, cuando la resignación comenzaba á paliar el dolor, en una mañana de Abril tuve que ir á reconocer una corriente de agua que tenía su nacimiento en una espesa selva llamada de los Lirios: fué á practicar la diligencia y luego de haberla practicado quise descansar un momento. El graznido de unos cuervos que volaron por allí, me hizo sentir una especie de malestar; tomé asiento al pie de un robusto álamo y un sudor frío se apoderó de mí haciendo temblar todos mis miembros. Creí que aquello era debido á una de esas afecciones nerviosas que comunmente padecemos.

Mi corazón aceleraba sus latidos, mi cabeza se inclinó hácia mi pecho, dos gruesas lágrimas rodaron sobre mis mejillas y mis labios exhalaban involuntarios suspiros.

Un largo rato estuve sin poder gritar ni moverme; sentí sonar una campana que llamaba á los fieles á oír la misa conventual en la aldea vecina.

Me pareció que aquel sonido me reanimó. Pude levantarme, me fué á llamar á un labradorcito que me acompañaba y lo encontré dormido bajo un árbol, en cuyo tronco había atado á mi caballo.

Disperté á mi jóven compañero, saqué mi reloj, vi la hora que marcaba, y tomando á mí

caballo de la brida, nos marchamos pausadamente hacia la aldea.

Quince días después volví a la ciudad, olvidado de cuanto me había acontecido durante mi ausencia.

Una tarde que salía de casa para dar un paseo, encontré a una criada que, parándose en la calle, me dijo:

—Señorito: ¿sabe Vd. que la señorita Adela ha muerto?

—¿Cuándo? contesté yo con asombro.

—El domingo diez y siete del pasado mes de Abril, a las nueve en punto de la mañana.

En el mismo día y a la misma hora que marchaba mi reloj cuando lo miré en la selva.

No pude menos de suspirar y buscar un desahogo en el llanto; única honra fúnebre que me fué posible tributar a la mujer que había sido dueña de mi corazón. *Bienaventurados los que lloran.*

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

ACADEMIA ESPAÑOLA.

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. PATRIGIO DE LA ESCOSURA, INDIVIDUO DE NÚMERO, LEIDO ANTE ESTA CORPORACION EN LA SESION PÚBLICA INAUGURAL DE 1870.

TRES POETAS CONTEMPORÁNEOS.

Excmo. Sr.: De cuantos elevados puestos, de cuantos honores oficiales he logrado, mucho mas que merecido, en el discurso de mi azarosa y larga vida, ninguno estimé jamás tanto como el de ingresar en esta ilustre Academia; favor que debí a vuestra simpática indulgencia antes de llegar a la edad madura, y que proporcionó a mi honrado y estudioso padre la satisfacción de ver entre vosotros y de llamar colega al primogénito de su numerosa prole.

Perdonad, señores, si ese recuerdo os parece aquí inoportuno: yo no lo creo tal, ni acierto a resistir tampoco a los impulsos del corazón, que siempre pudieron, y aun hoy pueden todavía en mí, mucho mas que el raciocinio.

Al dirigiros en público la palabra en esta solemne inauguración de nuestras ordinarias tareas del presente año académico, siento imperiosamente la necesidad de confesar cuán poco digno me creo de la silla que ocupo sin llenarla, y al mismo tiempo también la de justificar, hasta donde cabe, la inmerecida honra que al concedérmela me dispensásteis.

Dos solos títulos conozco en mí, señores, para sentarme entre vosotros. Dos títulos, en verdad, escasos; pero que como únicos habreis de permitirme que alegue: mi amor a las letras y mi afición perseverante a su estudio.

Antes de entrar en la adolescencia, ya el huir de las persecuciones políticas me arrojaba a la emigración, como suele el viento en el desierto arrastrar en su ira el casi imperceptible brote que a vegetar comienza en su abrasada arena; trájome luego la juventud sus ardientes ilusiones y sus inevitables extravíos; lleváronme aun en ella el deber, la honra y mi opinión a los campos de batalla; salí apenas de ellos cuando me encontré otra vez envuelto en el torbellino de la política, ó mas bien de la civil discordia a que Dios en su enojo parece haber condenado para siempre a nuestra desdichada patria; y no he menester deciros, pues por demás lo sabéis, cuántas veces me ha obligado, señores, a separarme de vosotros la necesidad de una nueva hégira, harto mas dolorosa para el padre de familia, con el cabello ya encanecido, que pudo serlo la primera para el mozo imberbe.

Pues bien, señores, con verdad os lo digo: el amor a las letras y la afición al estudio jamás me abandonaron ni un solo instante.

Niño, solo y en país extranjero, estudiaba y escribía; joven, ni la pasión ni el deleite me divorciaron jamás de los libros; en los campamentos hiciéronme mas de una vez olvidar riesgos y privaciones las bellezas de nuestros clásicos que mi memoria recordar podía; y nunca en mí el polftico ha podido sobreponerse al literato.

¿Y sabéis, señores, a quién, después de Aquel que de todo es autor, sabéis a quién y a qué le debe el que tiene el honor de dirigiros la palabra esas dos modestas condiciones en gracia de las cuales le habeis dispensado tantas y tantas otras como le faltan para merecer su asiento?

Pues débesele, humanamente hablando, en primer lugar a la buena educación y mejor ejemplo que le dieron sus padres, y en segundo al favor que la Providencia se dignó dispensarle, deparándole un incomparable maestro, y dándole por condiscípulos, por íntimos amigos, por verdaderos y tíerásimos hermanos, tres hombres, honra todos de nuestro siglo literario, y dos de ellos, señores, nuestros colegas hasta que a mejor vida fueron llamados.

Pagado ya el tributo de mi sincerísima gratitud y filial veneración a la memoria de aquellos a quienes debo el ser, y lo que hay en mí de honra y amor al trabajo; pagado, repito, ese tributo, que podrá no ser muy oportuno ni estar en consonancia con las ideas de aquellos que pretenden hacer de cada hombre un ser a sí propio reducido, sin orígenes que le obliguen, ni mas vínculos que los de su propio interés, que con el resto de la humanidad le enlacen, pero que mi conciencia me exigía, y vuestra benevolencia me perdonará simpática; voy, señores, a procurar, en el desempeño de la obligación que cumplo con este discurso, haceros olvidar lo insuficiente del autor, apelando al interés que no puede menos de tener para nosotros la memoria de tres insignes poetas nuestros contemporáneos.

¿Qué otro asunto hubiera yo podido elegir, no diré mas digno de vosotros, porque en el vasto campo de vuestra literaria jurisdicción cabe y se encierra un incommensurable tesoro, sino por una parte académico, y por otra, hasta cierto punto, en la medida de mis escasas fuerzas?

Voy, pues, previa solemne protesta de mi insuficiencia, a ocupar vuestra atención por breve espacio con el recuerdo de tres dignísimas personas de todos vosotros conocidas y para los mas muy caras; y al propio tiempo con una rápida ojeada a sus respectivas obras y un sumario juicio de ellas.

Medio siglo menos un lustro entero hace, señores, que a una mas que modesta casa, al extremo de la misma calle y de la acera misma de que es parte el edificio en que en este momento tengo el honor de hablaros, concurrían diariamente juntos y a la misma hora, una vez de ordinario y dos en ocasiones, cuatro, no sé si diga niños ó jóvenes, porque si la edad del mayor alcanzaba ya entonces a 49 años, la del menor frisaba apenas en los 15.

Tres de ellos procedían del aun hoy célebre colegio de San Mateo, suprimido poco tiempo antes por un espíritu reaccionariamente meticoloso, y que, como establecimiento de enseñanza privada, en verdad no me atrevo a decir que haya tenido hasta hoy reemplazo digno.

El cuarto de aquellos estudiantes era un muchacho, ya de regreso, en tan temprana edad, de una emigración política; predestinado a la cuenta a ser, mientras le dure la vida, juguete de los caprichos de la fortuna, y que, a la sazón, abandonando la carrera de leyes que ya tenia comenzada y aun relativamente adelantada, iba a entrar por inclinación y necesidad en la de las armas. De este os hablo en primer término para desembarazarme desde luego de su insignificancia, y poder libremente ya tratar de sus tres ilustres condiscípulos.

Sosegado, juicioso y de gran aplicación al estudio, aunque, como diría Cervantes, con sus puntas y collar de burlon y satírico, revelaba en su porte y en la autoridad moral que sobre sus tres compañeros hasta cierto punto ejercía el mayor de los cuatro jóvenes, algo de aquel espíritu dogmático y formalista reinante en nuestra antigua, y ya hoy solo tradicional magistratura, a que su padre pertenecía en muy alta esfera, y él mismo ha pertenecido mas tarde en el país donde le hizo la casualidad nacer, cuando su suelo era español todavía, no en la España, nuestra patria comun entonces.

Seguíale en años, pero no en aplomo, si bien se le aventajaba en el ingenio, como mas tarde habia de sobreponerse a muchos, un niño de cuerpo débil, valetudinaria salud, rostro expresivo, ojos a que yo no he conocido, señores, otros semejantes, y un conjunto, en fin, de tal índole, que si nada tenia de bello, estéticamente hablando, cautivaba, no obstante, la atención apenas visto, y a poco que se le mirase revelaba la inmensidad del talento en aquel frágil vaso encerrado.

Nacido también en la América meridional, aunque de padres españoles, el mancebo de quien vamos tratando trajo consigo a la vida como compensación acaso de una capacidad intelectual pocas veces, y solo a privilegiados mortales concedida, cierta aptitud física y moral, cierta irresolución tímida en el carácter, que en la época a que voy refiriéndome, si no estorbaban las travesuras propias de la edad de nuestro estudiante, imprimíanle un sello de gracia singularidad, haciéndole ingenioso en la invención; temerario en el propósito, y luego al ejecutar, faltar de audacia, aunque nunca de cómica agudeza.—Estudiaba entonces poco, pero retenía con maravillosa presteza cuanto a sus condiscípulos escuchaba; y de tal modo hacia instantáneamente suyo el estudio ajeno, tan al vuelo, por decirlo así, se asimilaba las explicaciones del maestro, que mas de una vez ese y nosotros sus condiscípulos oyéndole exponer con lucidez pasmosa las mas difíciles lecciones, llegamos a suponerle hipócrita en su desaplicación sin embargo notoria.

Esa y su falta de firmeza de carácter, que ya dejo indicada, procedían originalmente sin duda de su misma naturaleza; pero las circunstancias de sus primeros años contribuyeron grandemente a que con el tiempo se hicieran incurables, en vez de corregirse como conviniere.

Huérfano de padre, separado de su madre y hermano por la inmensidad de los mares, y sin mas familia ni amparo en Europa que una señora anciana, su parienta, mas con él encariñada que a propósito y en condiciones para dirigirle el futuro autor del *Hombre de mundo*, entregado a sí mismo desde la niñez, hubo forzosamente de navegar en el piélago de la vida durante sus primeros y mas peligrosos años, como bajel sin piloto, no con rumbo fijo, sino derivando a merced de las corrientes y al capricho de los vientos.

¿Qué superioridad de talento, señores, qué específico y sólido mérito no supone en un mozo que en tal abandono comienza y atraviesa la mejor parte de su existencia, el haber logrado en vida la eminente posición literaria y la mas que decorosa social en que le sorprendió la muerte, y haber dejado un nombre que puede en el teatro inscribirse al lado de los de Moreto y de Inarco Celenio, y en el Parnaso lírico junto al de Rioja ó Melendez!

Y no quiso la Providencia que fuera él solo la celebridad futura que se formara entonces en nuestra modesta escuela de la calle de Valverde, y bajo la dirección del sabio maestro de que os hablaré mas tarde, pero cuyo glorioso venerado nombre habeis ya todos, sin duda, adivinado.

No estaba solo, no, como gran poeta lírico el amado condiscípulo de quien hasta aquí hemos tratado: teníamos otros dos años mas jóvenes que él y que yo; otro desde la cuna inspirado vate; otro de gallarda presencia, fiero continente, rizado y negro cabello, mirada de águila, amarga sonrisa, cabeza digna del cíncel de Filias, y ante cuya tumba, harto prematuramente por desdicha abierta, hubiera podido con sobra de razón exclamar Cervantes como ante el cadáver del pastor Grisóstomo: «Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas!»

Porque en efecto, señores, en efecto; infinita parte de sus riquezas habia puesto el cielo en aquella alma esencialmente poética, en aquel corazón mal juzgado en virtud de especiosas apariencias, en aquel colosal entendimiento, para quien todo era fácil, y que si alguna vez, por la pasión cegada, pudo incurrir en tan lamentables como pasajeros extravíos literarios, nos ha dejado, no obstante, en sus escasas pero inmortales obras títulos bastantes a justificar la inmensa popularidad de que su nombre goza.

A su tiempo analizaremos, si bien rápidamente, al poeta; dejadme ahora deciros y proclamar a la faz del orbe, con la seguridad de quien se envanece de haber conocido al insigne vate tanto ó mas a fondo que ninguna otra persona en este mundo; dejadme deciros y proclamar, repito, obedeciendo a un tiempo a la voz de mi conciencia y a la de la santa amistad, que nunca hallé hombre para mí y para muchos, quizá para demasiados, mas entrañable, leal y tierno que el autor del *Diablo Mando*, cuya amargura excéptica tenia mucho mas de aparente y ocasional que de cierta y característica.

Su corazón, que de manos del Creador salió impresionable, amante y entusiasta, pudo en momentos dados de dolor inmenso contraerse hasta aparecer petrificado; mas apenas lo agudo de su pena hacia crisis, apenas la ingéñita nobleza de aquella alma privilegiada se abria paso al través de la caliginosa atmósfera de la decepción y el desengaño, recobraba el gran poeta su pristino ser, como el sol su esplendente brillo, una vez a la fuerza de sus rayos deshechas las nieblas que transitoriamente le eclipsaban.

En todo caso, señores, en la época a que me refiero, no sabíamos aun ninguno de nosotros qué cosas eran la decepción y el desengaño; si de ellos tal vez habiáramos, era de oídas y para darnos la triste importancia de personas que los han padecido; para pasar por *hombres* siendo en realidad niños, mucho mas niños de lo que nosotros mismos suponíamos, y quizá generalmente se cree que lo éramos.

Jugábase entonces a la política, pero a una política de fe y de sentimiento, que hace años no está de moda; y cultivábase también las letras, en vez de jugar a los naipes y cultivar el género bufo: un Gobierno insensato tomaba en serio nuestras chiquilladas revolucionarias, y dábanos inmerecida importancia persiguiéndonos; mientras que el gremio literario, capitaneado entonces por los Quintanas, los Gallegos, los Durán y otros no menos ilustres ingenios, acogiendo con discreta indulgencia nuestros primeros ensayos, ó para hablar con mas exactitud, los de mis tres condiscípulos, les otorgaba como en profecía el laurel de Apolo.

Apolo he dicho? Sí, señores, Apolo, y Apolo mantengo; que aun entonces no habia la poesía renegado del Parnaso, ni se avergonzaban los poetas de invocar el nùmen inspirador de Garcilaso y de Herrera, de Lope y de Calderon, de Cervantes y de Erccilla.

Pero, volviendo a mi propósito, puedo afirmaros que, en realidad, éramos nosotros, en aquella época, mucho mas niños que los jóvenes de la misma edad se atreven a serlo, ó al menos a parecerlo en los tiempos que corren.

La manera de ser de la sociedad española de entonces; su disciplina doméstica, que se asemeja a la actual como el régimen de un regimiento suizo al de un club socialista; y otro sinnùmero de circunstancias que fuera tan prolijo como extemporáneo enumerar aquí, explican de sobra para el ilustrado público que me escucha un fenómeno en que insisto por dos razones: la primera, darle a la verdad histórica lo que es suyo; y la segunda reivindicar, para la ya espantosa generación a que pertenezco, siquiera la gozada propiedad de algunos años de juventud alegre, exenta de cuidados y preocupaciones, y al sentimiento de lo bello y de lo bueno en abstracto consagrada.

Acabo de presentaros, señores, jóvenes, casi niños, a mis insignes condiscípulos, tres grandes poetas contemporáneos; sus nombres, aunque como yo los conozco, deber es mio decíroslos:

DON FELIPE PARDO.
DON VENTURA DE LA VEGA.
DON JOSE DE ESPRONCEDA.

Ahora dos palabras sobre el lugar en que, con ellos, tuve la insignie honra de recibir la enseñanza de labios de un hombre eminente, y sobre esa enseñanza misma.

No sé precisamente si la casa señalada hoy con el nù. 52 de esta calle ocupa el solar de aquella de que voy a hablaros, ó si es la misma modificada y revocada al gusto moderno; lo que sí sé y recuerdo perfectamente, es que la habitada por nuestro gran profesor era de humilde apariencia, sin mas fachada que la bastante a dos no muy amplios balcones a la calle, un portal de la época, ni claro ni limpio, y una escalera incómoda y oscura, que subíamos, no obstante, de dos en dos peldaños para llegar al piso principal, donde, si la memoria no me engaña,

recibían su educación secundaria y superior, como hoy se dice, a distintas horas que nosotros, otros muchos jóvenes de la aristocracia y de la clase media, nuestros amigos entonces y después, y que luego han figurado casi todos en lugar preeminente en la historia contemporánea.

Una criada, lugareña cerril, que oyéndonos, cuando la trigonometría estudiábase, hablar con frecuencia, como era forzoso, de *senos* y *cosenos*, llegó, inocente, a persuadirse de que el fondo de nuestros estudios estribaba en el vulgarísimo libro donde figura en primer término el celeberrimo Cacaseno, prototipo de la mas chabacana de las chocarrerías; esa criada, digo, cerril y lugareña, nos abría la puerta y daba paso franco a una pequeña sala, casi cuadrada, esterada de esparto blanco en invierno, y desnudo el piso, de mal ladrillo, en verano, y cuyos muebles consistían en una sillera de Vitoria en torno de las paredes, y en el centro una clásica camilla con su tapete de hule con falda de bayeta verde, en torno de la cual tomábase asiento, después de saludar a nuestro sabio maestro.

Figuraos, señores, los que no habeis tenido la fortuna de conocerle personalmente; figuraos un hombre de 50 años entonces, y aparentando una decena mas acaso, de baja estatura, cargado un poco de espaldas vistiendo un traje negro, cuya prenda mas característica era una levita ancha y larga, que nunca pudo ser de moda; tocada siempre la cabeza con un gorro de seda negro, con su borla por remate, y rarísima vez colocada a derechas, sino ya de través, ya cerca de la nuca, ya tapándole la frente.

Corto de vista excesivamente, no sé bien si de nacimiento ó si por efecto de su laboriosa vida, pues a los trece años de su edad comenzó, para mantener a su madre viuda y a su hermana huérfana, el ejercicio del profesorado, en que gloriosamente ha muerto ya en edad muy avanzada; corto de vista, repito, con exceso, al sentir nuestros pasos alzaba los ojos del libro que generalmente hallábase en sus manos, mirábase sin distinguírnos, y decíanos de ordinario: «Beso a Vd. la mano;—Venga Vd. con Dios,» como si le fuéramos desconocidos.

Sacábanle de su error vuestras voces al saludarle, y entonces exclamaba:—¡Ah! ¡sois vosotros, angelitos!... Vamos, sentaos y veremos si os habeis venido inocentes de la lección.»

Inocente significaba en sus labios, tratándose de lecciones, *ignorante*, y no otra cosa.

Tengo que confesaros, y me pesa, que el rostro de aquel sabio, no solamente no era bello, sino que a primera vista tenia algo de repugnante, algo de incompleto, de obra sin terminar, de boceto de fisonomía humana mas que de fisonomía real y efectiva.

Y sin embargo, apenas comenzaba a hablar, ó mas bien dicho a disertar sobre cualquier asunto, íbase aquella masa, al parecer informe, animando y armonizándose, ocupando cada facción su lugar respectivo, y resultando, en fin, un conjunto imponente y simpático, un rostro, en suma, muy semejante al de Sócrates, según mas de un grabado de los muchos que pretenden representar al gran filósofo ateniense.

Su palabra misma, siempre docta y dogmática, era, como su rostro, escabrosa y difícil al comenzar el discurso; el pronunciadísimo acento andaluz, de que nunca pudo desprenderse, tenia algo y aun algo de antiliterario; pronunciaba mal el idioma francés, que poseía perfectamente, españolizaba siempre los nombres extranjeros, como el de *Walter Scott*, por ejemplo, a quien llamaba *Guallero Escoto*, logrando a veces hacerse incomprensible; y en suma, eran negativas, al parecer, todas sus dotes oratorias.

¿Quién, sin embargo, quién como él supo nunca poner al alcance de las mas medianas inteligencias, ya las abstractas verdades de las ciencias exactas, ya las especulaciones filosóficas de la metafísica; ora los preceptos teóricos de las bellas letras, ora las sutilezas del derecho?

Porque matemáticas, filosofía, literatura, historia, legislación, lenguas sábias y modernas idiomas, todo eso lo enseñaba, fácil y profundo a un tiempo; de todo eso daba lecciones en el mismo día, saltando, sin preparación ni esfuerzo, de Heinecino a Virgilio, de Lacroix ó de Poisson a Calderon ó a Moratin, el inolvidable maestro, cuya pérdida no será nunca bastante deplorada.

Acontecáale al observador con aquel hombre, en su género extraordinario, lo que al viajero que, comenzando su jornada a través de un país montañoso durante la noche, no percibe delante de sí mas que informes masas de abruptas rocas, senos profundos como abismos, sombras, en fin, por todas partes, sin nada en que la vista repose ni el ánimo se deleite; mas viene luego «melancólica, blanda, halagadora (1),» la suave luz del crepúsculo matutino, y poco a poco va la oscuridad disipándose, y los ojos advirtiéndole que son colinas de verde césped entapizadas, muchas de las que tomaron por desnudas peñas, y cañadas pintorescas los que les parecieron precipicios.

Eran menester la buena dicha de tratarle íntimamente y la fortuna de alcanzar su benevolencia, de que con la juventud fué pródigo siempre, para poder apreciar en lo infinito que valia al Sr. D. Alberto Lista, de quien me permitireis, señores, que con orgullo me proclame discípulo, aunque haya de pasar por la vergüenza de confesaros también que soy el menos digno de cuantos tanta ventura gozaron.

(Se continuará.)

(1) V. Vega.

ABRAHAM LINCOLN.

SEGUNDA PARTE.

I.

Hemos dejado á Abraham Lincoln ejerciendo en Springfield la profesion de abogado, con elogios de todos sus clientes y gozando de una reputacion de rectitud y suficiencia por nadie puestas en duda.

De la vida del jurisconsulto á la del hombre político, no hay mas que un paso, franqueable con la misma facilidad con que franqueamos la corta distancia que va de las causas á sus efectos. Luchar por la distribucion de la justicia y la realizacion de los derechos; estudiar y conocer los que nos competen, sin afiliarnos á alguna de las agrupaciones, que han ideado formas para el sostenimiento de los últimos y mayor garantía de la primera, es punto menos que imposible. Semejante predileccion puede permanecer oculta en el fondo de nuestra alma; pero no porque deje de ser pública, carece de existencia real.

Lincoln jurisconsulto, hombre reflexivo y ciudadano amante del bien y prosperidad de su patria, hubo de pensar forzosamente en el partido político á que debía afiliarse, y para esto fijó su atencion en los dos que definitivamente existen en la union americana, examinando los principios por cada uno de ellos sustentados.

La agrupacion de los demócratas, exagerada en sus convicciones, ó por lo menos, en los principios que como suyos propala, quiere siempre llevar las cosas á su último extremo. Defiende la soberanía absoluta de los estados, que componen la República, hasta hacerla superior al lazo federal, representado por la constitucion, por cuyo medio tratan de conseguir la perpetuacion de ciertas instituciones que, aunque implicitamente eran admitidas por el pacto constitucional, están, sin embargo, en abierta oposicion con la dignidad humana y con la índole de las bases fundamentales del gobierno de la union americana. Partidarios de la doctrina de Monroe, los demócratas sueñan en su realizacion absurda, en formar, por medio de las acciones, una vasta democracia de toda la América, supeditada, como se deja comprender, á los Estados-Unidos. En realidad poco amigos de la libertad y de la igualdad, no cesan de proclamarlas amplísimas y á cada momento, confirmando de tal manera el principio inconcuso de que aun para procurar su ruina, es preciso proclamar las excelencias del bien. Los demócratas, á pesar de sus exageraciones y de sus pomposas afirmaciones, son los adalides de la esclavitud en América, y los decididos partidarios de cualquiera empresa ó intervencion, que dé por resultado un acrecentamiento del territorio de la República.

Los republicanos—que forman el partido contrario del anterior—admiten como base fundamental de todas sus convicciones, la unidad de la República. *Uno para todos, todos para uno*: hé aquí su divisa. Como los demócratas, aman la doctrina de Monroe y sueñan en su realizacion; pero de una manera lógica; es decir, sosteniendo el principio natural y justo de que la América, formando los diversos Estados que por las fronteras naturales vienen determinados, se basta á sí misma en el Gobierno, sin necesidad alguna de las influencias europeas. Amanes verdaderos de la libertad y de la igualdad, son los enemigos irreconciliables de la esclavitud y de toda inmixtion en otros asuntos que no sean los de la República, ó los que con ella directamente se relacionen. Los republicanos no pretenden ejercer en los otros Estados americanos ó europeos mas influencia, que aquella que deduce la lógica de la prosperidad y beneficios ocasionados á la union por las instituciones populares. Su medio de propaganda es la evidencia de los resultados obtenidos.

¿A cuál de estas dos agrupaciones podía y debía inclinarse Lincoln? Conocidos su carácter, su honradez y su elevacion de miras, es de suponer que debía afiliarse, como lo hizo, al partido republicano para nunca separarse de él, y para luchar, hasta morir, por la realizacion de sus principios. El modo como cumplió sus propósitos queda dicho y demostrado con saber que, á pesar de la guerra civil y de la separacion, que aquella hacia in-

minente, logró conservar la union, venciendo la arrogancia de los sudistas.

En sus discursos y con sus actos de hombre político, dió tales y tantas pruebas de la rectitud de sus intenciones y de su firmeza para realizarlas en el poder, que, despues de haber sido enviado por tres veces en clase de representante al Congreso de su Estado, fué en el mismo concepto, y en 1847, al de la Union por el partido republicano del Illinois. Entró Lincoln en el Congreso de Washington el primer lunes de Diciembre, y apenas hubo tomado asiento, se levantó para protestar contra la guerra de Méjico que consideraba injusta é inconstitucional, lo cual demostró con irrefutables argumentos.

Este amor á la justicia y respeto á la Constitucion fueron siempre el punto de partida de todas sus resoluciones. La justicia y la Constitucion formaban parte integrante de su propia existencia; de modo, que la defensa de aquellas era en su ánimo de igual conveniencia y necesidad que para él su propia vida. Bajo este aspecto—y si tratáramos de un hombre tan pensador como Lincoln, se nos permitiera hablar de movimientos ajenos á la razon—diríamos que las defendía instintivamente.

Segun tenemos dicho en otro lugar, Lincoln pertenecía por sus creencias religiosas á la secta de los cuáqueros. Los cuáqueros han sido, desde su aparicion, los adversarios constantes de la esclavitud; la trata ha encontrado siempre un decidido enemigo en la *Sociedad cristiana de los amigos*, y desde 1783, pedía esta la abolicion de aquella, y combatía denodadamente el infame comercio de carne humana. Lincoln, pues, no perdió la primera ocasion que en el Congreso se le presentaba para hacer solemnemente manifiesto de sus creencias sobre el particular. Combatió la esclavitud, demostró su injusticia, patentizó sus inconvenientes, puso en claro sus peligros, y concluyó por declarar partidario de la abolicion, aunque sin desarrollar sistema alguno abolicionista. Téngase presente esta circunstancia, porque arroja mucha luz sobre la validez de los fundamentos en que apoyaba el Sud sus pretendidos motivos de separacion.

Dos años mas tarde, en 1858, sostuvo Lincoln en pró de la abolicion uno de esos combates, tan frecuentes en los pueblos libres, y en los cuales dan los combatientes inequívocas señales de su energía de voluntad y de la firmeza de sus convicciones. El senador esclavista Douglas emprendió la tarea de recorrer todos los Estados de la Union, pronunciando discursos favorables al mantenimiento de la esclavitud. Lincoln no le perdió de vista un solo instante; como Douglas, recorrió todos los Estados, y apenas concluía éste su peroracion esclavista, se levantaba aquel para empezar la suya abolicionista. Este espectáculo interesante, esta lucha oratoria, verdadera revolucion social de los pueblos que, al calor de la libertad, han progresado, no terminó para Lincoln, hasta que Douglas hubo pronunciado su último discurso. Hasta aquel momento siempre vió Douglas levantarse en frente suyo la benévola, pero enérgica figura de Abraham Lincoln.

Al empezar la primavera de 1860, se hallaban sobrecogidas las agrupaciones políticas en los Estados-Unidos. Una idea, hasta entonces ignorada de todos, se dejaba entrever y ocupaba á los hombres pensadores de entrombos bandos. ¿Era posible la dislocacion en dos distintas, de la gran República americana? La generosa tentativa de John Brown, precursor de Lincoln y primera existencia sacrificada en aras de la abolicion, habia sido para ambas agrupaciones la señal de alarma. El pensamiento abolicionista habíase encarnado; la vida de la esclavitud estaba, pues, amenazada de muerte; porque en el vasto plan de la creacion ninguna idea, conforme con el progreso de la humanidad, se detiene irremisiblemente y terminantemente en su desenvolvimiento. Las detenciones, que á muchos impacientan y desaniman, son intermitencias necesarias al mas perfecto coronamiento del resultado final. La humanidad avanza siempre; pero no puede hacerlo á paso de gigante, porque es un verdadero pigmeo ante la actividad absoluta. En el mundo moral, como en el físico, nunca da saltos la naturaleza.

En el referido estado se encontraban

los ánimos, cuando llegó la época de la eleccion presidencial. Ante un acontecimiento que, como el indicado, debía forzosamente realizarse, era preciso decidirse á obrar, y así sucedió, en efecto, dando por resultado las convenciones de los partidos cuatro candidatos á la presidencia: tres por la democrática, y uno por la republicana. Esta última presentaba al *rail splitter*, á Abraham Lincoln.

El 6 de Noviembre, elegidos y reunidos los electores especiales de cada Estado, procedieron á la votacion definitiva del presidente, que debía serlo el que obtuviese mayoría absoluta. El número de electores era el de 303; aquella, pues, habia de ser la de 152. A media noche el telégrafo anunció á todos los Estados de la Union americana, que habia sido elegido presidente por una mayoría de 180 votos, Abraham Lincoln. El nuevo día saludó al que, en los altos designios de la Providencia, estaba llamado á iniciar la nueva era en los Estados-Unidos.

Detengámonos en este punto: volvamos la vista hacia atrás, y observemos la cadena de acontecimientos que llevamos recorridos. En uno de sus extremos hallamos al hijo del pueblo, al pobre huérfano, leñador de oficio; en el opuesto, encontramos al presidente de la mas poderosa República del mundo, al jefe supremo de una de las mas pujantes naciones que hayan figurado en la tierra. ¿Qué descubren los ojos de la inteligencia en los eslabones intermedios? Una sola palabra, pero palabra mágica, como representativa que es de la ley universal impuesta á la humanidad, para avanzar siempre, sin detenerse nunca, por el camino indefinido del progreso. *Trabajo*, hé aquí la palabra, hé aquí la ley regeneradora y, como tal, salvadora de la humanidad.

Reflexione la clase obrera un día y otro día sobre el triunfo de Abraham Lincoln: deduzca de él las consecuencias que, lógica y naturalmente, se desprenden, y atempere á ellas su conducta sin desesperarse un solo instante en la vida. El trabajo hizo del Abraham Lincoln, leñador, el Abraham Lincoln, presidente de la República, y el trabajo puede, sin duda alguna, operar muchas conversiones tan inesperadas y sorprendentes como la que nos ocupa. No es, ciertamente, Lincoln el único y exclusivo en la historia, y la razon afirma de una manera categórica que, sometiéndonos á la ley del trabajo, podemos subir uno tras otro todos los escalones que conducen á la mayor perfeccion posible en este nuestro mundo.

No murmuremos, pues, de nuestra suerte, ni abriguemos infundados recelos contra los que, mas dichosos ó quizá mas desgraciados que nosotros, pasan la vida en el fausto y entre las delicias de los sentidos. Recordemos, por una parte, que mucho será pedido al que mucho ha recibido, y por otra, que nada, absolutamente nada de lo que acontece en el universo, deja de estar encaminado á la mayor conveniencia y perfeccion de sus habitantes. Nada se pierde en el mundo, y hasta lo que solemos llamar infortunios son beneficios, que debemos acoger con verdadero agradecimiento. ¿El dolor!... ¿Acaso sabemos lo que significa? ¿No nos dice la experiencia que el mismo pesar nos sugiere siempre el modo de evitarlo, empujándonos de tal manera hacia la perfeccion? ¿Y quién puede asegurar que no merece el sufrimiento que experimenta? ¿Quién afirmará deliberadamente que, á pesar de lo que llama sus desgracias, no se le ha tratado con mas consideracion aun de la que en realidad podía esperar? ¿Qué sabemos del pasado? ¿Qué descubrimos en el porvenir? Persuadámonos de que todo lo merecemos por el pasado, y de que todo lo alcanzaremos en el porvenir: no hagamos infructífero con nuestras inútiles quejas el corto periodo de la existencia, y no desmayemos nunca. Si nos sentimos fatigados, reposemos el tiempo necesario, en el mismo lugar donde nos sorprenda el cansancio, sin cuidarnos de si es el esplendoroso palacio del magnate, ó la ruinosa cabaña del mendigo, sin envanecernos; porque estamos perfectamente á cubierto de la intemperie, ni desesperarnos; porque los rayos abrasadores del sol de estío dificultan nuestra respiracion y queman nuestro cutis. La vida actual es un segundo que se pierde en el seno de la eternidad, como el grano de arena en el seno de los mares. Trabajemos incesan-

temente, es decir, luchemos con los obstáculos que se oponen al sucesivo desenvolvimiento de nuestras fuerzas nativas, y amemos al universo entero con aquel amor inmenso, que no reconoce valladares. *Trabajemos y amemos*; esto es, *PROGRESEMOS*, ó dicho de otro modo: *VIVAMOS*.

El 4 de Marzo de 1861, fué el designado para que el nuevo presidente jurara la Constitucion, solemnidad que tuvo lugar en el Capitolio. Las treinta y cuatro estrellas de la Union americana ondeaban en todos los edificios, así públicos como particulares, y el gentío que acudió á presenciar la ceremonia, era inmenso. Los veteranos de 1812, agrupados en torno del estandarte que ostentaba Washington en los combates, precedían á la carretela en que iban Buchanan, presidente cuyos poderes terminaban, y Lincoln, presidente electo. Detrás de aquella, seguían los ex-presidentes de los Estados-Unidos, los jueces de la corte suprema, el cuerpo diplomático, los miembros de la asociacion republicana, los del Congreso, los secretarios de Estado, los gobernadores y ex-gobernadores de los Estados, los delegados de estos y los oficiales del ejército y marina. Cerraba la comitiva el pueblo, precedido de un carro alegórico, en el cual iban dos jóvenes de quince años que representaban los Estados del Norte la una, y los del Sud la otra. Además de estas dos, treinta y cuatro niñas de diez años, ostentando cada una la bandera de su Estado respectivo, completaban la alegoría. *Las dos primeras, el Norte y el Sud, se estrechaban amistosamente las manos*.

Llegados al Capitolio, el senador Bulker presentó el nuevo presidente al pueblo con estas sencillas palabras: *Permitidme que os presente á Abraham Lincoln, presidente electo de los Estados-Unidos de América*, palabras que fueron acogidas con estrepitosas señales de entusiasmo. Restablecido el silencio, hizo uso de la palabra Lincoln su discurso, como todos los suyos, fué corto, lógico y terminante. *He declarado constantemente—dijo—que no quiero intervenir ni directa ni indirectamente contra la esclavitud en los Estados en que exista esta institucion. No lo deseo, ni tengo derecho para hacerlo. Y mas adelante: En vuestras manos, conciudadanos descontentos, y no en las mías, está la terrible cuestion de la guerra civil. Si no sois los agresores, no habrá conflicto*.

Una salva de aplausos coronó el discurso de Lincoln, quien en seguida prestó juramento en manos del juez presidente de la corte suprema, anciano venerable de ochenta y cuatro años.

Yo Abraham Lincoln, juro solemnemente, mantener, proteger y defender la Constitucion de los Estados-Unidos.

Tales fueron las palabras que pronunció en aquel instante supremo para un hombre que, como él, habia de cumplir á toda costa lo que bajo juramento prometia. Los acontecimientos se encargaron de demostrar, que sus palabras fueron exacta manifestacion de los sentimientos y convicciones que abrigaba. Jamás ha tenido la Constitucion norteamericana mas fiel sostenedor. Alguno de sus predecesores quizá, quizá alguno de sus sucesores le haya igualado, ó le iguale en tan noble empresa. Dudamos, sin embargo, que ninguno le haya superado, que ninguno le sobrepuje.

II.

La elevacion de Lincoln á la presidencia de la República, y lo que esta elevacion significaba, el triunfo del partido republicano, fueron recibidos en los Estados esclavistas con marcadas señales de disgusto. A pesar de las manifestaciones pacíficas de aquella agrupacion política, y de las insinuaciones conciliadoras del nuevo presidente, los dos senadores de la Carolina del Sud presentaron su dimision, y abierta la convencion de dicho Estado, el 17 de Diciembre, aprobó el 20 el acta, en cuya virtud quedaba disuelta la union entre la Carolina del Sud y los otros Estados, conocidos bajo el nombre de *Estados-Unidos de América*.

El veinte y cuatro se retiraron del Congreso los seis diputados que en él la representaban, y desde entonces, se iniciaron por parte del Sud los preparativos militares. No estuvo sola la Carolina en su empresa inconstitucional, pues sucesivamente se le adhirieron la Georgia, el Alabama, la Florida y el Mississippi.

En presencia de tales acontecimientos,

el mayor Anderson, que ocupaba el fuerte Moultrie, amenazado por los separatistas y no creyéndose seguro, lo desocupó, el veinte y siete por la noche, refugiándose en el Sumpter, que ofrecía mas seguridad, en caso de ataque. Irritados los de Charleston con semejantes precauciones, se apoderaron no solo del fuerte abandonado, si que tambien de varios edificios, pertenecientes algunos á la Union, lo cual implicaba una ruptura material del pacto federal.

Conocida la posicion difícil del sobre dicho fuerte, la prensa del Norte reclamó con insistencia que se lo abasteciera convenientemente. M. Buchanan, cuyos poderes no habian terminado aun, ordenó el abastecimiento, intimando empero, al jefe de la nave encargada de hacerlo, que se abstuviese de toda manifestacion hostil. El steamer *the Star of the West* fué recibido á cañonazos. Algunas balas deterioraron el casco de la embarcacion. El jefe, atemperándose á las órdenes que se le habian dado, regresó á Nueva-York.

El Norte se limitó á pedir satisfaccion de lo acontecido al comisario de la Carolina, y la prensa, por su parte, censuró enérgicamente la conducta de los de Charleston. La Carolina declaró, que aprobaba todo lo hecho, y que consideraria como una ruptura cualquier acto que se encaminara á abastecer el fuerte. Buchanan, á parte de otras debilidades cometidas en tales circunstancias, incurrió en la cobardía de no intentar por segunda vez el abastecimiento. M. Buchanan pertenecia al partido *sudista*.

Pero no se detuvieron aquí las contemporizaciones del Norte. Un mes hacia ya que Lincoln se encontraba al frente de la República, corria válido el rumor de que el fuerte Sumpter iba á ser atacado, y el Gobierno nada resolvía sin embargo, temeroso de que se juzgasen hostiles sus disposiciones.

Los *sudistas*, deseosos de dar principio á la guerra, y viendo que no se le ofrecian motivos, se resolvieron á atacar el Sumpter. El general Beauregard intimó al mayor Anderson el abandono del fuerte, y como aquel se negase á hacerlo, empezó contra él un vigoroso ataque. Por ambas partes se hicieron prodigios de valor; pero á las treinta y ocho horas, considerando Anderson inútil la resistencia, izó la bandera blanca, y se rindió con los honores de la guerra. Al entregar su espada el mayor Anderson, Beauregard se negó á admitirla; porque *no podía desarmar á un oficial tan valiente*. Estas frases de su adversario son el mejor elogio del mayor Anderson.

Hemos referido este incidente con todos sus pormenores; porque él es el verdadero punto de partida, para saber á quién debe exigirse la responsabilidad de aquella formidable lucha, y de sus desastrosas consecuencias. Siendo justos é imparciales, no se hará responsable á Lincoln de nada de lo acontecido. Todo eso le toca de derecho á los *sudistas*. No le privemos, pues, de su triste privilegio.

No es nuestro objeto, ni pertenece á la naturaleza de esta obra seguir paso á paso todas las batallas y peripecias de este cuadro sombrío, que conocemos con el nombre de guerra civil de los Estados-Unidos de América. Nos limitaremos á breves consideraciones, para que por ellas juzguen nuestros lectores de la magnitud y trascendencia de aquella formidable lucha.

Lo primero que á la inteligencia se ocurre, al examinarla, son los pocos ó ningun motivo fundado, que la originaron. Una administracion republicana y el advenimiento á la presidencia de un hombre que, aunque opinaba por la abolicion, nada habia dicho, ni hecho que revelara deseos de resolver violentamente ese problema, no son causas bastantes á que los Estados esclavistas se alarmasen, hasta el punto de dar por rota la Union. Debieron esperar los acontecimientos ulteriores, y no solo no los esperaron, sino que los precipitaron, declarándose en abierta hostilidad. El acta de la Carolina del Sud y la toma del fuerte Sumpter justifican nuestro aserto. Este último acontecimiento fué el verdadero principio de la guerra; principio tan poco trascendente, que no hay ninguna por insignificante que sea, en la cual no hallemos muchos sucesos de la misma naturaleza.

Atacar y tomar un fuerte, aunque bien construido y artillado, guarnecido sola-

mente por setenta hombres de guerra, es cosa harto insignificante. Si á esto se añade que por una de esas extrañas coincidencias no murió en la toma del fuerte un solo hombre, habrá de convenirse en que el principio de la lucha que nos ocupa, no pudo ser mas exiguo de lo que realmente fué.

¡Qué contraste entre este que pudiéramos llamar el prólogo de la obra y su terminacion!

La toma de Richmond es un hecho gigantesco, ante el cual se detienen con admiracion los mas grandes génios militares. El por sí solo basta á hacer digno de inmensa reputacion al general elegido para llevarlo á cabo. La humanidad ha sido justa en este punto, y coloca hoy entre las eminencias militares al jóven general Grant.

Entre los dos indicados extremos, nada falta para hacer de la de los Estados-Unidos una de esas guerras, que merecen el dictado de titánicas. Las médicas, las púnicas, las cruzadas y otras mas recientes aparecen pequeñas, comparadas con ella. Batallas que duraron dias enteros, andando siempre indecisa la victoria, en las que tomaron parte miles de combatientes, de las que resultó un número sorprendente de muertos, heridos y prisioneros; combates y expediciones navales, como la toma de Charleston y la bahía de Móbilis, que fueron espanto al mundo entero; máquinas de guerra que, como el *Monitor* y la *Merrimac*, causaron en un solo momento la mas profunda revolucion conocida en las construcciones navales; corsarios, como el Alabama, que en brevísimo tiempo, corrian distancias increíbles, destruyendo siempre; rasgos de abnegacion y de heroísmo, que nada tienen que envidiar á los de Roma y Esparta; combinaciones y planes que igualan á los de los mas esclarecidos caudillos; nada, en una palabra, nada faltó á aquella lucha de incansables atletas.

El mundo entero sintió sus fatales consecuencias y todas las clases de la sociedad fueron victimas de sus resultados desastrosos. El comercio estaba como si careciese de su verdadero fundamento; las industrias paralizadas; los brazos sin ocupacion á que dedicarse; el capital sin empresas que acometer; el crédito vacilante en todas partes y arruinado en muchas. Europa se sentia sobrecogida de espanto y América no hallaba medio de salir de la penuria que la aquejaba. La creencia, generalmente admitida aqun de los mares, de que los Estados-Unidos eran un *pueblo de mercaderes* que solo para especular servia, desapareció como por encanto. No fué, desde entonces, empresa de poca monta y realizable por unos cuantos miles de hombres, guiados por un caudillo algo audaz, la de partir de Europa; llegar á las playas americanas; desembarcar en uno de sus puertos; vencer los insignificantes obstáculos que pudieran presentarse y entrar, en son de triunfo, en la misma Washington. Comprendió Europa con temor y desagrado, que los *mercaderes* de América sabian, en caso de necesidad, manejar el fusil y la espada; comprendió el viejo continente que la jóven América sabia y podia, siendole preciso, disponer una flota inmensa, un ejército dispuesto á todo, y no arredrarse ante los ejércitos y las naves europeas. Valor, abnegacion, disciplina y todas las buenas cualidades se echaron de ver entonces en el soldado americano, no faltando escritores y generales europeos que dijieran y probaran, que nada tenia que envidiar América á Europa, en punto á condiciones para la guerra. Aunque algo tarde, la verdad se hizo el lugar que se le negaba y en esta, como en todas las ocasiones, ha correspondido con beneficios á las ingratitudes.

El conocimiento del poderío de los Estados-Unidos ha sido una nueva y formidable base para el equilibrio y la paz universal. Por lo mismo que se les conoce, que se les cree capaces de hacer frente á los Estados de Europa y que se les respeta, como merecen, no es ya tan fácil un rompimiento, y antes al contrario, aconseja la conveniencia el mantenimiento de las relaciones amistosas, que en estos instantes existen. ¡Permita el cielo que, para bien de la humanidad, no llegue nunca el caso de tener que acudir á las armas para decidir cuestion alguna! ¡Quiera Dios que los cables trasatlánticos, orgullo y triunfo de nuestro siglo, sean eternos lazos de amor y fraternidad

inquebrantables que unan las voluntades, como unen actualmente los pensamientos!...

Conseguido esto, parécenos muy fácil la consecucion de la buena armonía entre Europa y toda la América. Entonces, y solo entonces, hará aquella á esta todo el bien que puede y debe hacerle, y no andará, como hoy anda la *virgen del mundo* esquiva y ceñuda con su madre Europa. ¡Felices una y mil veces lo que esto vean; porque de ello serán las primicias de la fraternidad y de la concordia!...

Durante la guerra, hubo de elegirse nuevo presidente. Muchos eran los candidatos; pero de todos ellos triunfó Abraham Lincoln, propuesto, como la primera vez por el partido republicano. Una mayoría de cuatrocientos mil votos! llamó nuevamente al *rail splitter* á la direccion suprema de la República.

En treinta de Enero de 1865, á propuesta del presidente, la Cámara de los representantes de Washington decretó por 119 votos contra 56 la abolicion de la esclavitud y de la servidumbre involuntaria en todos los Estados-Unidos. La ley no constaba mas que de un solo artículo. Sabido el resultado de la votacion, no fué posible restablecer la calma y sofocar las muestras de entusiasmo, de modo, que hubo de darse por terminada la sesion. La ley humanitaria se habia sobrepuesto á la política.

No se crea, sin embargo, que esta medida fué tomada de improviso. Semejante proceder hubiese sido indigno de un hombre como Lincoln. Otras disposiciones la habian precedido; de modo, que la que nos ocupa fué una consecuencia obligada de las otras. Llegadas las cosas al punto á que habian llegado, era indispensable la ley emancipadora; Lincoln debía proclamarla, y no vaciló un momento en hacerlo. El cielo se lo habrá premiado, y la humanidad debe agradecerse. No le faltado empero, quien se lo haya censurado diciendo, que la ley fundamental no le autorizaba á variar las instituciones particulares de los Estados. Esto es cierto; pero tambien lo es que el presidente de la República, como jefe supremo de la fuerza armada, podia y debia privar á los revolucionarios de todos los recursos que empleaban contra la conservacion de la Union, y el mas considerable de ellos era, sin duda, el trabajo servil. Así lo comprendió Lincoln, y como medida de guerra abolió la esclavitud.

La lucha seguia mas encarnizada que nunca. Tratose alguna vez de venir á un acuerdo; pero fué imposible consentir en las exigencias de los *sudistas*, que persistieron en ellas, hasta la toma de Richmond. Este hecho puso fin á la guerra, que duró cuatro años. En ella, sin contar los enormes gastos del Sud, se emplearon cuantiosas sumas y murieron cerca de dos millones de hombres. Hé aquí todo lo que fué preciso para dovelver á una parte de la *raza de Dios* los derechos que, sin razon, le habia arrebatado la otra. Los errores de la humanidad cuestan siempre lágrimas de sangre.

En la primera parte de esta biografía hemos emitido nuestra opinion sobre la guerra; pero creemos oportuno desenvolver en este punto nuestras ideas acerca del particular. En estos nuestros dias en que á cada instante nos vemos amenazados por ese azote de las naciones, en que no se habla mas que de la guerra, y en que, al parecer, se preparan todos los pueblos á hacerla, conviene sobremanera que de ella nos ocupemos desapasionadamente, haciendo lo posible por disponer los ánimos de un modo útil á la humanidad.

La guerra es siempre un mal, y á lo mas, puede en ciertas ocasiones calificarse de *terrible necesidad*. Llamados todos los pueblos, en un porvenir mas ó menos remoto, á vivir en perfecta concordia, unidos por los indisolubles lazos de la fraternidad universal, segun las consoladoras promesas del Mártir del Gólgota, todo lo que hagan los hombres directa ó indirectamente en contra del cumplimiento de semejantes promesas, es, á no dudarlo, un mal del que debemos lamentarnos. La guerra, aumentando por el derramamiento de sangre los motivos de desunion que hoy existen, retarda la fraternidad universal, y es una verdadera trasgresion de la ley de amor y un mal por consiguiente. Esta sola razon basta á hacer odiosas esas

encarnizadas luchas que libran entre sí las naciones, y cuyos resultados finales son en definitiva perjudiciales á los vencedores, á los vencidos, y lo que es peor aun, á los que han permanecido neutrales. En virtud de la solidaridad, que es uno de los principios fundamentales del universo, la violacion de una cualquiera de las leyes eternas que lo rigen ocasiona una perturbacion universal.

No somos, empero, optimistas hasta la ceguedad. Creemos firmemente que la guerra desaparecerá de la tierra; en nuestra fe, basada en las deducciones de la razon, estamos intimamente convencidos de ello; como amantes de la civilizacion y de la humanidad entera, deseamos con vehemencia que lleguen los tiempos prometidos; pero en medio de todo esto no dejamos de conocer que en la actualidad es tristemente necesaria la guerra en ciertas ocasiones. Todo tiene su época determinada en el plan divino, nada faltará á su tiempo, como nada hasta el presente ha faltado; pero parece que no hemos progresado bastante los hombres para que nos veamos libres de ese terrible medio de regeneracion.

La observacion nos autoriza, sin embargo, á decir que no está ya muy lejos la época en que la humanidad sustituirá á los inconvenientes de la guerra los innumerables beneficios de la paz y de la concordia.

Si, la guerra es aun necesaria; ¿pero cuándo? En un solo caso; cuando sea puramente defensiva. Entonces, si no es legítima, es disculpable. En todos los otros supuestos, no pasa de ser un instrumento de desatentadas pasiones y de bastardos intereses, censurables en sí mismos y en sus medios y forma de realizacion. La sangre en ella vertida, caerá sobre los agentes activos que la vierten, y las muertes en ella ocurridas son asesinatos cometidos con la calma y premeditacion del asesino de oficio.

Procuremos, pues, ver claro en este asunto, que es de la mayor importancia.

Cuando injustamente se nos ataque, abramos la guerra defensiva, siempre, empero, con dolor y sin odio hacia el hermano que, obcecado, se perjudica á sí mismo y trata de perjudicarnos, violando la ley eterna y universal de amor. En todos los otros casos unamos nuestras voluntades y nuestras voces en una sola para procurar detener en sus fraticidas planes al aventurero que intenta hacernos cómplices de su ambicion ó de su necia vanidad. Antes que imitar á Cain á la personificacion de uno de los mayores crímenes, el fratricidio, tengamos el valor de desafiar las iras impotentes de los *legionarios que retardan el advenimiento de la Jerusalem celeste*. Esto aconseja el deber, y no hemos de vacilar nunca en su cumplimiento.

III.

Lo hemos dicho, y volvemos á repetirlo: siempre es sensible que haya de verse sangre en los campos de batalla, porque implica siempre una violacion de la ley de amor y un obstáculo levantado á la realizacion de la fraternidad universal. Pero, en medio de todo esto, la guerra tiene siempre excusas mas ó menos valederas, y en alguna ocasion hemos de aceptarla, *por ahora*, como un mal sensiblemente necesario. Lo que nunca es necesario, lo que jamás tiene excusa ni remotamente valedera, es la sangre vertida por el crimen. El soldado es un instrumento de nuestro estado de atraso; el criminal es el mas deplorable engendro de la perversion de la humana naturaleza. Merece compasion, como todo elemento que voluntariamente se aleja de la esfera de accion que para su progreso y rehabilitacion le ha sido concedida; pero jamás ha de merecer de nuestros labios la mas insignificante frase de exculpacion. El crimen no tiene mas que un nombre y un origen, aunque este último aparezca bajo mil fases distintas. El nombre lo tenemos ya dicho; el origen lo hemos indicado, y no es otro que el hecho de alejarnos de la esfera de progreso y rehabilitacion. El mas noble y grandioso resultado—en apariencia—obtenido por medio del crimen se encuentra, por decirlo así, saturado de su origen, y es en realidad un resultado criminoso. La humanidad entera, incluidos el autor y cómplices del crimen, no se engañan ni engañarán nunca sobre este particular. La conciencia, esa intuicion de lo bueno, de lo justo y de lo bello absolutos, no se de-

ja seducir por los argumentos especiosos con que á veces se quiere satisfacerla.

De la guerra y de la sangre en ella vertida hemos hablado; del crimen y de la sangre derramada por él, nos toca hablar al presente.

¿Qué le faltaba á Abraham Lincoln para ser mártir de una causa santa, sino verter su sangre por ella? ¿Qué le faltaba á su gloria y á su personalidad, para que se destacasen mas aun, sino un acto ignominioso junto á los suyos esclarecidos y ante su figura radiante, una figura sombría? Pues no faltó ni lo uno ni lo otro. A la vida de sacrificios del exterminador de la esclavitud en los Estados Unidos puso término el asesinato, y junto á la radiante figura de Abraham Lincoln, se levanta en la historia la figura sombría de Wilkes Booth. Pasemos, pues, rápidamente sobre este acontecimiento, como el viandante sobre el endeble puente, que uniendo las dos cumbres, oculta el precipicio. De las glorias de la humanidad, que la enaltecen siempre, conviene hablar con el mayor detenimiento posible; sus errores debemos reprobarlos enérgica, pero brevemente.

El viernes santo, 14 de Abril de 1865, celebró Lincoln consejo de ministros. Informóse del estado de los asuntos, y despues de manifestar que en suenos habia previsto el resultado de todas las batallas, la víspera de su realizacion, dirigiéndose al ministro de Marina, le dijo:

«Mirad, M. Welles, mi sueño de anoche se relaciona con vuestro departamento. Soñé que veia una nave surcando las aguas con rapidez maravillosa, y esto presagia indudablemente un acontecimiento nacional de suma importancia.»

Y no se equivocó el honrado Abraham, pues habia visto en sueño y simbólicamente lo que habia de suceder, y sucedió, en efecto. La nave, que durante la emancipacion de su alma habia visto Lincoln; la nave ricamente empavesada de todas las virtudes y acciones heroicas, henda, á la mañana siguiente, las regiones del espacio, encaminándose con rapidez maravillosa al puerto donde se reunen los que, sobreponiéndose á todo, cumplen la mision que les ha sido confiada. El acontecimiento nacional no fué, como los otros, motivo de satisfaccion, sino de pesares y tristezas. La humanidad en su egoismo, llora mas de una vez la felicidad de los mismos seres á quienes aprecia.

La nave, vista por Lincoln, era él mismo, que tocando los limites de este revuelto océano que se llama vida, caminaba rápidamente á la verdadera vida de los buenos, que llamamos muerte en la tierra.

A las ocho de la noche, Lincoln y su señora subieron al coche, y despues de reunirseles la esposa del senador Harris y el yerno de éste, dirigiéronse al teatro Ford, donde tomaron asiento en el palco de proscenio de la izquierda.

El presidente habia estado de muy buen humor, sin que nada indicase en él la mas remota sospecha de que se conspiraba contra su existencia. La representacion habia llegado á la segunda escena del tercer acto. De repente, silenciosa y misteriosamente penetra en el palco presidencial un hombre, que se aproximó sin vacilacion á Lincoln. Entonces se dejó oír una fuerte detonacion, y muy pocos instantes despues, todas las miradas se fijaban en el palco del presidente. Lincoln habia recibido una herida mortal en la cabeza.

El mayor Rathburn, que distinguió, á pesar del humo, al asesino, intenta apoderarse de él, este le hiere en el brazo, deja en manos de aquel un pedazo de levita, salta al escenario, toma una actitud trágica y exclama:

Sic semper tyrannis.—Así siempre con los tiranos.—*El Sud está vengado.*

Sic semper tyrannis!... De todas las ocasiones en que se ha pronunciado esta frase, en ninguna seguramente se ha hecho con menos razon y mayor injusticia que cuando, respecto de Lincoln, la pronunció Booth. Llamar tirano al varon ilustre que sostiene á su pesar una encarnizada lucha de cuatro años, por devolver á una raza los derechos que se le negaban, es lanzar la calumnia mayor que jamás haya salido de humanos labios; es sentar el mas falso de los hechos, dando, al mismo tiempo, inequívocas muestras de obcecacion. Impudencia, y no poca, se necesita, para aplicar

á Lincoln, al mártir de la libertad, el denigrante epíteto de tirano. De la exactitud de este aserto, juzguen los lectores que hayan recorrido estas páginas, los hombres imparciales que hayan seguido á Lincoln desde su infancia, hasta su muerte.

No, no fué un tirano Abraham Lincoln, ni en su vida de pobre leñador, ni siendo jurisconsulto, ni cuando ocupó la elevada posicion de presidente de la República.

La justicia, el derecho y el deber fueron siempre la pauta de su conducta. Lejos de favorecer la tiranía, procuró minarla por su base, exponiendo, cuando á la enseñanza se dedicaba, los verdaderos fundamentos de la justicia, haciendo comprender todo el valor de los derechos y deberes del ciudadano, procurando el triunfo de los primeros en la defensa de sus clientes y luchando, hasta caer moribundo al golpe de un asesino, por extirpar la esclavitud, esa violacion de la justicia, del derecho y de todo lo respetable que existe.

Desde el primer instante, se notó que Lincoln estaba mortalmente herido. Trasladósele del teatro á casa de M. Paterson. A las siete de la mañana del otro día, la respiracion del moribundo se hizo mas difícil; á las siete y veintidos minutos, reinaba el mas profundo silencio en la habitacion: el moribundo hizo un movimiento casi imperceptible, y sin contorsiones, con la tranquilidad y calma de los justos, exhaló el último suspiro. Trasladado el cadáver á la Casa Blanca, y extraída la bala, fué embalsamado. Sobre el ataúd se puso una plancha de plata con esta sencilla inscripcion:

ABRAHAM LINCOLN,

DECIMOSESTO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS, NACIÓ EL 12 DE FEBRERO DE 1809.

Los obsequios fúnebres tributados á Lincoln en Washington, Baltimore, Harrisburg, Filadelfia Nueva-York y Springfield, prueban claramente el aprecio que á todas las clases de la Union-Americana merecian las sublimes virtudes de aquel varon esclarecido. Los soberanos de Europa y los representantes de la prensa no retardaron la manifestacion del horror que les inspiraba el asesinato, y el sentimiento que les ocasionaba la muerte del digno presidente de la República. Ante la tumba del ciudadano virtuoso y del funcionario probo, no hubo mas que una voz para condenar á Booth y glorificar á Lincoln. ¡Compadezcamos nosotros al primero y esforcémonos en imitar al segundo!...

MANUEL CORCHADO.

(Se concluirá.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LAS PASIONES DE UN GRAN REY.

III.

Juana Seymour.

1536—1537.

Ordinariamente la consecuencia en el amor no suele ser la virtud mas comun en los príncipes galantes. Enrique VIII, que solo habia amado en Ana Boleyn la realizacion de un vehemente deseo, satisfecho este con la completa posesion de aquella codiciada hermosura, llegó á serle indiferente, vieno en sus francas y alegres costumbres un motivo mas de reproche, convirtiéndose lo que antes habia sido atractivo en prueba de sus pretendidas liviandades. Enrique habia llegado ya á la santidad en su deseo por Ana, al mismo tiempo que empezaba á sentir igual deseo por la hermosa Juana Seymour, dama de Ana, como esta lo habia sido de Catalina; y hé aquí la causa predisponente que condujo á aquella célebre reina á tan triste fin.

Lady Juana Seymour era la antípoda de Ana Boleyn. De hermosas facciones, de bellos ojos, cuya púdica mirada revelaba el candor de su alma, sus costumbres, sus maneras, eran el mejor testimonio de su recato y virtud. La locuacidad de Ana era reemplazada en ella por un talento brillante, sólido, pero basado en las mas severas máximas de la moral mas pura. Enrique deseó poseerla, desde luego que su ardiente proposicion fué rechazada con horror por la casta Juana; y por este motivo aprovechó la primera ocasion para deshacerse de Ana Boleyn de una manera legal, aunque solo fuese en la apariencia. Juana creyó en la culpabilidad de Ana como muchos habian creído, por lo que no tuvo inconveniente en dar su mano al rey al día siguiente de la ejecucion, es decir, el 20 de Mayo de 1536. Enrique ahogó su remordimiento en los brazos de su nueva esposa, á la que amó con mas pasion que á ninguna, no impidiendo esto el que la sacrificara un año despues por salvar el vástago que llevaba en sus entrañas.

Cranmer, que tan gran papel habia representado en el matrimonio de Enrique con Ana, declaró á Isabel hija de ésta, ilegítima, como habia declarado á María incestuosa.

Los suplicios de Fisher y de Tomás More habian excitado dolorosas emociones entre el pueblo católico, agregándose á esto la rapiña ejercida por el rey con los bienes del clero. Este, cuyo partido era poderoso, no cedió tan á buenas, sin que provocase un levantamiento general de los descontentos, capitaneados por los doctores Mackreel, prior de Barling, y Melthun, con una porcion mas de monjes que predicaban al pueblo con el crucifijo en una mano y la espada en la otra. Reuniéronse mas de cuarenta mil hombres que invadieron los condados de Lancastre, Westmáreland y Duraham, denominando su expedicion peregrinacion de gracia. El duque de Suffolk, comisionado por el rey, les prometió, en nombre de este, todo lo que pidieron, y cuando los ví dispersos cargó sobre ellos y los pasó á cuchillo, ahorcando á centenares de los que hizo prisioneros. Ya estaba abierto el camino; solo faltaban víctimas. El despojo de los conventos concluyó de llevarse á cabo. Enrique suprimió monasterios y hospitales, y en general todo establecimiento que procuraba algun socorro á los mas infelices de sus súbditos. ¿Qué le importa á él que el pueblo se muera de hambre, si en cambio entran cada año algunos centenares mas de millones en sus arcas? La ferocidad de este rey, dice Montesquieu, solo puede compararse á su rapididad.

Cansado de despojar al clero, la emprendió contra la nobleza que aun no habia abandonado la religion católica. Por una ley mandaba que como *hereses* á los protestantes que negaban la presencia real de Jesucristo en el Sacramento del Altar; y como á reos de alta traicion decapitar á los católicos que le negaban el reconocimiento del poder espiritual que queria ejercer. A estas dos clases de víctimas se debe añadir otra, que eran los que se acusaban de querer arrebatarse al rey su corona. Con este frívolo pretexto se ensañó contra el cardenal Pole, que descendia de una de las ramas colaterales de Eduardo IV. Viendo que eran inútiles sus reclamaciones á la corte pontificia y á la Francia, para que le entregasen la persona del cardenal, acusado de conspirar para derrocar la dinastía Tudor y establecer la de York, de la que era ultimo representante, resolvió vengarse en su familia, reduciendo á prision á lord Montague y á sir Geffey Pole, hermanos del cardenal, y á su madre Margarita, condesa de Salisbury. Esta y lord Montague subieron al cadalso mas tarde, en 1541. Sir Geoffrey se salvó de la muerte por haber cometido la vileza de firmar la declaracion que quiso el rey, que, como puede suponerse, no era otra cosa que un tejido de falsas recriminaciones.

Juana Seymour, que habia estado sentada en el trono poco mas de un año, sucumbió en 12 de Octubre de 1537 á consecuencia de la operacion cesárea que le habian hecho sufrir para salvar á su hijo, que despues reinó con el nombre de Eduardo VI. Enrique, á pesar de su grande amor por su esposa, la sacrificó al deseo de tener un heredero de su corona. ¡Despreciable egoismo de un monarca que se creia el hombre mas sensible de la tierra! En nuestros tiempos hemos visto un caso idéntico, en el que el gran N poleon contestó al famoso Dubois cuando fué á preguntarle su eleccion:—«Salvad á la madre, con ella tendré otros hijos.»—Rasgo de amor que Dios recompensó dándole madre á hijo.

Enrique VIII, viudo ya tercera vez, solo pensaba en conquistar otra víctima. De las proposiciones que mandó hacer á Cristina, duquesa de Milan, obtuvo la siguiente contestacion:—«Si tuviese dos cabezas, podría arriesgar una; pero no tengo mas que una, y deseo conservarla.»

IV.

Ana de Cleves.

1540.

La situacion del pueblo inglés gobernado por Enrique VIII era de las mas tristes. Este monarca, cuya ferocidad y sed de sangre iba cada dia en aumento, tenia como una diversion el hacer morir á sus vasallos. El famoso *bill de sangre*, llamado así porque todas las penas que en él se imponian eran siempre la de muerte, estaba en toda su fuerza y vigor. La religion reformada por un lado, y las soñadas conspiraciones por otro, eran los dos agentes á que Enrique apelaba para que continuamente ejerciese sus funciones el verdugo de Londres. Este, segun afirma un escritor de aquel tiempo, llegó á pedir que se le aumentase el sueldo por el muchísimo trabajo que tenia.

Cromwell habia reemplazado á Wolsey en la direccion de los negocios. Adiestrado por tan habil ministro del que habia sido secretario y principal confidente, en los misterios de la tenebrosa política de aquel tiempo, era odiado por la nobleza y por el clero. La primera veia en él un enemigo irreconciliable, que la humillaba y deprimia cuanto le era posible, porque no podia unir ni tan siquiera simpatizar con la aristocracia, por ser su procedencia de las mas bajas. El clero odiaba en él al expoliador de los conventos, cuya secularizacion dirigió: los protestantes lo odiaban tambien, porque no encontraban en su carácter egoista, el protector que buscaban sino un falso amigo dispuesto á venderles siempre que de ello le resultase algun provecho. Cromwell, atacado por todos los partidos, vacilaba en su puesto. El ministro sabia muy bien

que, aun teniendo el poder de su parte, eran muchos los enemigos que tenia que combatir para salir vencedor, además que tampoco estaba muy seguro del favor del rey, cuyo carácter inconsequente le hacia variar de querida lo mismo que de ministros. En tan apurada situacion, pensó que haciéndose con un protector que le sostuviese, podría arrostrarlo todo. Despues de mil proyectos dió en lo que creia mas seguro, y que solo sirvió para su perdicion. Enrique, entretenido en fáciles conquistas, no habia pensado mas en contraer otro enlace, cuando Cromwell le puso de manifiesto una magnífica miniatura que representaba á la princesa Ana, hija segunda del duque de Cleves. Ana era fea, picada de viruelas y carecia de atractivos: el pincel de Holbein, comprado por Cromwell, habia convertido á esta princesa en una encantadora beldad. El embajador inglés escribia además dando los mejores informes sobre las virtudes y talento de Ana, ponderando sus cualidades hasta el extremo de asegurar que en Alemania era conocida con el nombre de *Princesa de oro*, por lo mucho que valia física y moralmente. Tan halagüeñas noticias, acabaron de vencer al irresoluto Enrique, que siendo como un niño, deseaba poseer todo aquello que se le reconocia mayor mérito ó valor. El matrimonio fué concertado. Cuando Enrique la recibió en Duvres y vió su físico tan poco agradable, exclamó:—«Es una yegua flamenca.»—Sin embargo, por no romper abiertamente con los luteranos de Alemania, cuya secta habia abrazado con tanto calor, celebró su matrimonio el 6 de Enero de 1540. Ana de Cleves no poseia otra cualidad, que un carácter dócil y bondadoso que le hacia ser estimada de todos los que la rodeaban. Enteramente distinta á Ana Boleyn y á Juana Seymour, no sabia bailar, ni cantar, ni pintar, y apenas acertaba á hablar el inglés, no entendiendo además ni una sola palabra del latin, de modo que á veces se pasaban dias sin que pudiese hablar con el rey, que por otra parte procuraba estar siempre lejos de ella. Este matrimonio no llenó los deseos de Enrique, ni las aspiraciones del ministro, que encontró en Ana una reina tímida y humilde y no que impusiera la voluntad como él deseaba.

Desde entonces se dió por perdido, porque la nobleza trabajaba para derribarle, y ya pensaba retirarse, cuando el 13 de Junio de 1540 fué preso y conducido á la Torre, acusado de estar vendido á la Francia, y en 28 de Julio del mismo año, su cabeza rodaba por el patíbulo. Pocos dias despues reunió el rey una Asamblea de ciento sesenta arzobispos, obispos y doctores, y les hizo pronunciar su divorcio.

El duque de Norfolk, tio de Ana Boleyn, y el que tanto empeño mostró en hacerla morir, sucedió á Cromwell en su elevado puesto.

Ana de Cleves se retiró primero á las posesiones que le habia señalado el rey cerca de Londres, pero no creyendo su cabeza segura, con el pretexto de visitar á su familia partió á Alemania, de donde no volvió ya.

V.

Catalina Howard.

1540.—1542.

El duque de Norfolk se presentaba como jefe del partido católico en oposicion á Cranmer, que lo era del reformista, que á pesar de haber perdido el apoyo que tenia en Cromwell continuaba aun en gran pujanza. El vencedor de Flodden, conocia el medio que tenia que emplear para subyugar la voluntad del rey, para conquistar el puesto de ministro; así fué que apeló á los encantos de su sobrina Catalina Howard, la que ambiciosa y bella como su prima Ana Boleyn, se dejó galantear por el rey, aunque declarándole que el único medio por el que podría obtener su posesion, era el matrimonio. Enrique no temió el incurrir en el delito de bigamia; casóse secretamente con Catalina, empero prometiéndola hacer anular su union con Ana de Cleves y declararla reina enseguida, verificándose esto último el 8 de Agosto de 1540.

Catalina era bella y alegre. Sin tener el talento de su prima Ana, reunia mas gracia y mayores encantos. Enrique la amó, pero la amó con desconfianza, haciendo que le acompañase á todas partes, en sus viajes, y hasta en el Consejo mandaba poner un sillón al lado del suyo, para que lo ocupase su amada Catalina. Vamos á exponer brevemente la causa política que ocasionó la muerte de Catalina Howard.

Esta, lo mismo que su tio el duque de Norfolk, eran ardientes defensores del partido católico, y por consiguiente, perseguían á muerte á los protestantes. Cranmer, jefe de este partido, como ya hemos dicho, deseaba perder á los que tan decididamente protegían al partido contrario; mas como eran fuertes y poderosos, convencido de que el duque de Norfolk colocado en tan alta posicion no podría sucumbir nunca á sus tiros, se propuso herir á Catalina, y herirla de manera que fuese el rey el que se diese por ofendido. Valioso del miserable Lassels, que fué á contar á Enrique que Catalina habia concedido sus favores, antes que á él, á un caballero llamado Darham, el que continuaba siendo su amante. Convencido el rey hasta la evidencia de la verdad de esta denuncia, que el mismo Cranmer le hizo presentarse, mandó encerrar en la torre á Catalina y á su cómplice, lady Rochford, que siendo su confidente y encubridora, mantenía además relaciones ilícitas con un aventurero llamado Cullper. En el proceso que se formó á la reina, aparece su acusacion, en la que se pinta á Catalina como una verdadera Mesalina, acha-

cándole todo linaje de liviandades; en una palabra, es tan asqueroso dicho escrito, y está lleno de tan inverosímiles monstruosidades, que hasta el historiador Hallam, que ha condenado severamente la conducta de Catalina Howard, se abstiene de insertarlo en su obra.

Examinando atenta é imparcialmente las faltas de Catalina Howard, aunque abiertamente no negamos su culpabilidad, tampoco la acriminamos, como otros escritores lo hacen. Catalina era joven, apenas contaba veinticinco años, Enrique VIII pasaba de los cincuenta; ella, bella, disfrutando de buena salud y humor; el rey, viejo, carcomido por un mal interior, una gangrena que lentamente destruía su existencia, asqueroso por la enfermedad, repugnante por la vejez, antipático por el carácter; ¡qué elementos de unión y de simpatía había entre estos dos seres! La ambición de partir con él el trono y de auxiliar á su tío el duque de Norfolk en sus planes, le hizo acceder á ser la esposa del rey, jamás le amó, no podía amarle, porque su carácter alegre y festivo se avenía mal con el tético del rey, á quien la sangre que había hecho derramar le ahogaba continuamente, sumiéndole en el mas abyecto estado de furiosa y feroz locura. Alejandro Dumas ha poetizado á Catalina, sirviéndose de ella como un tipo de galantería, ambición y dolor. Sea de ello lo que se quiera, la quinta esposa de Enrique VIII murió en el cadalso, como había muerto la segunda, el 13 de Febrero de 1542. Lady Rochford la acompañó en este suplicio, expiando en él la infamia que había cometido haciendo morir de la misma manera con sus falsas acusaciones á su esposo y á su cuñada. Así lo declaró á los espectadores que presenciaron su muerte en Tower-Hill, diciendo: «Que moria en expiación del crimen que cometiera denunciando injustamente á su esposo y á Ana Boleyn.»—Derham y Cullper, amantes convictos y confesos de Catalina y de lady Rochford, murieron ahorcado el primero y descuartizado despues; el segundo fué solamente decapitado.

Para asegurar en adelante al jefe del Estado de sus infortunios conyugales, dice el historiador Hallam, el Parlamento declaró culpables de alta traición y mercedores de la pena de muerte: primero, á todo individuo que sabiendo los deslices de la reina, no los revelase al momento al rey; segundo, á toda joven que se casase con el soberano, no siendo virgen; tercero, á todo individuo que le dirigiese una declaración amorosa de palabra ó por escrito, ó por medio de un tercero; cuarto, á todos los que ayudasen en sus intrigas á los amantes de la reina.—Ni la barbarie de los emperadores de Constantinopla, que arrojaban á sus esclavas al Bósforo metidas en sacos de cuero, se les ocurrió inventar una ley semejante.

VI.

Catalina Parr.

1543—1547.

Poco mas de un año despues de la muerte de Catalina Howard, se enlazaba Enrique VIII en 12 de Julio de 1543 con su sexta y última esposa. Era esta Catalina Parr, hija del caballero Tomás Parr de Keudal, y viuda de Newill lord Latimer. El carácter de esta mujer era á propósito para Enrique. Aficionada al estudio de la teología, pasaba largas horas en discusiones con su real esposo, ya explicando una tesis dogmática, ya impugnando otra que proponía el rey, en una palabra, la ilustración y conocimientos de Catalina Parr eran tal vez superiores á los de su esposo, al que derrotaba completamente en algunas de sus conclusiones. Este, á mas de llamarla *dulce corazón mio* como había llamado á sus demás mujeres, dábale con mas frecuencia el nombre de *doctor Kate* (abreviación de Catalina). Cuenta el historiador Hallam, que en cierta ocasion, defendiendo Catalina la superioridad del catolicismo sobre la religion reformada, venció y confundió á su esposo en la discusión. Este se retiró de improviso, y no viendo en su esposa mas que un enemigo de la religion que profesaba la tación y de la que era jefe, mortificado además por haber sido vencido por una mujer, dió contra ella orden de prision. Entrar en la Torre era equivalente á subir al cadalso, por lo que, advertida del peligro Catalina por su médico, fué á encontrar á su esposo, y delante de sus consejeros le declaró que si le había contradicho en ciertas materias, había sido únicamente por proporcionarse el placer de oírle razonar sobre esas mismas materias que tratada con tan profunda como innegable superioridad. Convencida de esto la vanidad del rey-teólogo, perdonó á su disidente esposa.

Echemos una rápida ojeada sobre los postres acontecimientos del reinado de Enrique VIII. Francia é Inglaterra estaban á pique de romper. Resentido Francisco I de que Enrique hubiese rehusado su intervención cuando sus cuestiones con la Santa Sede por su matrimonio con Ana Boleyn y divorcio de Catalina de Aragon, trató de conciliar contra él á Carlos V; pero como ya había fallecido la tía del emperador, éste se dió por satisfecho con que Enrique hiciera reconocer por el Parlamento los derechos de sucesión á la corona que tenía la princesa María. Esta declaración fué el rompimiento entre España y Francia, pues Carlos V no había dejado de considerar á Francisco I como á su único y mas mortal enemigo. Enrique quería organizar una coalición entre la casa de Tudor y la de Stuart que reinaba en Escocia, á cuya nacion procuraba propagar la religion reformada; Francia se lo descubrió, é impidió realizarlo haciendo públicos sus ocultos manejos. Desde entonces estas dos naciones, poco antes tan amigas, fueron ya contrarias,

siendo provechosa esta enemistad á Francia, mas un poco mas tarde en el reinado de María, pues recobraron á Calais que fué tomado en 1558 por el duque de Guisa. Mas volvamos á Enrique.

Sus últimos años fueron en los que, segun él, recompensó á sus leales servidores. Receloso y cruel, y sin cesar irritado por los dolores de su mal, tenía continuamente una sed hidrópica de sangre. Hemos visto al duque de Norfolk heredar el poder que Cromwell perdió con la cabeza, y hemos visto á este ilustre personaje emparentado con el rey, que casó sucesivamente con dos de sus sobrinas, á mas de haber enlazado á su hijo natural lord Enrique Fitzroy, duque de Richmond, con una hija de Norfolk, pues á pesar de esto y de los grandes y eminentes servicios prestados por tan buen patriota que á mas de la victoria de Hodden, contaba tantas como batallas había dado, por lo que era reputado por el mejor general de Inglaterra, á pesar de esto, repetimos, aun tuvo Enrique la crueldad de encerrarlo en la Torre con su hijo primogénito el conde de Surrey, que era el mas valiente caballero de la corte, así como el mas erudito é ilustrado. Lord Surrey, el mejor poeta que entonces existía, ídolo de las mas bellas damas de la corte de Enrique, fué decapitado en 15 de Julio de 1547, y su padre le hubiera seguido muy pronto, si durante la noche del 28 al 29 del mismo mes no hubiese muerto Enrique VIII, víctima como Felipe II de las gangrenosas úlceras que consumían su cuerpo, convirtiéndole en un monstruo asqueroso, á bien de que ya lo era por su crueldad y despotismo.

Hemos titulado estos apuntes históricos *Las pasiones de un gran rey*, y vamos á explicar en qué sentido concedemos á Enrique VIII la calificación de *grande*. Enrique Tudor era un príncipe de talento bien cultivado, con bastantes conocimientos y bastante política para llevar á cabo una revolucion social, como lo hizo adoptando la reforma, solo por salir con su empeño de repudiar á Catalina y casarse con Ana Boleyn. Si grande puede llamarse al héroe que se cubre de gloria con inmortales hazañas, tambien puede concedérsele este dictado al criminal que se excede á los demás, al tirano que supera á esas grandes figuras de la antigüedad, á los Tiberios, Nerones, etc. Si Carlos V mereció el ser llamado el *gran emperador*, y Gonzalo Fernandez de Córdoba el *gran capitán*; Enrique VIII merece tambien ser considerado como un gran rey, pero grande en crueldad y en despotismo. Y para que se vea su instinto sanguinario hasta dónde llegaba, Hume ha formado una estadística de los personajes notables que murieron en el cadalso en su reinado, casi todos inocentes víctimas de sus fieros instintos. Estos fueron los siguientes: dos reinas, dos cardenales, tres arzobispos, 48 obispos, 43 abades, 500 priores, monjes y sacerdotes, 14 arcedianos, 60 canónigos, mas de 40 doctores, 12 duques, 20 marqueses y condes con sus hijos, 29 barones y caballeros, 333 nobles feudatarios, 124 ciudadanos y 110 damas de elevada condicion.

Este es un pequeño resumen de las víctimas de la crueldad de Enrique VIII; que en lo demás, su reinado dió un gran paso al progreso en todo. Las artes, las letras, la industria y el comercio fueron protegidos y fomentados por él y por sus ministros; se introdujeron mejoras en todo, en la administracion civil, en el ejército, y quizá el origen de la preponderancia de la marina inglesa se deba á este rey. Hasta el arte culinario le fué deudor de la confeccion de algunos platos y de la introduccion de varios alimentos (1).

SALVADOR M. DE FABREGUES.

ENSEÑANZA DEL DIBUJO.

MÉTODO HENRIKX.

Que la instruccion artistica debe prepararse desde la primera enseñanza, lo hemos manifestado en uno de los anteriores artículos: el que no aprende á leer en la infancia, jamás llega á leer bien, salvadas algunas excepciones que vienen á confirmar la regla general. Por esto digamos que eran indispensables en la enseñanza primaria las clases de dibujo para enseñar los elementos de esa expresion lineal, como lo son las lecciones del abecedario para la expresion literaria; y como no debieran faltar tampoco en aquel período de la instruccion las clases de solfeo para dar á conocer cuando menos la llave de la expresion tónica; dejando de esta manera preparado el entendimiento del niño por todos los medios que tiene el hombre para transmitir sus ideas á los demás, y poniéndole en disposicion de desarrollar mas adelante su talento ó su genio desembarazadamente y sin necesidad de entretenerse

(1) Extractamos á continuacion la siguiente nota de la crónica de Hallam:

«Se ha observado que las legumbres no fueron comunes para el alimento de los ingleses hasta aquella época; en los primeros años del reinado de Enrique VIII no se plantaban coles ni zanahorias, ni raíz alguna comestible, y la reina Catalina de Aragon no pudo comer ensalada hasta que su marido mandó venir á un hortelano de los Países Bajos. Las alcachofas, los albaricokes, los ciruelas, la grosella y las cerezas aparecieron en Inglaterra en la misma época.»

en lo mas material de la educacion artistica.

Es menester tomar en consideracion lo que sucede al hombre respecto del arte de leer. Cuando el hombre sabe leer, es decir, cuando conoce el valor de las letras y su combinacion en palabras (pues no queremos entender aquí nada que tenga relacion con el sentido y acentuacion); ni se fija en aquel valor, ni intencionadamente le da á las letras; ni vé mas que la forma de la palabra pronunciándola hasta rutinariamente. Trabajo engorroso y que entorpecería la actividad de su talento ó de su ingenio cuando mas adelante, al componer un razonamiento tuviese que fijar la atencion en ese valor de las letras para la formacion de las sílabas, y en la estructura las palabras, y en la construccion gramatical.

Dado, pues, ya por resultado el punto relativo á la necesidad de que los elementos del dibujo deben aprenderse desde la edad infantil, como se aprenden los primeros trozos para la formacion de las letras, es menester manifestar cuáles son esos elementos, y qué método puede emplearse con mayor seguridad de buen resultado en su enseñanza.

Antes de todo, es fuerza denunciar á la opinion pública un hecho muy comun en las escuelas, y es: que pocos son los profesores que sepan limitarse á la enseñanza elemental y que no invadan el terreno de la superior, bien como si estuviesen descontentos de su mision, bien por aquel espíritu de suficiencia, ó por aquel amor propio mal entendido que no sufre superioridad en el prójimo, bien por aquel necio orgullo que al hombre aguajonea. ¡Cómo si la enseñanza elemental no fuese bien digna de un profesor aventajado, ó no exigiese aventajadas dotes, y como si no fuese menester grande esfuerzo en el que está colocado por su saber en una eminencia para limitarse á los primeros principios, traduciendo al lenguaje del niño ó del inconsciente lo que él piensa y sabe como hombre! Ni supone menos saber en el que enseña elementos que en el que enseña el desarrollo de ellos y los aplica; porque del uno al otro no hay mas diferencia, sino que aquel tiene que conocer el análisis para dar la síntesis, y este ha de partir de la síntesis para dar el análisis.

Ahora bien, aplicando á la enseñanza del dibujo estos principios, tendremos que la tarea consistirá en buscar esa síntesis, y ese análisis ó sus analogos. Que la geometría es la síntesis de las formas orgánicas, como en las orgánicas se halla el ápasis y aplicacion de la síntesis, no puede negarse. Por esto llama Henrickx, y con mucha razon, á su método: «Geometría artistica», recominandando su estudio apoyado en autoridades tan respetables como Alberto Durero, Leonardo de Vinci y Rubens, y considerándole medio infalible de conducir al discípulo al uso del dibujo como de cualquier otro medio de expresion.

El epigrafe de la obra es, por mas de un concepto, notable, debiendo ser considerado en la enseñanza del dibujo como el punto de partida de todo método, y la base de todo modelo y ante la vista del principiante debe ponerse. «La enseñanza de Artes, dice, no existe sino cuando se dá al discípulo el medio de analizar y apreciar lo que hace. Cuando los estudios se limitan á una imitacion servil, solo se obtiene por resultado la inercia ó el plagio.»

A este razonado epigrafe añade observaciones tan fundadas como las siguientes:

«Las figuras de la Geometría, como todos los elementos, no tienen significacion hasta tanto que se sabe hacer aplicacion de ellas.»

«En otro tiempo el estudio de las figuras de la Geometría, no tenia por solo objeto saber dar por medio del compás y de la regla, la planta, el corte y el alzado de las figuras inanimadas, sino que era considerado muy especialmente en la enseñanza del dibujo artistico como la base esencial. Véase lo que han escrito los grandes maestros sobre la práctica del arte.»

«Con efecto, todos los dibujos originales que nos han legado nuestros padres prueban hasta la evidencia que los artistas tenían un conocimiento perfecto de dichas figuras, y que los arquitectos, los ingenieros, los industriales y los mismos operarios, podian, no menos que ellos, presentar á pulso la construccion del ob-

jeto que habían producido, no solo en su alzado geométrico, sino en el espacio, y sabian revestirle de todas las formas que inspira una idea creadora.»

«En el dia, como resultado de la mas punible confusion en la enseñanza de las artes gráficas, el papel que debieran representar las figuras geométricas ha quedado reducido á la nulidad en el estudio del dibujo artistico; porque en lugar de haber sido combinadas y presentadas al alumno como medio de apreciar y de analizar las formas artísticas, solo han servido, á causa del uso maquina que de ellas se ha hecho, para arrojar la confusion en su espíritu, y para mantener su vista en el estado primitivo.»

«Naturalmente resulta de aquí que la pulidez en la ejecucion del dibujo ha reemplazado en el alumno á la ciencia práctica de las formas, y la reproduccion maquina del objeto creado ha sustituido á los estudios elementales y constitutivos del dibujo productor en un ramo cualquiera que fuere, hasta el punto que, despues de cuatro ó cinco años de tan torpe trabajo, el alumno no tiene la menor nocion de los planos que componen los objetos, ni de la posicion de los objetos que ha de representar; viéndose del todo incapaz de colocar en el espacio la mas elemental de las formas; mientras que en un corto número de lecciones puede hallarse en disposicion de construir una forma, cualquiera que sea, y de reproducir con buen resultado desde el primer año de sus estudios las figuras situadas en el espacio.»

«Para alcanzar este resultado y para evitar por cuantos medios han estado á nuestros alcances el triste estado de las cosas que hemos indicado, hemos querido reinstalar á los elementos de la Geometría en su verdadera mision en el estudio del dibujo profesional y artistico. Hemos coordinado y coordinado estos elementos por grados, á fin de relacionarnos con los grados de instruccion general para que el alumno pueda sacar un fruto práctico de su trabajo en cualquiera de los grados de instruccion á que se vea obligado á limitar sus estudios.»

No nos ocuparemos de la parte material de la enseñanza, porque respecto del particular estamos persuadidos de que los medios que cada establecimiento tenga á su disposicion y á que deba el maestro ceñirse, serán el regulador del modo con que deberá proceder para que el discípulo aprenda mejor y en mas breve tiempo, teniendo en cuenta el principio de que, cuanto mas colectiva sea la enseñanza, mas responderá á esas dos condiciones; y, por consiguiente, cuanto mas individual, menos extension podrá darse á las explicaciones, y mas concretas y especiales habrán de ser las correcciones.

La enseñanza colectiva puede presentar todos los errores que pueden cometerse en la práctica del dibujo, mientras que la individual exige un sistema espectral, porque no es cosa de corregir la falta no cometida; y aunque el prevenir para que no se cometa pudiera admitirse en principio, sin embargo, esta práctica no produce el efecto que el verla corregir en obra ajena, por aquello de *escarmentar, mas no en cabeza propia*; así como la base del sistema espectral que da lugar á que se cometan todas las faltas posibles, está en aquello de que *no hay mejor luz que la caída*. Basta, por último, saber que al método de Henrickx está fundado en la enseñanza colectiva.

En tres grados ó clases divide este autor la enseñanza elemental del dibujo. En la primera clase se enseña á trazar á pulso ó mano alzada las líneas, á contornar superficies, y á hacer aplicacion de esta práctica á las formas generales, geoméricamente representadas; en la segunda se enseña la representacion gráfica de los sólidos; la tercera es una práctica elemental de la Perspectiva.

En la primera clase el autor hace que el alumno ejercite la vista y la mano trazando las figuras elementales que han de facilitarle sucesivamente la comprension de las proposiciones relativas, el conjunto característico, la forma particular, y últimamente todos los detalles. De esta práctica preliminar, dice, dependen los buenos resultados para la perfecta representacion de las formas y de las figuras.

El alumno, sabiendo trazar á pulso un

cuadrado perfecto y rectangular de todas dimensiones y en cualquiera inclinación, aplica sucesivamente á estas figuras todas las demás geométricas que ha aprendido á componer y á descomponer; trabajo que le facilita la inteligencia del conjunto característico del objeto que se presentare, el análisis de todos los contornos de este objeto, y la producción del mismo en todas las dimensiones relativas, y en todos los sentidos é inclinaciones y bajo todos los aspectos en que puede presentarse.

En la segunda clase, se procede por un método análogo al empleado en la primera; pues antes de hacer copiar al alumno un objeto ó figura representada en el espacio, se le dan los medios para comprender la forma y los planos de que dicho objeto está compuesto. Se principia por hacerle comprender la construcción de las figuras elementales que deben servir, no solo para esta apreciación, sino también para la reproducción de este mismo objeto en todos los aspectos en que puede presentarse, siguiendo para ello la marcha indicada para la clase primera. El alumno aprende, antes que todo, la construcción del cubo y de sus distintas divisiones rectangulares para presentarle en seguida bajo todos los aspectos posibles. Esa práctica, una vez conocida, sirve al alumno para referir sucesivamente á ella todas las formas generadoras de las cuales compone y descompone los planos bajo el punto de vista en que el maestro los presenta; y entonces el alumno da pruebas de que sabe ver en el espacio, y sabe presentar los planos que constituyen la forma del objeto. Cuando el alumno alcanza este escalon en sus estudios, aplica tales elementos á las figuras indicadas relativamente á su situación en el espacio; en una palabra, representa en una superficie plana, lo que el plasmado representa con el barro: vé los relieves, y deja prever que pronto será el dibujo para él un lenguaje en que sabrá expresar con facilidad y soltura sus ideas relativas al ramo de la producción que forme su especialidad.

En la tercera clase, entra el alumno á conocer las reglas de la perspectiva; pero al recomendar el estudio de esas reglas, no pretende el autor preconizar la aplicación rigurosa de ellas al levantamiento desde la planta de los mil puntos de un objeto, tal como puede dárlos la de un capitel ó de una rueda de engranación cónica, sino que deja tales procedimientos para los que se ocupan de la ciencia para la ciencia, no tratando mas que de facilitar la producción en los diferentes ramos del arte propiamente tal.

El autor quiere, pues, que el alumno conozca antes de todo la construcción de los objetos ó figuras que ha de representar, que sepa en seguida trazar á pulso todos los detalles de que esos objetos se componen, en la dirección perspectiva en que se haya presentado el conjunto. Esta misma práctica la aplica el autor al estudio de las sombras arrojadas.

Terminados esos estudios elementales presenta el autor el orden por el cual deben hacerse los estudios de aplicación; y le fija de este modo:

1. Formas concéntricas, como vasos, candelabros, construcciones arquitectónicas.
2. Plantas vivas aplicables á la exornación.
3. Análisis del adorno y hojas ornamentales, interpretadas ya arquitectónicamente.
4. Proporciones de la cabeza y del cuerpo humano.

En la práctica de las formas lo propio que en los estudios de aplicación debe hacerse, dice el autor, que cualquiera que sea el ramo especial de la producción á que quiera uno dedicarse, debe principiarse por la representación de las principales hojas ornamentales tomadas del natural, procediendo por el orden de menor á mayor complicación, esto es, copiando primero aquellas cuya forma se acerca mas al triángulo, al cuadrado, al círculo, y por último, al rectángulo, que es el que permite la apreciación de las proporciones de las divisiones.

El autor considera como craso error dar á copiar al discípulo formas interpretadas ya, así como no darle á copiar mas que fragmentos de una sola época; pues dice, y con mucha razón, que para apreciar una forma interpretada, es menester equipararla á la natural que ha

servido de tipo; que el estudio de un estilo arquitectónico no debe hacerse por fragmentos, sino en su totalidad; y por último, que una época no se comprende bien sino por la relación que guarda con la que le ha precedido.

Hé aquí el método Henrickx que á nuestro modo de ver, y quizá por experiencia propia, es conveniente para la enseñanza primaria del dibujo; ya no para formar artistas, sino para proporcionar á los que pueden serlo, la base de la instrucción que conviene tener todo el que ha de dedicarse á la producción de objetos de arte.

En 1866 fué indicado este método por el Gobierno de nuestro país para la escuela normal central de maestros: nosotros no podemos hacer mas que encarecer los resultados excelentes que con él se obtienen; y recomendar muy especialmente su adopción á todos los establecimientos en que quieran enseñarse los elementos del dibujo, si no se quiere hacer perder el tiempo con las prácticas rutinarias é ineficaces que comunmente se emplean.

J. MANJARRÉS.

BALLS PARK.

CROQUIS DE UNA NOVELA

POR

DON NILO MARIA FABRA.

I.

Balls Park.

Fresca la mañana, tranquilo el aire, sereno el cielo, armoniosos pájaros en las enramadas, árboles seculares de espeso verde y húmedo ramaje, senderos de blanca y menuda arena tapizados, y el sol bañándolo todo: tal era la escena.

Nos hallábamos á 26 millas de Londres, en Balls Park, junto á Hertford.

Pertenecía aquel magnífico parque á la familia de un célebre filántropo, el marqués de X, cuyo nombre omito, no por falta de voluntad, sino de memoria.

Las puertas del parque estaban abiertas al público por orden del marqués. Faltaban los personajes á la escena, y apareció Camilo Vargas.

Era un joven español que frisaría con los 25 años, de mediana estatura, color blanco y un tanto sonrosado, pelo entre castaño y negro, de cejas y vigote rubios sedosos y finos, nariz larga y aguileña, y ojos hundidos y pequeños.

Indiferente al espectáculo de la naturaleza, paseaba tranquila y sosegadamente por una arboleda, cuando rendido por la fatiga, ó tal vez sin darse cuenta de ello, tan absorbido le tenían sus pensamientos, se sentó en un banco de piedra, y apoyando el codo en el respaldo y la mano en la frente, comenzó á decir para sí:

— ¡Veinticinco años! ¡Me parece un sueño! ¿Qué he alcanzado? Nada. ¡Ah, si fuera rico! ¡Ni siquiera eso! ¡Si fuera poderoso! ¡Inútil porfiar! Pero yo tengo en mi mano hacer fortuna... Sí, pero mi honor se opondría á los medios... ¡Honor! ¿Qué es el honor? Cada uno lo entiende á su manera... Pero yo debo entenderlo como mi padre, que lo conserva inmaculado... Sí, pero moriré pobre... mas con honor... ¡Gentil recompensa la suya! ¿La hallará al dejar el mundo? ¿Quién sabe! ¿Quién ha descubierto el velo de lo desconocido? El sentimiento de justicia, cuando no la secreta voz que desde lo hondo del pecho dice ¡hay mas allá! ¿No se puede engañar al hombre? ¿Acaso esa idea de una recompensa futura puede ser algo mas que una quimera, hija de la vanidad, del que se siente pequeño y perecedero y se imagina grande é inmortal? ¿Debo dudar de lo que desconozco? ¿Debo creer lo que no comprendo? ¿Creo en algo? Sí, yo creo firmemente en lo que engendra en mí consoladora satisfacción y noble estímulo; como en el sentimiento del bien que me inspira la filantropía y en el de la justicia que me mueve á deslindar lo bueno del malo. ¿Me basta esto para obrar como debo?... Si me bastara, me contradiría á mí mismo...

En esto alzó el rostro, y en un banco frente a sentada visó una dama, en la cual apenas reparó; tal le tenían sus exóticas cavilaciones; pero así como al despertar de un largo y pesado sueño no acertamos á darnos cuenta de lo que nos rodea, y poco á poco recobra su vigor el conocimiento, de la misma manera Camilo, fijos los ojos en aquella señora, pasó del ver al mirar, y del mirar al contemplar, pareciéndole la mas hermosa criatura que visó en el mundo. Contaría á lo sumo diez y ocho primaveras y mostrábase gallarda, compuesta y elegante, claros indicios de principal persona. Llevaba un vestido corto, de esos que ahora usan las señoras para el campo, y cubría su cabeza un sombrero de los llamados *panelas*, debajo del cual, según las caprichosas invenciones de la época, se veían trenzas entretreídas desprendíanse sedosos, largos y negros cabellos. Moreno era el color de su rostro y ligeramente sonrosado en las mejillas, rasgados los ojos y sus dientes perlas.

Sentado en el mismo banco, y junto á esta gentil dama, veíase un caballero bastante entrado en años, el cual tenía en una mano un libro de

memorias y en la otra un lápiz. De cuando en cuando llevaba el dedo índice á la frente, y de pronto, como si se le ocurriese una súbita idea, escribía en su libro, y volvía después á su posición primera. Absorbía la dama en la lectura de un libro que delante de sí tenía, acaso no había parado mientes en Camilo que, estático y mudo, sin respirar apenas, seguía contemplándola; mas de pronto cerró el libro y alzando los ojos tropezó con los que con tanto ahínco la miraban. Ruborizose toda y volviéndose al viejo que á su lado estaba, díjole:

— Papá, vámonos, que es tarde.

— Espera un momento, contestóle aquel, acábo pronto.

— ¿Qué estais haciendo? De seguro hemos vuelto á las andadas. No es posible hacer carrera con vos. ¿Queréis decirme á qué hemos venido á Hertford? añadió con tono de cariñosa reprensión. ¿No sabéis que os tengo prohibidos estos ejercicios mientras estemos aquí? Para hacer cifras, dale que dale, bien nos estábamos en Londres.

— Que quieres hija, contestó el caballero sin dejar de escribir en su libro, la costumbre, esa plicara costumbre. Soy contigo al instante, déjame acabar este cálculo. Cuatro por cuatro...

— ¡Treinta! exclamó la señora, arrancando el libro de la mano de su padre; vámonos, ya será hora de almorzar.

— No debe ser tan tarde. A ver el reloj... Voto á... que lo dejé en casa...

— Siempre tan distraído. Las cifras tienen la culpa de todo. En lo sucesivo, os aseguro que cuando vayamos á paseo no saldéis con el libro de memorias. Ya tendré cuidado de esconderlo. Vayá, vámonos.

En diciéndo esto, pusieronse ambos de pié y echaron á andar hacia el pueblo. Camilo, que por estar algo distante apenas había entendido el diálogo, siguió con la vista, y cuando se hubieron alejado de allí un buen trecho, fuése tras ellos. Traspusieron la verja de hierro; bajaron al pueblo, recorrieron dos ó tres calles, y Camilo les perdió de vista.

Acaso dirá alguno que es solo de novelas y comedias el enamorarse de súbito con solo poner los ojos en una mujer; pero quien tal diga no ha sido, de seguro, mozo, ó no quiere acordarse que lo fué. Ello es, que ver Camilo aquella dama y quedarse el hombre mas enamorado que imaginarse puede, obra fué de un momento. Renegaba mil veces del almuerzo que le había privado de la ocasión de admirar por mas tiempo la para él incomparable hermosura de la dama, y ardía en vehementes deseos de volverla á ver.

Apresuró el paso y al poco trecho visó de nuevo al caballero y á la bella desconocida.

— En aquel momento entraban en una casa.

— ¡Será él, exclamó para sí! No hay duda aquella es la casa que me han indicado.

II.

La declaración.

M. Peyster, así se llamaba el caballero que acompañaba á la dama, era un comerciante de la City de Londres que tenía fama y renombre de rico y gozaba de gran crédito por su honradez y por su fortuna, cuya principal base fué la importación del vino de España.

Era viudo y no tenía mas hijos que Elisa, la dama del paseo de Balls Park, la cual adquirió tal predominio sobre su padre, que le manejaba á su antojo y hacia de él lo que le venia á voluntad.

Deslizáronse los primeros años de Elisa, hasta que le sorprendieron los de la adolescencia, en los mejores colegios de Europa, saliendo de ellos profesora en lenguas, sífide en la danza, maestra en la música, en la pintura artista y en la equitación ginete de carrera; pero no aprendió, y en esto no paró mientes su padre, á ser modesta y á perder el engrandecimiento y el imperio que la voluntad siempre satisfecha engendrara en los niños.

Insensible aun al amor, antojábasele el matrimonio un simple convenio social y así esperaba tener marido que fuese del gusto de su padre y como él rico, y como él siempre á su voluntad rendido.

Desdeñaba las labores propias de su sexo, aunque él continuó trocar de vestido á cada hora del día, las visitas, el paseo, los saraos y los teatros no le daban lugar ni ocasión de ejercitarse en ellas.

Distinguiase y descollaba señora y sin rival entre las damas de la aristocracia mercantil por la variedad y magnificencia de sus trajes, y ella era siempre la primera en adoptarlos de las caprichosas invenciones de la capital de Francia.

Frecuentaba un palco de Covent Garden, en donde era blanco de las miradas, norte de la elegancia, tormento de la envidia y universal admiración de la ociosa curiosidad.

Acosábase por todas partes una nube de mozaletas imberbes, fútiles y necios, á quienes complacía y halagaba, mas que la vista de la hermosa, el necio orgullo de compartir con ella, aunque en pequeña y accesoria parte, la pública atención. A trueque de que los vieran en su compañía, sufrían pacífica y resignadamente á M. Peyster, que no abría la boca sino para hablar de sus asuntos mercantiles.

No frecuentaba el comerciante de la City su casa de Hertford; mas el deseo de complacer á su hija, á quien parecía de mal tono permanecer en Londres durante la estación de verano, fué parte para que resolviese pasar allí una temporada. Contra la voluntad de Elisa, que deseaba que abandonase los negocios, hacia frecuentes escursiones á Londres, donde continuaba ejerciendo su industria.

Aquí prosigue su relato el autor de esta historia, diciendo que Camilo, todo ánsias, dudas, vacilaciones, esperanzas, temores y ánimo desfallecido, dirigióse á la casa de M. Peyster, y con mano temblorosa asió el cordón de la campanilla. Acaso por la primera vez de su vida tuvo miedo. ¿De qué? ¿Quién es capaz de explicar los fenómenos del corazón!

Abrió un lacayo la puerta, preguntóle Camilo por M. Peyster, entrególe una carta, y al poco rato el joven español fué introducido en un salon ricamente aderezado con sillería y cortinas de seda, grandes espejos, consolas de mármol y piés dorados, candelabros de bronce, estatuas del mismo metal, y en medio una araña de tallados y oscilantes cristales. Completaba este ajuar un magnífico cuadro, obra de M. Lehmann, uno de los pintores favoritos de la aristocracia de Londres por sus retratos. Representaba el cuadro el de Elisa. En él tenía clavados los ojos Camilo, cuando se abrió una puerta y apareció el dueño de la casa.

El cual, sabedor del nombre de Camilo, le recibió con grandes muestras de afecto. Tratóbase del hijo de un su amigo y corresponsal de Málaga, y no podía menos de agasajarle y darle hospitalidad en su quinta. Así, pues, rogó al joven español que permaneciese en Hertford hasta el día siguiente. Contestó Camilo que le agradecía la merced, pero que sus negocios reclamaban su presencia en Londres, y que solo había ido á aquel pueblo para verle; pero M. Peyster insistió con gran gusto de Camilo, que ardía en vehementes deseos de poder hablar á la encantadora dama de Balls Park.

¡Cuán grande no fué su dicha al ser presentado á ella! ¡Qué venturoso momento aquel en que la blanca mano de la joven se apoyó suavemente en su brazo en el acto de pasar al comedor! ¡Felicidad tan grande como breve!

Aquella noche el aristocrático propietario de Balls Park, daba un baile. M. Peyster y su hija debían asistir á él. Camilo, que había sido presentado al marqués de X, les acompañó.

Habíase dado comienzo al baile, cuando llegaron á la quinta de Balls Park, y todo era luz, armonía y movimiento.

Elisa se separó de su padre y de Camilo. Con gran dolor de su alma la visó éste alejarse, y bailar despues con un joven mas afortunado que él, sin duda. El demonio de los celos comenzaba á germinar en su corazón.

M. Peyster, indiferente á todo, preocupado siempre con sus negocios, tomó el brazo á Camilo y le condujo á otro salon, para hablarle de una venta de vino de Jerez que acababa de realizar. Camilo no le escuchaba. Su pensamiento no se apartaba del salon inmediato. ¿Qué le diría á Elisa su pareja en aquel momento? ¿Sería su amante?

¿Amaba Elisa á alguien? Camilo idolatraba á aquella mujer, ignoraba si sería correspondido; pero la idea de un rival despertaba en él, apasionado como el dulce Romeo, la cólera de los celos del feroz Otello.

Por fin consiguió desprenderse del brazo de M. Peyster, á quien dejó hablando con un colega suyo, y corrió al salon en el cual había dejado á Elisa.

En aquel momento estaba sola.

Pintar su porte y su hermosura, á la que daban mayor realce el prendido elegante de sus sedosos y negros cabellos, el escotado y rastreo vestido de claros colores, el descubierta y torneado brazo, el turgente seno, la esbeltez de los hombros, el erguido y magestuoso cuello, y en fin, las sonrosadas mejillas con la agitación del baile; obra sería mas que de la pluma, del arte de Murillo, si inmóvil no quejara el pincel ante belleza tan incomparable.

Llegóse á la hermosa dama Camilo, y al recordarle el ofrecimiento que le había hecho, accedió gustosa á bailar en su compañía. Preludió la orquesta un wals, y ambos, al compás de la música, entregáronse á la danza; pero bien pronto hubo de cansarse Elisa, y del brazo con su pareja comenzaron á pasearse por los salones.

La agitación del ánimo, el aturdimiento de los sentidos, la ocasión favorable movían y convidaban á Camilo á revelar la amorosa pasión que ardía en su pecho á la que en él reinaba.

Y así, postpuestas cuantas consideraciones fueran parte para reprimir y contener los vehementes impulsos del corazón, dejóse llevar de ellos, y al cabo de un breve discurso lleno de enamoradas razones, soltó la voz á estas palabras:

— ¡Os amo!

Sonrióse Elisa al oír esta declaración, miró al soslayo á su improvisado amante, y dijo con grave reposo:

— El matrimonio es un contrato, y yo no estoy por los contratos leoninos.

Dichas estas palabras, saludó, haciendo una reverencia, y fuése á juntar con su padre que allí cerca estaba.

Camilo quedó inmóvil, mudo, atónito, en ese estado en que el pensamiento calla y los abiertos ojos no ven y el oído veúvese insensible, en esa transición rápida entre un suceso doloroso que de súbito nos caece y el conocimiento de él. Breve espacio trascurrido, la voluntad recobró su imperio, y Vargas fué señor de sí mismo. Dirigió en torno suyo una mirada. Elisa y su padre ya no estaban allí.

El baile había terminado y la multitud se apiñaba en las puertas. Juntóse con ella Camilo, y visó enseñada en el parque.

— ¡Insensato! exclamó para sí, encaminándose hácia el pueblo. ¡Qué títulos, qué linaje, qué merecimientos son los tuyos para poner los ojos tan alto! ¡Qué locura! ¡Soñé en lo imposible!

¿Por qué he despertado?... ¡Cómo había de hallar justa correspondencia si con el alma la adoro, y ella es cuerpo sin alma! ¡Cómo, si su corazón no siente ni puede sentir, porque el orgullo y la vanidad lo llenan todo!... ¡Ahl prosiguió despues de una pausa, ¿por qué cuanto mas quiero aborrecerla, despreciarla y tenerla en menos, mas la amo, la adoro y mas bella me parece?... ¿Pero he de desistir, renunciar á la empresa, desfallecer cobarde ante el enemigo fuerte?... ¡Ahl ¡Inútil empeño! ¡Temeridad, que no valor sería!... Mas, ¿por qué no intentarlo? ¿Acaso no puedo? ¿No siento en mí el germen de una fuerza grande, poderosa, varonil? Sí; tengo voluntad, soy fuerte. Con ella lo venceré todo. Me venceré á mí mismo.

Me desprecia esta mujer porque soy pequeño. Yo seré grande. No me ama porque no siento. Yo despertaré su corazón. El orgullo y la vanidad son su imperio. Yo los haré mis vasallos.

¿Cuanto se oponga en mi camino no ha de ser parte para hacerme retroceder! ¡Los medios serán nada; el fin todo!

A la mañana siguiente Camilo partía para Londres con M. Peyster, sin despedirse de Elisa, la cual, alegando una ligera dolencia, no quiso abandonar su estancia.

III.

Un año despues.

Los árboles seculares de Balls Park perdieron sus hojas; el invierno cubrió con un blanco sudario el magnífico parque; el canto de las aves sucedió el soplo del huracán; la soledad al bullicio de los niños que jugaban en aquellas verdes praderas; á la alegría de la naturaleza, el silencio, la tristeza, la muerte.

Pero vino la primavera, y las avecillas saludaron con sus trinos; los prados tapizáronse de césped y pobláronse de espeso ramaje los árboles.

La naturaleza recobró su imperio, y pródiga derramó por todas partes el júbilo y la vida.

No así en el contristado corazón de Elisa, la cual, convaleciente de una larga dolencia, sentada en un sillón, pasaba gran parte del día en las arboledas de Balls Park, siempre pensativa, silenciosa y triste.

Una tarde del mes de Julio hallábase en la senda de los Enamorados, uno de los mas notables y agrestes sitios del parque. Es una especie de gruta de follaje formada por la yedra y por las ramas de los árboles entretrejidas.

El astro del día se había precipitado ya al ocaso vistiendo de púrpura el horizonte. El aire embalsamado y tibio acariciaba dulcemente la suelta cabellera de la jóven. El crepúsculo de la tarde impregnaba de dulce melancolía su alma.

De pronto cerca de sí sintió estremecerse las ramas, oyó pisadas, volvió los ojos, y vió á Camilo.

La emoción y la sorpresa se dibujaron en el semblante de éste.

Elisa le miró con indiferencia.

—¿Sois vos? exclamó al verle. ¿Nos aquí?...

—Sí, acabo de llegar en este momento. Creí que despues de un año de ausencia no os acordaríais de mí.

—¡Oh, no! Yo no me olvido de los amigos de mi padre. Me habian dicho que estabais en América.

—De allí vengo. Vos fuisteis la causa de mi viaje.

—¿Yo?

—Sí, vos. Vos, que me despreciásteis; vos, que no quisisteis hacer un contrato leonino. Pues bien, sabedlo. Ha llegado el momento oportuno de desconfiar. Yo os amaba y os amo con frenesí, yo quería hacerme digno de vos, yo quería poder tener el derecho de aspirar á vuestra mano. Solo las riquezas podian elevarme hasta vos, y las busqué con la sed hidrópica del avaro. Ignoraba que la suerte es caprichosa y que á veces, los que mas la persiguen, mas se alejan de ella, como los desventurados perdidos en medio del desierto, que corren tras la ilusión óptica de un oasis; ignoraba que las riquezas son la obra lenta del tiempo, y rara vez un repentino favor de la fortuna.

Ni las fatigas, ni el hambre, ni el sueño, ni las inclemencias del cielo, ni los mas grandes sacrificios fueron parte para amenguar mi valor ni quebrantar mi constancia. Vuestra imagen me acompañaba por todas partes, y ella era mi único consuelo. ¡Ahl ¡Vos no amais, ni habeis amado nunca, para poder comprender cómo consuela el dulcísimo recuerdo del objeto amado! ¡Vos no podeis comprender los dolores, las inquietudes, la zozobra, la cólera que la idea de un rival afortunado despierta en el corazón del que ama firmemente! Mi pensamiento os seguía sin cesar, mientras que acaso mi recuerdo inspiraba en vos helada indiferencia. La ausencia, tormenta en la cual naufragan los espíritus débiles, fortificaba el mio, y en esa lucha se esardeció mas y mas el fuego de mi pasión.

En este momento, Camilo, que parecia presa de una febril exaltación, sentóse al lado de Elisa, y variando de pronto la inflexión de su voz, soltó á estas razones llenas de ternura.

—Pero vos no me amábais, ni me amais, ni tengo derecho á vuestro amor. Yo fui un insensato, lo confieso; tuve la osadía de amaros. Mia es la culpa y no vuestra. No tengo el derecho de increparos. Acaso no me volváis á ver. Pronto abandonaré, quizás para siempre, las playas de Inglaterra; pero antes de partir, sabed que vuestro recuerdo estará grabado en mi alma; que bendigo la mano enemiga que me asesina, y que vivo muriendo por vos.

Elisa escuchaba al jóven español con la vista fija en el suelo, la palidez en las mejillas, el silencio en los labios.

De pronto lanzó un profundo suspiro, una ligera sonrisa dibujóse en sus labios, alzó los ojos y dirigiéndolos á Camilo, inundó á este de gozo inefable.

¡Oh! ¡Benditos los ojos cuya silenciosa elocuencia es sobre todo encarecimiento! ¡Oh! ¡Benditos vosotros, únicos intérpretes del alma!

Elisa había despertado al amor. Aquel carácter frío, dominado por la vanidad y el orgullo, inaccesible al mas grande de los sentimientos, sufrió completa transformación. El sufrimiento de una larga dolencia, el dolor, señoreándose de la voluntad, refrenó la imperiosa altivez de la jóven; la melancolía, inherente á la debilidad del cuerpo, le hizo desear la soledad; el recogimiento del espíritu le convidó á ideas apacibles, y poco á poco infundió en su corazón un tesoro de ternura.

La compasión y la simpatía por lo bello se posesionaron profundamente de ella, y así comenzó amando las flores, porque eran hermosas y efímeras.

Sin darse cuenta de ello, amó despues un ideal, y cruzaron por su mente vagos pensamientos sobre la dicha de dos seres que se aman viviendo en un mundo de misterios, de esperanzas y de castos deseos; sobre la felicidad que se crea al calor de un hogar, sobre el placer indescriptible de amar y ser amado. Pero estos pensamientos fueron nubes pasajeras, presagio de la tormenta que había de estallar en aquel corazón dispuesto y preparado al amor desde el momento en que el ideal se convirtiese en un sér sensible.

Este momento llegó cuando Camilo, de quien apenas se acordaba, le declaró de nuevo su amorosa pasión y le probó su inquebrantable constancia.

El rubor, esa seductora resistencia de la mujer, puso el silencio en sus labios; pero hablaron sus ojos.

Los de Camilo no se apartaban de aquellos y así permanecieron un momento mirándose ambos jóvenes silenciosos, inmóviles, como atraídos por una fuerza magnética, poseídos de dulce arrobamiento.

Camilo considerábase ya el mas feliz de los hombres; era amado.

Elisa, estremecido todo su sér por un sentimiento desconocido, sentóse dichosa: amaba.

IV.

El album.

Inútil es decir que M. Peyster, el cual puso término á la escena anterior, recibió con grandes muestras de simpatía al jóven español. Condújole á su casa y aquella noche fué una de las mas felices para Camilo y Elisa.

Despues de la comida llegaron algunas personas que solian formar parte de la tertulia del comerciante de la City. M. Johnston, honrado propietario de Hertford, con sus dos hijas, M. Jones, un dependiente de comercio de Londres, la señora de Stanley, viuda de un coronel muerto en la India, M. Smith, un médico que gozaba de bastante reputación, con su señora y su hija Julia, y en fin, M. Hamilton, un jóven pastor que aspiraba á la mano de esta.

Jugóse al billar y al whist, tocóse el piano y se conversó largamente.

Camilo estaba al lado de Elisa y entabló con esta el siguiente diálogo:

—¡Qué hermosa tarde la de hoy!

—¡Magnífico! ¡Balls Park delicioso!

—¡Y mas con vuestra presencia!

—¡Gracias por la lisonja! exclamó Elisa sonriendo.

—No es lisonja la verdad misma.

—¿Sois poeta?

—Hago versos.

—¡Ahl entonces no me extraña tanta galantería.

—¿Pues?

—No es propio de poetas llevarla al extremo?

—De mí sé decir, que no merezco ni en mucho el dictado de tal, que ponga la verdad en su punto.

—Ya que sois poeta ó habeis versos segun decís, espero que honraréis mi album. En él hallaréis las firmas de Dickens y otros escritores famosos.

—Mucho honra esta compañía, y tanto, que no reconozco en mí méritos para aceptarla.

—¿Y si es mi gusto?

—El vuestro lo es mio.

—Pues escribid...

—Ahora mismo?

—Sí, ahora. Quiero que lo que escribais tenga el mérito de la espontaneidad.

—Escribo, pues, dijo Camilo tomando una pluma y el album.

—¡Vamos á ver! exclamó Elisa inclinándose sobre el hombro del jóven en actitud de querer leer lo que este fuera escribiendo.

Camilo volvió el rostro y tropezáronse muy cerca las miradas de los dos amantes. Cambiaron una dulce sonrisa llena de dicha y felicidad y Camilo comenzó á escribir:

«Solo los ojos saben expresar los grandes sentimientos.»

—Muy bien, señor poeta, exclamó la jóven. Seguid...

«¿Quereis ser dichosa? No dudeis jamás del objeto amado.»

—Cuando se ama no se duda, dijo Elisa ruborizándose. Seguid.

«Amor sin constancia no es amor.»

—¿Vais á firmar ya? No, todavía no, repuso la jóven.

—Escribo, pues:

«La ausencia es una tempestad, en la cual

naufragan los espíritus débiles y las grandes almas se fortifican.»

—¡Muy bien! exclamó Elisa mientras que Camilo escribía: C. Vargas Hertford, 3 de Julio de 18....

—Muchas gracias, dijo Elisa tomando el album y cerrándolo con una llavecita de oro. No olvidaré esta fecha, añadió en voz baja.

—¡Estará siempre grabada en mi corazón! exclamó Camilo con vehemencia.

Los dos amantes estaban radiantes de gozo en aquel momento.

La viuda del coronel de la India fijóse en los dos jóvenes, siguió sus ojos y lo adivinó todo. Sus miradas les hacían traición. Al día siguiente ya se habló en Hertford del novio de la señora Peyster. La viuda divulgó en confianza la noticia.

En cuanto á M. Peyster, ocupado en aquel momento en hacer carambolas en un salon inmediato, fué el único que ignoró los amores de su hija.

Lafieñora de Stanley acercóse á los dos amantes; los cuáles ya no volvieron á tener la ocasión de hablar á solas en el resto de la noche.

Entretanto, el pastor hablaba al oído de Julia.

—Parece que M. Hamilton gusta de nuestra hija, dijo M. Smith á su mujer.

—Así parece, y espero que se contentará con esto. Creo que nuestra hija puede aspirar á un partido mejor.

—Es un jóven de esperanzas.

—¡Esperanzas! ¿Quién no las tiene?

—De porvenir.

—¡Porvenir! Ya sabeis que yo estoy por lo presente.

—No ha de haber mas opinión que la de Julia. Ella ha de decidir.

—¿Ella?

—Sí, ella; porque ya os he dicho mil veces que no transijo con el sistema tan generalizado aquí, de los matrimonios de conveniencia. No quiero que mi hija se case con un hombre á quien no ame.

—Las mujeres bien educadas aman siempre á sus maridos.

—No siempre.

—Son esclavas de su deber.

—¡Desgraciada! la esposa que solo ama por deber á su marido!

—Esto lo dicen los novelistas, los poetas, que os tienen vuelto el seso. Aquellos señores se forjan un mundo ideal, una sociedad ideal, y todo lo ven á su manera.

—Una mujer vulgar, de corazón limitado y de alma pequeña, fácilmente se aviene con el hombre con quien la casan, forzando su voluntad; pero jamás la que, como nuestra hija, es capaz de concebir una pasión violenta.

Mientras que el médico y su mujer hablaban así, M. Jones tocaba el piano, ó por mejor decir galopaba con los dedos sobre las teclas, rescabos de sus aficiones líricas.

Hay personas que se distinguen por su afición, no á la música, sino al ruido.

No le ha ocurrido al lector entrar de improviso en un salon, en el cual toca el piano un aficionado, y preguntarse á sí mismo qué ruido es ese?

V.

La fatalidad.

A la mañana siguiente M. Peyster y Camilo marcharon á Londres con el propósito de regresar por la tarde. Allí halló Camilo una carta de su padre. Ardia en deseos de tener noticias suyas. Rasgó precipitadamente el sobre y suspendió por un momento la lectura.

Asaltóle un vago temor. ¿Contendría noticias desfavorables? ¿Las esperaba? No. La última carta que había recibido de su padre en América era de dos meses atrás. A juzgar por ella, no había motivo para esperar un suceso adverso.

Mas ¿por qué titubeaba antes de leer aquel papel? Sentíase feliz con el amor de Elisa, y temia que algun inesperado suceso viniese á turbar su dicha. Dominábale un vago presentimiento.

Al fin comenzó á leer. A medida que avanzaba en la lectura, movíase con mas rapidez sus ojos; sus párpados abríanse desmesuradamente y palidecia su semblante.

Decíale su padre que, á consecuencia de haber suspendido sus pagos varios de sus correspondientes, su crédito corría inminente peligro, que estaba amenazado con una quiebra, y que solo él podia salvarle de ella poniéndose inmediatamente en camino para Lima y Valparaiso, donde le sería fácil obtener de sus principales acreedores, establecidos en aquellas ciudades, un plazo suficiente para reparar las pérdidas.

Era preciso, pues, que Camilo regresase en seguida á América para permanecer mucho tiempo allí.

—¡Fatalidad! exclamó, dejando caer sus brazos con marcadas muestras de desfallecimiento. ¡Fatalidad, inseparable compañera de mi vida, que te complaces en remontarme al cielo de la dicha para hundirme despues en el abismo de la desesperación y de la desgracia! ¡En mal sino nací! ¡En mal hora vine al mundo para combatir sin cesar contra el destino. Cuando, arrebatado de placer y de ventura, creía llegar al término y remate de mis aspiraciones, tu suerte despiadada y cruel viene á cortar el vuelo de mis esperanzas... Pero yo lucharé contra tí, añadiré, recobrando aquella energía varonil, que era la principal base de su carácter, y el triunfo será mio ó de la muerte.

VI.

El sueño.

Aquella tarde Camilo y M. Peyster regresaron á Hertford.

Elisa les esperaba con impaciencia. Al verlos, sus ojos, llenos de dulce melancolía, animáronse de súbito y brillaron con la claridad del relámpago en noche oscura cuando sumergirse de nuevo en la tristeza, cuando M. Peyster le anunció la próxima partida de Camilo.

—Os deseo, dijo la jóven con voz ronca, un viaje feliz, y confío que la suerte os será propicia.

—¡Si es posible! exclamó Camilo haciendo esfuerzos para ocultar su emoción.

—¡Por qué dudarlo! dijo M. Peyster, sois jóven, activo, inteligente, enérgico, emprendedor: ¡el porvenir es vuestro!

—Y si la suerte me es contraria.

—El hombre hace la suerte; no la suerte al hombre; repuso M. Peyster, que era enemigo de las supersticiones.

Elisa se retiró á su estancia, y un raudal de lágrimas inundó sus ojos.

Llegó la hora de la comida y no estaba en la mesa. M. Peyster dijo á Camilo que su hija se sentía indispuesta, lo cual lo atribuía él á la humedad del jardín, donde había pasado la tarde.

Camilo, alegando cansancio, se retiró temprano á su habitación. Sentóse en una silla delante de una mesa, apoyó en ella un brazo y la mano en la frente, y así permaneció largo rato. Mil confusas ideas agrupábanse en su mente. Su corazón latía con fuerza; su pecho lanzaba hondos suspiros, y su mano temblorosa y fria apretaba con fuerza su frente ardorosa. Bajo aquel cráneo hervía un volcán.

De pronto sus ojos enrojecidos y abrumados al peso del dolor y de la desesperación claváronse en la mesa. Sobre ella había una carta. Leyó el sobre; era para él: abrióla rápidamente, y sus ojos la devoraron.

Decía así:

A Camilo Vargas.

«Encontrarse, conocerse, amarse y despues separarse, es la triste historia de centenares de corazones (1).

Creed y confiad.»

ELISA PEYSTER.

Camilo besó con delicia aquella carta, y volvió á leerla. ¡Qué dulcísimo consuelo para el que ama, tener un inseparable testimonio de ser amado! ¡Luego sus ojos no le engañaron! ¡Tenía una prueba evidente, segura, irrecusable del amor de Elisa, una prueba que no le abandonaría jamás; una prueba que disipaba todas las dudas, todos los métricos temores que despierta en un enamorado la silenciosa resistencia de la mujer al despuntar en su corazón el alba del amor.

Aquella noche Camilo fué presa de una horrible pesadilla. En vano intentó descansar en el lecho. Antes de entregarse al sueño, su vista se fijó en un retrato del infortunado Carlos I de Inglaterra, que adornaba la pared á poca distancia de la cama.

Extinguió la luz, cerráronse sus párpados, y sus ideas fueron cada vez mas confusas, hasta perderse en las tinieblas del sueño. De pronto imaginó que salía del cuadro y se animaba la figura del rey; sus ojos eran dos centellas, la palidez de su semblante la de la muerte, irónica sonrisa dibujábase en sus labios lívidos. Imán que le miraba fijamente, con el brazo extendido hacía él, el cuello inclinado sobre el hombro, sañuda la frente y erizados sus rubios cabellos; y en fin, que soltando sarcástica carcajada, le decía:

«¡Desdichado, máquina de ilusiones, víctima de encontrados sentimientos, autor de la propia desventura, juguete de la esperanza, voluntario enemigo de la realidad, hombre! ¿Qué crees, qué esperas, en qué sueñas? Ayer te creías el mas feliz de los mortales. El brillo de una mirada bastó para disipar las tinieblas de tu corazón.

Hoy una carta, producto de sentimientos pasajeros, de mujer al fin, ha reanimado tu decolorado espíritu, y te has lanzado de nuevo por la ilimitada senda de la esperanza. ¡Insensato, que vives en perpetuo engaño, forzando tu voluntad para engañarte á tí mismo! Sueña, sueña, que ni la experiencia de los desengaños será bastante poderosa para arrancar la venda que cubre tus ojos. Te crees escéptico, y crees en la pureza del amor, pasión que nace de una necesidad imperiosa de la naturaleza, vive del egoísmo y muere con la vanidad. Crees en tu constancia y en la firmeza de tu pasión; ¿qué sería de tanta constancia y de tanta firmeza sin los obstáculos que, para el logro de tus deseos, se oponen á tu paso? ¡Cree, cree, como todos vosotros, míseros mortales, que os creéis los reyes de la tierra, y sois vasallos de vosotros mismos!...

Camilo despertó. Un frio glacial corría por sus venas, su corazón saltaba dentro del pecho. un sudor helado invadía su frente, y convulso temblor dominaba todo su cuerpo. Miró el retrato, y lo vió á la blanca luz del crepúsculo que penetraba por la ventana. Inútil es decir que el rey conservaba la misma actitud que le había dado el pintor.

Recobró Camilo su voluntad, rióse del miedo de que había sido víctima, y abandonó el lecho.

¡Qué extravagancia la de los sueños! ¡Per lo general, no son mas que una parodia de la comedia, drama ó tragedia que representamos en el mundo, puesta en escena á telon corrido, durante un entreacto, original de la loca de la bohardilla, ó sea la imaginación. Es tanta su virtud, que solo ellos pueden representar pródigo al avaro, discreto al necio, bueno á un Gobierno, amable á un acreedor, constante á una mujer y agradecido á un hombre.

(1) Traducción de unos versos de un famoso poeta inglés.

VII.

La despedida.

El alba aparecía en el horizonte de Hertford derramando lágrimas de júbilo al verse triunfante de las tinieblas que, en precipitada fuga, corrían hacia el Occidente, cuando Camilo abandonó su estancia y dirigióse al jardín que rodeaba la casa de su huésped.

Apenas se vio en él, sus ojos dirigieron insensiblemente a las ventanas del cuarto de su adorada Elisa, las cuales, por hallarse en el piso bajo y tener descubierto el trasparente, permitían espiar el interior de la habitación. Titubeó Camilo en acercarse, permaneció inmóvil un momento; mas movido por el deseo de dar el último adiós a la que era blanco de todos sus pensamientos, con paso lento y religiosa actitud se fué aproximando al santuario de sus amores.

Elisa hallábase junto a la ventana. Solo el diáfano cristal la separaba de Camilo. ¡Cuán hermosa le pareció a este! ¡Cuán hermosa es la mujer a quien amamos al despedirnos de ella, quizás por la última vez!

Camilo miró a través del cristal y vio a Elisa recostada sobre un sillón. Sus párpados cerrados, ocultaban aquellos ojos grandes y seductores, donde tenía su asiento la ternura, su negra cabellera, digno rival del azabache, caía en desordenado y artístico desorden sobre sus espaldas; sus mejillas, que en un tiempo dieron endia a la rosa, competían con la blanquísima azucena; su boca, ligeramente abierta, aspiraba con fuerza el aire embalsamado y puro de la mañana, y el movimiento de su pecho percibíase sobre los pliegues de un blanco y descubierto vestido.

Contemplaba Camilo a su adorada, que acaso entonces soñaba con él, y no quitaba de ella los ojos; tan embobado le tenía la angelical figura de la joven.

Quiso acercarse más a la ventana, y las espigas de un rosal, que se levantaba al pie de ella, ensangrentaron sus manos. Cogió una rosa, cuyos rojos pétalos acababan de abrirse para recibir el llanto de la aurora, y mirándola fijamente exclamó:

—Mañana no serás mas que un recuerdo... como mi dicha!

Y alejóse de aquel sitio, temiendo que le sorprendieran en él, volviendo varias veces los ojos a la ventana.

M. Peyster apareció en el jardín en busca de Camilo. Mostrábase preocupado. Su hija había pasado muy mala noche. Todo lo atribuía a la humedad. Este contratiempo le impedía ir a Londres; pero era preciso que el joven español partiera inmediatamente para alcanzar el tren de Southampton, donde debía embarcarse el día siguiente para América.

Camilo se vio, pues, obligado a abandonar a Hertford sin despedirse de Elisa, que descansaba en aquel momento. Encaminóse a la estación con su huésped, abrazó a este tiernamente, tomó asiento en un coche y breve espacio después la locomotora le alejaba del norte de sus esperanzas. Asomó la cabeza a la ventanilla y dirigió la última mirada a las arboledas del Balls Park que iban desapareciendo en la distancia. Al fin, perdiéndose de vista y hondo pesar afligió su corazón. Sentóse en un ángulo del coche y el abatimiento cobijó su frente. Quiso llorar y no pudo: era un hombre.

En tanto la locomotora, en vertiginosa carrera, salvaba montes y collados, rios y praderas, azotaba el aire, estremecía la tierra y ante sí humillaba la distancia.

VIII.

La carta.

Camilo habita una magnífica casa en Montevideo, en la calle de... Han transcurrido cuatro años desde que salió de Inglaterra. Acaba de llegar el paquete de Europa, y nuestro héroe espera el correo. Parece impacientarse. Coge un libro, quiere leer y no puede. Se pasea por su habitación y se asoma a la ventana. Nada. El criado, que ha ido a buscar las cartas, no llega. Coge un periódico, y lee maquinalmente sin enterarse de su contenido. Lo suelta, y se acerca de nuevo a la ventana. Pasea su vista por el cuarto, quiere mirar los cuadros que le adornan, y no hace mas que verlos. Sobre un bufete hay varios objetos: un magnífico tintero de plata, un busto de bronce, una plegadera de nacar, una caja abierta con dos pistolas de arzon, una manecilla de metal para sujetar los papeles. Pasea por ellos sus miradas Camilo, y se sienta junto al bufete. Coje la manecilla, y sin darse cuenta de ello se entretiene en apretar el muelle. ¡Qué pueril parece un hombre impacientel...

¡Qué ha pasado durante los cuatro años que nuestro español ha estado ausente de Europa? La carta que acaba de recibir nos informará de todo.

Entra un criado en la habitación, y se la entrega.

Camilo mira el sobre y reconoce la letra de su padre. Abre la carta, y lee:

«Málaga 24 de Febrero de 18... ¡Cómo expresarte, hijo del alma, el gozo que inundó todo mi ser al llegar a mí la fausta e incomparable nueva de que vivías! ¡Hay palabras capaces de describir la alegría de un padre que llora a un hijo muerto, y que sabe de pronto que está con vida! El júbilo me hubiera quitado la mia, si tu carta hubiese llegado repentinamente a mis manos. Bien hiciste en dirigirla a tu primo Antonio, el cual, como todos los que te queremos está loco de contento. Hasta el piloto Margarit, cuya rudeza de carácter corre parejas con el extrañable afecto que te profesa, lloraba como un niño.

«En tu carta, que leo repetidas veces, me refieres tus largos padecimientos; tu salida de Valparaiso a bordo de la fragata *Conchita*, el naufragio del buque al Este del Estrecho de Magallanes; tu milagrosa salvación con tres compañeros de infortunio; vuestra larga permanencia en una isla desierta, vuestros innumerables trabajos para construir una embarcación con objeto de abordar las islas Malvinas; tu llegada a Montevideo a los tres años de haber dejado Chile, y en fin, tu sorpresa al encontrar allí la considerable herencia de tu tío materno.

«Me bastaba saber que vivías. Me parece un sueño. Estoy fuera de mí. ¡Ah! ¡No sabes, hijo mío, cuánto he llorado!

«Al leer tu carta, caí de rodillas y di gracias a Dios que tan señalada merced me otorgaba, y aquel día, el 20 de Febrero, fecha que quedará eternamente grabada en mi corazón, lo fué de regocijo para todos los menesterosos que llegaron a mi puerta. ¡Cuán grato es enjugar las lágrimas del pobre cuando uno las derrama de placer! ¡Cuán grato es hacer el bien a impulsos de nuestra felicidad!

«Grande es la mia, y espero con ansia el momento de completarla viéndote a mi lado.

«¡Que Dios te premie el bien que has hecho a este pobre anciano! Gracias a tí, salvéme del descrédito y acaso de la deshonra; gracias a tí, nuestros negocios adquirieron vuelo, y con tan buena fortuna, que bien puedo decirte que ella ha entrado por nuestra casa.

«He comprado un vapor en Inglaterra que manda el piloto Margarit. Lo hemos bautizado con el nombre de *Veinte de Febrero*, el día mas fausto de mi vida. Va fletado a Londres y doy orden que te espere allí para que te conduzca a Málaga; pues supongo, en vista de lo que me dices en tu carta, que a principios de Mayo llegarás a Inglaterra.

«M. Peyster, por quien me preguntas con tanto interés, está ahora en Málaga, donde viene a pasar los inviernos. Su hija Elisa, a quien ya conocieras, se casó hace dos años...

«Camilo interrumpe la lectura de la carta y vuelve a leer.

«Se casó hace dos años...»

«¡Esto no es cierto! exclama. ¡No, no, no puede ser! ¡Mis ojos me engañan! (Al decir esto, pasa la mano por la frente como queriendo desvanecer un sueño.) ¡Se casó hace dos años!... ¡No es posible!... ¡Estoy soñando!...

«¡Cuán grande es la resistencia que oponemos a la horrible realidad! ¡Cuán grande es la lucha de una nueva inesperada, y el convencimiento de ella!

Vuelve Camilo a leer la carta, y al fin la verdad se le presenta desnuda. De pronto mira fijamente las pistolas, y su mano se avalanza a una de ellas. El frío del acero le estremece y vacila.

Aquella pistola encierra un enigma. ¿Qué importa? A la desesperación le basta resolverlo.

«Pero antes de morir, dice Camilo, es preciso que ella sepa la causa de mi muerte, es preciso que mi recuerdo sea el recordamiento de esa mujer... (Toma la pluma para escribir, y se le cae de la mano.) ¡Pero yo he de maldecirla, yo que soy todo amor por ella!... ¡No! ¡Que no lo sepa! ¡Que goce de la tranquilidad de la ignorancia! ¡No quiero ser su conciencial... ¡Y mi padre!... ¡Pobre anciano que llorará dos veces la muerte de tu hijo!... Me despediré de él, le diré que los sufrimientos físicos han puesto la pistola en mi mano... (Coje la carta y sigue leyendo.)

«¡Ven, ven, hijo mío, a ser el báculo de mis canas, el consuelo de mi ancianidad, el espejo de mi dicha! ¡Ven, ven pronto, que la idea de abrazarte me enloquece de placer, y el tiempo que tarde en conseguirlo será interminable para mí, como la magnitud de mi deseo! Ven para que puedas cerrar estos ojos, cansados de llorar por tí, que viendo los tuyos morirás feliz tu padre, que te estrecha mil veces contra su corazón y que te ama con delirio.

«RAFAEL VARGAS.»

La lectura de esta carta conmueve profundamente a Camilo. Sus ojos derraman lágrimas de ternura.

«¡No! exclama por fin alejando de sí la pistola y dirigiendo a ella una mirada. ¡Tú serías dos veces homicida! ¡A mi muerte seguiría la de mi padre! ¡Fuera de mí, añade recordando su pérdida energética, fuera de mí el valor cobarde del suicidio! ¡Tendré el valor de vivir!

IX.

Encuentro inesperado.

Treinta días después llegaba Vargas a Londres, con la firme resolución de no ver a Elisa, la cual, según supo, hallábase en la casa de campo de Hertford.

Nuestro héroe había ido a la capital de Inglaterra con el único objeto de zanjar asuntos relativos a la testamentaria de su tío materno, de cuya considerable fortuna era heredero. Forzoso le fué consultar con un abogado para obtener de un comerciante de la City, un crédito que tenía a su favor, y le recomendaron a M. Roberts, jurisconsulto famoso por sus especiales conocimientos en la legislación mercantil. Vióle Camilo, le consultó sobre lo que deseaba, y a los pocos días el asunto estaba resuelto.

El vapor *Veinte de Febrero*, surto en el Támesis, disponíase a partir para Málaga. Camilo iba a embarcarse en él, cuando, el día anterior al designado para la marcha, recibió la visita de M. Roberts. Suplicóle éste que le acompañase aquella noche a su casa de campo. Se excusó Camilo; pero tanto insistió el buen abogado, que no tuvo mas remedio que aceptar el ofrecimiento. Salieron ambos de la fonda de Charing

Cross, donde paraba nuestro español, tomaron el tren de Cannon Street, llegaron allí, subieron en un coche Hansom, que los condujo a la estación de Bishopsgate Street, y M. Roberts encargó de tomar los billetes para el punto a donde iban. Eran las cinco y ocho minutos de la tarde. Tomaron precipitadamente asiento en un coche de primera clase, y dos minutos después el tren se ponía en movimiento.

Era M. Roberts un hombre que frisaría en los 35 años, de complexion rética, alta estatura, pelo muy rubio y grave continente. Sus ojos, extremadamente claros, carecían de expresión. Hablaba despacio y en voz baja. Sus discursos eran notables por su lógica contundente y vigorosa; pero carecía del don de mover las voluntades: convencia, pero no persuadía. Inaccesible a las pasiones, taciturno, reflexivo y severo, ni amaba, ni sabía hacerse amar. Las gentes a quienes trataba le apreciaban, pero no le querían. Era la razón fría y el cálculo constante. En su vida dijo palabra que no quisiese decir.

Camilo, que había adivinado aquel carácter, le tenía envidia.

El tren seguía marchando. De pronto se paró.

«¡Es aquí! dijo Camilo.

«¡Todavía no, contestó el abogado.

«¡Qué estación es esta?

«Brixbourne.

Vargas se estremeció al oír este nombre. Estaban cerca de Hertford, y en el camino de este pueblo.

«Por aquí pasé, dijo para sí. ¡Falta recuerdo!

Echó a andar de nuevo el tren, y poco después paraba en Hertford.

Apeéronse allí M. Roberts y Camilo. Estaba éste profundamente conmovido. ¿Encontraría, por casualidad, a Elisa? ¿Deseaba verla? Su corazón le decía que sí, su razón que no.

Un lacayo del abogado, que aguardaba a este en la estación, le dijo que la señora había ido a Balls Park.

«¡Pues vamos allá! exclamó M. Roberts. Es un magnífico parque de mi amigo el marqués de X, muy conocido en todos los tribunales de Londres.

«¡En los tribunales! exclamó Camilo, procurando disimular su turbación.

«Sí, en los tribunales, porque se encarga de la defensa gratuita de los sirvientes, sin distinción de sexos ni edades que acuden a ellos en demanda de justicia contra sus amos.

«Le honra esta filantropía.

«En Inglaterra, amigo mío, hay hombres para todo.

En esto llegaron a Balls Park, y M. Roberts exclamó:

«Seguro estoy de encontrar en seguida a mi mujer, a pesar de que el parque es muy grande como veis.

«¡Pues!

«Tiene la costumbre de pasearse siempre por el mismo sitio.

Y al decir esto, encaminó a Camilo hacia la senda de los Enamorados.

Allí, se hallaba en efecto la señora de Roberts, sentada en un banco, y leyendo *Romeo y Julieta*.

El corazón de Vargas palpitaba con fuerzas. ¡Qué recuerdos despertaba en su alma aquel paseo!

Acercaronse ambos a la señora, alzó esta el rostro y Camilo quedó petrificado.

Aquella señora era Elisa.

X.

Contraste.

Julia, a quien conocimos en la tertulia de M. Peyster, estaba convidada a comer aquella noche en casa de M. Roberts. Era la mejor amiga de Elisa, y esta gustaba mucho de su compañía. A pesar de las dificultades que se opusieron a su matrimonio con el joven pastor, M. Hamilton, al fin se habían unido en santo lazo: era dichosa. Su marido la idolatraba y ella adoraba a su marido.

Los recién esposos, tres meses habían transcurrido desde su unión, se hallaban ya en la casa de M. Roberts, cuando llegaron éste, Elisa y Camilo.

El abogado estaba mas pensativo que de costumbre. Observó la sorpresa de su mujer al ver a Camilo y la turbación de éste, recordó que le habían hablado antes de casarse de un español que impresionó vivamente el corazón de Elisa, y confirmó sus sospechas cuando esta no pudo menos de confesarle que conocía a Camilo por ser su padre amigo del suyo.

Vargas estaba triste y abatido.

Elisa intentaba inútilmente dar muestras de alegría.

Julia, que era la depositaria de los secretos de su amiga, lo comprendió todo.

Durante la comida reinó poca animación. Elisa no se atrevía a mirar a Camilo; dirijía este los ojos a otra parte, por temor de comprometerla, y M. Roberts no quitaba la vista de los dos.

En tanto Julia y su marido cambiaban entre sí dulces miradas de amor.

Terminado el banquete, y según la costumbre inglesa, retiráronse las señoras.

M. Roberts, el pastor y Camilo, quedaron en el comedor.

«¡No bebes, M. Vargas? dijo el primero.

«¡Gracias!

«¡Probad este vino de Oporto.

«Gracias. No suelo...

«¡Ah! Vos preferís el Jerez. Es vuestro compatriota.

«¡Tampoco!

«Sois muy sóbrio. Apenas habeis comido, ni bebeis.

«Español al fin. La sobriedad del español es proverbial.

«Pero en cambio, vosotros los españoles, repuso M. Roberts un poco animado por los efectos alcohólicos, tenéis fama de conquistadores. No en vano pintan a *Don Juan* español.

«¡Caprichos de poetas!

«¡No! No opino como vos. He oído referir muchos casos que prueban claramente lo temibles que son ciertos españoles, particularmente en Inglaterra, donde, como habreis reparado, las mujeres se educan con mas libertad que en España, y quizá pecan un tanto de románticas.

«No, dispensadme. Permiidme que, yo extranjero, salga a la defensa de vuestras paisanas.

«¡Ah! Vos siempre galante. Reconozco vuestra patria.

«¡No! Estais en un error! No es la galantería lo que me mueve a hablar. Es la justicia.

«Sea como fuere, hablad.

«Yo niego que las inglesas sean románticas. Lo que son generalmente sensibles.

«Esto en todos los países, amigo mío.

«Oh, no hay duda; pero en Inglaterra esa sensibilidad es acaso mas exquisita por efecto de la lectura, tan generalizada aquí, de vuestros grandes poetas, lectura que mueve a sentimientos apacibles, despierta la noble pasión a lo bello y a lo delicado y prepara el corazón de la mujer al amor.

«Sea como fuere. Dejando a parte esta cuestión, repito que alguna razón tendrían los poetas al hacer español a *Don Juan*.

El pastor oía sin decir palabra, maldiciendo para sí la costumbre inglesa, que le privaba en aquel momento de la compañía de su adorada Julia.

Camilo se convenció de que inspiraba celos a M. Roberts. Las miradas de ésta durante la comida, y sus alusiones a *Don Juan*, se lo probaron claramente.

En efecto, el abogado estaba celoso, no por amor a su mujer, a quien no había amado nunca, sino por amor a sí mismo.

Elisa lloraba, entre tanto, en otra habitación. Su fiel amiga pretendía en vano consolarla. La dicha de Julia acrecentaba sus pesares.

El matrimonio había sido la felicidad para Julia y el martirio para Elisa.

XI.

La Senda de los Enamorados.

El sol acababa de aparecer sobre el horizonte de Hertford, cuando Camilo salía furtivamente de la casa de M. Roberts.

Desde la ventana de su habitación había visto a Elisa subir en un tilbury, tomar las riendas y desaparecer. ¿A dónde había ido? Por las huellas del carruaje, fácil sería averiguarlo. Siguió las Camilo y a los pocos pasos se convenció de lo que ya sospechaba. Elisa tomó el camino de Balls Park. Dirigióse allí Vargas y en la puerta del parque vió el coche. Elisa no estaba en él; un lacayo tenía las riendas del caballo. Camilo quería entrar en el parque sin ser visto del portero, ni del lacayo. No había mas medio que saltar la valla que rodeaba la posesión. Hízolo así nuestro héroe y poco tiempo después hallábase en la Senda de los Enamorados. Elisa estaba allí.

Camilo acercóse a ella tímidamente.

La joven estremeciése al verle y tuvo miedo.

«¿Por qué temblais, balbuceó Vargas. ¿Teneis miedo? ¿Queréis que me aleje?...

«¡Oh! no, contestó Elisa. ¡La sorpresa, este sitio solitario!...

«¡Os sorprende verme aquí, en este sitio, que evoca en mí tan gratos recuerdos! exclamó Camilo con acento apasionado. ¿Y aun cuando así no fuese, no debería ser para mí el mejor del parque, que digo del mundo, siendo, como es, vuestro paseo favorito?

«¡Me es indiferente! contestó Elisa gravemente.

«¿Os enojan mis palabras?

«No, M. Vargas; ¡pero es preciso que no olvideis mi situación.

«¡Ah! ¡Vuestra situación! ¡Cuán distinta de la de cuatro años atrás! ¡Oh, fuerza poderosa del tiempo!

«Dispensadme, M. Vargas, pero yo no puedo ni debo oiros.

«¿Queréis que calle? ¿Queréis que guarde silencio? ¿Queréis que mis labios permanezcan mudos cuando mi pasión habla a voces dentro de mi pecho?

«Os suplico, M. Vargas, que no me habléis así... ¡Yo no os he amado nunca! exclamó Elisa, haciendo un esfuerzo.

«¡En vano lo negais! ¡En vano quieren ocultar vuestros labios, lo que revelan vuestros ojos y vuestros paseos a este sitio solitario, donde vos enagenásteis mi alma de gozo purísimo!

«Olvidad, M. Vargas, un capricho de niña y no turbeis el reposo de una pobre mujer, libre ayer; hoy, esclava de sus deberes.

«¡Pero decidme, al menos, que me amais!

«¡No! Yo no os amo, ni os he amado realmente nunca.

«¡Nunca! ¡Y cuando escribais, repuso Camilo, sacando una carta del pecho, estas palabras: *Verse, encontrarse, amarse*...

«¡Callad, por Dios! exclamó Elisa interrumpiéndole. ¡No evoqueis este recuerdo!...

«¡Ah! Recuerdo dulcísimo, pero triste; ¿no es verdad? ¡Grato pasado que acerca el presente! Entonces me amabais. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué resistir a la realidad?

«¡Y mi deber! exclamó Elisa con voz desahucada.

—Decidme, al menos, que el deber os impide confesar lo que sentís.

—Pues bien, Camilo, dijo Elisa no pudiendo dominar por mas tiempo su corazon; yo os amaba con toda la vehemencia de una jóven, cuya alma despierta al amor, cuando llegó á mí la falsa noticia de vuestra muerte...

—¡Y bien! repuso Camilo, mirando fijamente á Elisa.

—Pasado el dolor de los primeros momentos... os olvidé. Ya sabéis lo que pasó despues. Me uní con el hombre que me habia destinado mi padre.

—Pero á quien no amábais, ¿no es verdad?

—Le amaba y le amo, repuso Elisa con aparente firmeza.

—¡No es cierto! Vos no amábais ni amais á ese hombre. Vos cedisteis á la presión paterna.

—Estais en un error.

—¡Ah! En vano me lo negais. ¿Por qué, por qué si sentís amor por mí no me lo decís? ¿Por qué negarme este dulcísimo consuelo?

—¡Camilo! exclamó Elisa visiblemente conmovida; si yo fuese libre, mi corazon seria vuestro. ¡No queráis saber mas! No pretendáis arrancar de mí otra confesion. Si es cierto que me amais, si todavía conservais un resto de amor por mí, en nombre de este amor, os suplico que olvidéis estas palabras, os suplico que os alejéis en seguida, y no me volváis á ver.

—¡Qué sacrificio exigís de mí! exclamó Camilo, pasándose la mano por la frente con muestras de desesperacion.

—En nombre de vuestro amor os lo pido. En nombre de lo que debe ser mas respetable para vos, en nombre de la honra. Si queréis la vuestra debéis empezar con el respeto de la agena. Si no amais mi honra, vuestro amor no es verdadero.

—¡Es verdad! exclamó Camilo. Grande es el sacrificio. Ya que vos me lo exigís, añadió con resolución, me alejo para no volveros á ver.

—¡Gracias! ¡gracias! exclamó Elisa tomándole una mano y estrechándola fuertemente. Sois un hombre de honor.

—Me condenais á un suplicio; pero vuestro agradecimiento será mi mayor recompensa.

—Mas, ¿por qué no ha de hallarla tanta abnegacion, cuando vuestro espíritu, libre de la cárcel que le sujeta, se lance á las purísimas regiones, donde todo es amor y dicha y ventura sin término?

—¡Ah! exclamó Camilo con amargura. ¡Feliz quien funda allí sus esperanzas!

XII.

En alta mar.

El mar tranquilo, despejado el cielo, la luna riellando sobre las ondas: una columna de humo perdiéndose en el espacio, y en lontananza las costas de Inglaterra cortadas á pico; tal era el espectáculo que se presentaba á los ojos de Camilo. El cual, de pie en el puente del *Veinte de Febrero*, y recostado sobre la obra muerta, miraba atentamente la tierra que iba desapareciendo en el horizonte.

El vapor seguía alejándose de la vieja Albion. Completo silencio reinaba á bordo. No se oía mas que el ruido acompasado de la máquina.

De pronto una voz humana turbó aquel silencio. Era la del timonel que cantaba:

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

XIII.

La vuelta á la patria.

Camilo, desde el vapor que lo conduce á su patria, saluda con religioso respeto la bandera española que flota en la isla de Tarifa.

El semaforo de la Agencia Havas, Bullier Reuter director Fabra, parlamenta con el vapor, y media hora despues se recibe en Málaga el siguiente telegrama:

«Tarifa 30 Mayo 10 h. 45 m.
«Málaga 30 id., 11 h. 5 m.
«Rafael Vargas.

«Veinte Febrero embocado.—Sin novedad.— Camilo salúdale.— Mañana llegará Málaga.— Fabra.»

Doña Rafael está loco de contento. Algunas horas mas, que le parecerán siglos, y su alegría será completa.

XIV.

Victima y verdugo.

Cuando las hojas comenzaban á desprenderse de los árboles de Balls Park, Elisa bajaba al sepulcro, víctima de una enfermedad del pecho.

M. Roberts piensa contraer segundas nupcias con una señorita, cuya única pasión son las carreras de caballos.

El dolor de Camilo es indescriptible. M. Peyster, está desconsolado. Ignora aun que Camilo es la víctima y el verdugo de su hija.

FIN.

ESTUDIO PRELIMINAR

SOBRE LA LEY PROVIDENCIAL DEL PROGRESO.

II.

Principios constitucionales.

Se llama generalmente Constitucion al conjunto de leyes y declaraciones de derechos que respectivamente corresponden al príncipe y á los ciudadanos de un Estado, entendiéndose tambien por ese nombre el régimen ó modo cualquiera de ser de una nacion, aunque su Gobierno

sea despótico, y no haya método alguno que regularice la tiranía; pero, propiamente hablando, sólo corresponde el título de Constitucion á un sistema determinado por la voluntad de legisladores elegidos por los pueblos. Los que se hallan sometidos á tales Constituciones son, por punto general, libres, ó tienen reconocido, cuando ménos, el derecho de serlo, aun cuando no sea lo mismo, y sus Gobiernos se distinguen de los demás en el dictado de constitucionales, porque se supone que obran en virtud de facultades definidas por la ley, dentro del círculo de atribuciones prescritas por el criterio público, y que administran con limitacion los intereses de los asociados.

Nos proponemos, por tanto, discurrir sobre esta clase de Constituciones, y descubrir el fundamento del poder constituido, estudiando el derecho constituyente con relacion al origen y fin de la soberanía. Para proceder con método, dividimos el tiempo en pasado, presente y porvenir; y reconociendo con pena que la ley natural y el derecho de la humanidad han sido torpemente violados en la organizacion á que todavía viven sometidas numerosas secciones de su familia, negamos que sea pernicioso el progreso, y afirmamos que el orden sólo puede encontrarse en la libertad.

La cuestion que sin cesar agita al mundo y preocupa á los sábios, es la de conciliar el orden con la libertad, entendiendo unos que al primero deben sacrificar los pueblos todos sus derechos naturales, incompatibles con la autoridad, que quieren fuerte y omnipotente, arbitraria de la justicia, y profesando otros la doctrina de que por ese medio no se llega nunca al apetecido resultado, ántes bien se dificulta el progreso. Es más grave de lo que á primera vista aparece la diferencia de escuela á escuela, y de ahí proviene la guerra sin tréguo que desgarrá á la humanidad, haciéndole sufrir el tormento de las reacciones. No hay quien niegue que el hombre debe ser libre, ni quien desconozca que el objeto de la sociedad es la conveniencia de los asociados; pero en el fondo, los partidarios del principio de autoridad combaten el de libertad, y exageran de tal manera la resistencia á su desarrollo, que han merecido el mote de *seroiles* con que unánimemente los apellidan los defensores del axioma de la fraternidad humana, llamados *liberales*.

Partiendo de estos antecedentes sostenemos que las Constituciones de los pueblos libres deben fundarse en el principio de la atraccion, que es la ley de amor enseñada en el Evangelio, y propender al ensanche y reconocimiento de cuantos derechos constituyen la personalidad humana, como parte del sér colectivo, universal, á quien compete el dominio del globo. El principio de autoridad, la violencia ó el temor, como dice Sismondi, es el medio que proponen y emplean los interesados en la conservacion del abuso y monopolio políticos para someter á los hombres á las asociaciones que gobiernan los reyes, oligarcías formadas á la sombra del trono.

A excepcion de algunas Constituciones, tales como las que rigen en Inglaterra, Suiza, Bélgica, España y los Estados-Unidos de América, todavía no se respeta en los países que aspiran á la libertad más principio que el poder de la autoridad, pues aun cuando en Portugal, Francia, Italia, en algunos Estados de Alemania y en la mayor parte de la América española funcionan Gobiernos constitucionales, y es llamado el pueblo á elegir los legisladores, tal es el mecanismo de las instituciones, y tan arraigado está en ellos el elemento militar, que en realidad lo que impera es una oligarquía, frecuentemente facciosa, y el arte de gobernar consiste en resistir á la opinion pública.

Es verdad que se ha proclamado el principio nuevo, y que se finge en estos últimos países rendir culto á la libertad y á la opinion; pero tambien lo es, como observaremos oportunamente, que el progreso del tiempo no permite otra cosa, y que es preciso para conservar hoy el poder aparentar respeto á los derechos humanos, segun sucede en las mismas naciones que, cual la Rusia, el Austria, la Prusia y la Turquía gimen bajo el yugo de afrentosa servidumbre. Se ha erigido la hipocresía en sistema de Gobierno; se encubre bajo las formas constitucionales el más repugnante des-

potismo; se distribuye el derecho, como una merced á las clases privilegiadas, reservando el deber para las menesterosas é ignorantes; se distingue entre la soberanía de la razon y la del número; se vincula el saber en los ricos, vendiéndolo á cuota fija, ni un céntimo ménos, y se pretende contener el descontento con el aparato de la fuerza, arruinando á las naciones con el lujo de los ejércitos y el fastuoso simulacro de una administracion complicadísima. Se han variado los nombres, se han dorado las cadenas: hélo ahí todo.

Entre tanto subsiste vivo é irritante el abuso del poder. Los partidos doctrinarios han intentado la imposible alianza de los elementos hereditario y electivo en la gestion del Gobierno, inventando una division de poderes arbitraria, que la razon ilustrada rechaza, porque el poder no puede ménos de ser uno, cualquiera que sea el origen que se le atribuya. Tradicional ó electivo, absoluto ó constitucional, emanacion de la soberanía nacional ó imposicion de la fuerza, para que el poder lleve su objeto, ora de resistencia, ora de libertad y progreso, necesita la condicion de unidad.

La ciencia política condena por anárquica la division del poder en legislativo, ejecutivo y judicial, y la experiencia demuestra de un modo terrible que es una quimera irrealizable, una utopia que no puede llegar nunca á la categoría de hecho el equilibrio de esos supuestos poderes ideado por la escuela ecléctica. Así como la soberanía es una, el poder que de ella emana tiene que ser uno en su constitucion y en sus funciones, siendo, por consiguiente, lo único racional que estas se clasifiquen con arreglo á su importancia, independientes una de otra para que su ejercicio no sea embarazoso, pero reconociendo igual origen y eslabonadas entre sí por un método armónico. Para que las diversas ruedas del mecanismo constitucional giren en la órbita precisa que la conveniencia pública y la justicia exigen, debe establecerse sobre la base indestructible del derecho el poder de la ley, cuyo órgano sean los representantes de la opinion del país, y cuya ejecucion se encomiende á los delegados del pueblo, retribuyéndoles decorosamente ese servicio de mera administracion.

Esta teoría del poder público nos parece la más sencilla y conforme á las dos necesidades de libertad y de orden, que más directamente se hacen sentir en toda sociedad, como que de su satisfaccion depende la de todas las demás que el hombre experimenta en el comercio con sus semejantes. El cuerpo administrativo no debe tener más atribuciones que las de ejecutar la ley, y toda la cuestion queda por consecuencia reducida á determinar en quién reside la soberanía. En tal concepto, si por resultado de los estudios que ofrecemos en este libro, logramos demostrar que el bien general es el objeto primordial de las asociaciones humanas; que estas se fundan en la ley de la atraccion moral, y que ningun criterio puede ser superior al de la conciencia pública, habremos dado un paso decisivo en la via del progreso, y marcado á la juventud estudiosa el derrotero de la civilizacion hácia la armonía de intereses y derechos que se propone descubrir la ciencia.

Aparentemente todo Gobierno aspira á realizar el bien general, creyéndose los reyes más absolutos encargados por la Providencia de dirigir á los súbditos hácia la perfeccion relativa que admiten, que no es, en suma, una cosa distinta de la obediencia. El orden se traduce en las monarquías del derecho antiguo por el respeto ciego y sumiso á la voluntad del Señor, á quien la ley y la religion representan como depositario de la sabiduría suprema y vicario de Dios, único intérprete del derecho por tanto, y árbitro exclusivo de la justicia.

En virtud de este principio el rey legisla, sus ministros administran la justicia en su nombre, y frecuentemente los soldados y el verdugo son los ejecutores de sus decretos soberanos. Si esto es lógico, supuesta la legitimidad de la soberanía, ¿por qué no ha de serlo igual procedimiento con respecto al régimen de libertad que trata de afianzar la filosofía moderna, de acuerdo con las máximas reveladas en el Evangelio? La monarquía ha echado hondas raíces en favor de la unidad del poder, refiriendo

todas las facultades de Gobierno y administracion á la persona del soberano, á quien solo incumbe delegarlas, y de quien arranca toda jurisdiccion como todo bien, porque el rey reina por derecho divino: tal es su principio de autoridad.

El error de esa doctrina consiste en la determinacion del soberano, no en otra cosa, porque en verdad, la soberanía, expresion la más alta que se reconoce del derecho, procede directamente de la divinidad. Pero Dios no ha revelado que haya hecho á uno ó varios hombres superiores á la generalidad, y consta por el contrario de un modo auténtico que se hizo hombre para disipar el error y la mentira; para redimir á todos los hombres del pecado original de haber violado sus preceptos; para enseñar la ley de amor y dar un ejemplo sagrado de fraternidad, y para acreditar con el testimonio de su palabra que la humanidad no tenia más señor ni maestro que su divino Padre, el Hacedor de los mundos que llenan el espacio infinito. El primer derecho de la humanidad, el hecho constante de todos los siglos es el ejercicio de la soberanía por sí misma, ora aclamando jefes que la conduzcan á la guerra; ya gobernándose democráticamente, ó bien aceptando por ignorancia y fanatismo la dominacion de los usurpadores. Hé ahí lo que de sus páginas arroja la historia.

La inesperienza, la ignorancia y la supersticion que han sido en los anteriores periodos históricos el patrimonio de la humanidad, condenada por la naturaleza como el sér individual á recorrer las fases de la existencia, que comienzan en la infancia y concluyen en la decrepitud; esos tres agentes del demonio, porque el espíritu del mal no tiene otros, han sido la causa de los abusos y atropellos de que ha sido víctima aquella obra predilecta del Creador durante su primera edad. Restablezcamos la verdad remontándonos á la historia; busquemos el derecho en la naturaleza; pitámos á la atraccion, al amor, al interés, al egoísmo, si se entiende así, la ley de la asociacion humana, y suprimamos la necesidad de la violencia, relegando á los horrores del pasado y abandonando entre los escombros que amontonamos del presente el impio poder de la fuerza, con su funebre cortejo de soldados y verdugos. Tengamos resolución para abordar francamente la ciencia, que es verdadera, y nos ha sido revelada por Dios mismo, y despues de trazar el pavoroso cuadro de los infortunios que el demonio de la ignorancia ha hecho sufrir á nuestra especie, levantemos el grandioso edificio del porvenir sobre la base del derecho universal, distribuido con equidad al hombre, como cualidad integrante de su sér racional y sensible, obra indefinidamente perfectible de la creacion.

F. J. MOTA.

EL TÉ, EL CAFÉ, EL CHOCOLATE Y EL TE-CAFÉ.

Historia de su uso: estadística de su produccion y consumo: su activa y provechosa accion sobre la economía animal.

Varietades de tés.

En el capítulo de los tés el profesor Johnston se ocupa, con gran copia de noticias que constituyen una acachada monografía, en primer lugar del verdadero té; del té de la China; de la hoja del arbusto camelifero *thea sinensis*. Despues del *Maté* ó té del Paraguay, desde tiempo inmemorial usado en la América del Sur y que se prepara con las hojas de un acedo de aquellas tierras (*Ilex Paraguayensis*), del que en el Brasil se conocen y emplean otras dos especies, el *ilex Thezans* y el *ilex Gongonha*. Y por fin del *te-café*, que es el objeto de este escrito y que se emplea universalmente en la isla de Sumatra.

De pasada menciona otras muchas infusiones asimismo bautizadas con el nombre de té. El de Chile y el de la América Central preparados con las hojas de la leguminácea *Psoralea glandulosa* y con la escrofularia *Capraria bifolia*; los tés norte-americanos del Labrador, de los Apalaches, de Nueva Jersey, de Montana y de Oswego; otro té brasileño llamado *Capitão da Malto*, el de Méjico y el de Santa Fé; el *teoolsie* de la India, el *amát sja* ó té del cielo usado en el Japon; dos ó tres de Tasmania hechos con hojas de ciertas plantas mitáceas, una de las cuales recibe de los malayos el nombre de *árbol de larga vida*; el *te de Laham*, preparado en las islas Mauricio y Borbon con las hojas de una orquídea aromática pariente de la vainilla; el té de Abisinia, hecho con las hojas secadas al sol de un arbusto relacionado con el *sageretia thezans* (1) de

(1) Las hojas se comen ó se cuecen en leche y en agua, y añadiendo miel forman una bebida muy

que la gente pobre se sirve en la China en lugar del legítimo té; y finalmente, menciona como extensamente usadas en el Norte de Europa, y como entre los mas apreciados sustituyentes del té de China, la infusión de salvia (1) y la de la mezcla del 1 del fruto del endrino ó ciruelo silvestre, y 2 de fresas.

Pero esas plantas capaces de dar una infusión aromática y grata, saludable y aun acaso activamente medicinal, cuya lista podría alargarse casi indefinidamente, v. g. con la yerba buena, la manzanilla ó camomila y la hoja del naranjo, y de la Flora Cubana con la yerba caletura (la citronelle de los franceses) y la corteza del almácigo, y sin duda con otras muchísimas mas, no contienen ó no se sabe que contengan el principio alcaloide amargo, sustancia extractiva particularmente activa y vivificadora llamado teína ó cafeína que encierran el té de la China, el maté del Paraguay, y las hojas y grano del café. La única entre las mencionadas plantas en la que se presume la presencia de ese generoso principio es la *catha edulis* (de las celstráceas) con que se hace el té de Abisinia, y es por razon de su parentesco con la Sageretia theezans de la China que conocidamente lo contiene.

Somos los españoles poco bebedores de té; y puede decirse que fuera de los grandes centros de población ó de los lugares relacionados con el comercio extranjero, fuera en fin de donde los hábitos son algo cosmopolitas, menos puramente nacionales, esa planta tan preciada para otras gentes y su delicada infusión no se encuentran sino en los anaqueles de los herboristas ó de los boticarios, ni se bebe sino ocasionalmente por los enfermos, y solemos decir que el extremo aprecio que los ingleses hacen del té es manía, que no vale mas esa bebida que la de cualquiera otra yerba aromática á que se echa dulce; que es la leche y rica nata, ó las sabrosas tostadas con mantiguilla, ó los pasteles, ó la copa de añejo rom con que se la sirve, y la moda que ha hecho de ese brebaje el elegante pasatiempo de algunas tertulias, y que lo ha ennoblecido con las ricas teteras y salvillas de oro ó de esmalta-da porcelana, y con las pulcras manos y amena obsequiosidad de las damas que acostumbra escanciarlo; que son, en fin, esos adinuculos y salsa lo que ha elevado al té al alto predicamento de que goza y se envanece.

¿Es justo ese concepto de desden? No, ciertamente, si se cree lo que cuenta y explica el profesor Johnston y de que voy á trascribir, y algo tambien de otras fuentes, lo mas importante.

El té, el café y el cacao, no solo son alimenticios y vigorativos tanto del cuerpo como del espíritu en la via ordinaria de la nutrición, sino que por virtud de un admirable fenómeno fisiológico, cuyos efectos son evidentes aunque no se expliquen del todo, contribuyen de un modo especial al sostenimiento y mejor régimen de la economía animal.

Universalidad del uso de bebidas aromáticas calientes.

El gusto por las bebidas calientes aromatizadas es universal. En el helado Labrador y en la nevada Rusia, podría explicarlo el clima; pero su generalización arguye un motivo de ser mas radical, puesto que tanto prevalece en las regiones tropicales como en las árticas.

En la América central, el indígena y el criollo se deleitan por igual en su antiguo chocolate; en la del Sur todo el mundo bebe el té del Paraguay; los pieles-rojas de la del Norte tienen tambien variedad de té; en las Antillas, y en los Estados-Unidos desde la Florida hasta la Georgia, las diferentes razas europeas sorben y paladean como el mas exquisito néctar su favorito café, mientras que en los Estados del Norte y en la América inglesa predomina el uso del té.

Todos los pueblos de Europa poseen asimismo su especial bebida caliente. En España ó Italia es el chocolate; el café en Francia, Alemania, Suecia y Turquía; la Rusia, la Holanda y la Inglaterra prefieren el té. La gente pobre de Irlanda se compone con la cáscara del cacao desechada en los molinos de chocolate de España y de Italia (2).

Toda el Asia experimenta y satisface la misma necesidad. El café, indígena de la Arabia ó de las tierras vecinas, ha seguido la bandera del profeta en su dilatada carrera de triunfos, y allí domina donde sus faltos ritos tomaron asiento. El té, natural de la China, ha remontado por las altas laderas del Himalaya y se ha extendido por las mesetas de la Tartaria y del Ti-

bet y por las llanuras sin fin de la Silesia; ha escalado las cordilleras del Altai é invadido la Rusia entera, é impera despótico en Moscú y en San Petersburgo. La hoja del café hace las delicias y la mitad del alimento de los sóbrios isleños de Sumatra; y los etíopes se saborean con el chaat ó té de la Abisinia.

Por todas partes, entre las tribus de todo color y nombre y de todos los grados de civilización, desde el ardiente sol del Ecuador hasta las frías nieblas del Polo, se halla arraigado el uso de alguna bebida caliente que, en uso moderado, no es ni narcótica ni embriagante. Sin duda, pues, que esa costumbre fundamentalmente humana, satisface á alguna necesidad universal, orgánica de nuestra pobre naturaleza.

La Gran Bretaña consumió en el año 1852 35.000.000 libras

La Rusia en 1845 5.515.266 »
La Holanda en » id. 2.757.600 »
El resto de Europa en » id. 2.715.000 »

Segun el muy conocido Diccionario de artes, manufacturas y minas del Dr. Ure, en el año 1851 se importaron en la Gran Bretaña libras de té, 71.466.460, de las que consumió 33.963.112.

La historia del café no es menos curiosa. Se dice que es originario de Eneaca y Caffa ó Kaffa (2); en la Abisinia meridional, en cuyo pedregoso suelo crece espontáneamente como una planta salvaje; desde tiempo inmemorial se ha usado en aquel país la infusión de su grano, y ahora se cultiva extensamente. Su uso en Persia data del año 875. De Abisinia pasó á la Arabia al comenzar el siglo xv, y reemplazó parcialmente al antiguo chaat ó té que primeramente la habia prestado el mismo país. Bien pronto se extendió por todo el mundo mahometano, á pesar de la violenta oposición que entre los turcos encontró de parte de los doctores del islam: bajo el reinado de Amurates III, el Muftí alcanzó un firman para que se cerrasen todos los cafés, el cual se revocó en la minoría de Mahomet IV. Hasta el año 1555, imperando Soliman el Magnífico, no pudo beberse libremente el café en Constantinopla; y trascurrió un siglo antes de que ese placer se propagase á la Europa cristiana. La primera casa para beber café en ella, conocida, la instaló en Londres en el año 1652, en Lombard street, un griego llamado Pasqua; en París introdujo su uso en el año 1669 Suleyman Agá; un armenio abrió el primer café tres años despues en la feria de Saint-Germain, y al mismo tiempo se establecia otro en Marsella.

Desde esas fechas su producción y su consumo han crecido incesantemente, y hoy forma el café la diaria y delectable bebida de lo menos cien millones de hombres.

Historia del uso del té y su extension actual.

La mitad de la raza humana bebe té: 300 millones de chinos y 200 mas entre japoneses, tártaros, las gentes de Nepal, las que habian inglés desde la boca del río Mackenzie por las islas Orcadas hasta la nueva Zelanda, los rusos, los holandeses, y con menor predilección, buena parte de los pobladores de casi todos los otros países de Europa.

El uso del té parece que no se hizo general en la China, hasta despues del año 600 de nuestra Era, y que es hacia el 810 cuando se extendió al Japon. A Europa no fué hasta principios del siglo xv: era en ella ya muy general el uso de las infusiones calientes de hojas y yerbas, y la salvia era grandemente estimada en Inglaterra, y aun se dice que los holandeses la llevaron en alguna ocasion á la China como artículo de cambio con la hoja del té; de esta se presentaron en Moscú, por una embajada rusa que regresaba de aquel país, algunos paquetes esmeradamente conservados, y fué recibida con grande aceptación; en el año 1664 la compañía inglesa de la India presentó dos libras al rey Carlos II como una dádiva preciosa.

La producción y consumo del té han crecido rápidamente y hoy son enormes. M. Ingham Travers estima que solo la China produce (año 1853) 2.240.000.000 de libras, ó sea un millón de toneladas inglesas (1) de hoja preparada para el consumo; es tambien considerable la producción de Corea, de Assam, del Japon y de Java; y desde aquella fecha se ha extendido su cultivo á las provincias altas de la India, á la península de Malaca y á Rio Janeiro.

La Gran Bretaña consumió en el año 1852 35.000.000 libras

La Rusia en 1845 5.515.266 »
La Holanda en » id. 2.757.600 »
El resto de Europa en » id. 2.715.000 »

Segun el muy conocido Diccionario de artes, manufacturas y minas del Dr. Ure, en el año 1851 se importaron en la Gran Bretaña libras de té, 71.466.460, de las que consumió 33.963.112.

Historia del uso del café y su extension actual.

La historia del café no es menos curiosa. Se dice que es originario de Eneaca y Caffa ó Kaffa (2); en la Abisinia meridional, en cuyo pedregoso suelo crece espontáneamente como una planta salvaje; desde tiempo inmemorial se ha usado en aquel país la infusión de su grano, y ahora se cultiva extensamente. Su uso en Persia data del año 875. De Abisinia pasó á la Arabia al comenzar el siglo xv, y reemplazó parcialmente al antiguo chaat ó té que primeramente la habia prestado el mismo país. Bien pronto se extendió por todo el mundo mahometano, á pesar de la violenta oposición que entre los turcos encontró de parte de los doctores del islam: bajo el reinado de Amurates III, el Muftí alcanzó un firman para que se cerrasen todos los cafés, el cual se revocó en la minoría de Mahomet IV. Hasta el año 1555, imperando Soliman el Magnífico, no pudo beberse libremente el café en Constantinopla; y trascurrió un siglo antes de que ese placer se propagase á la Europa cristiana. La primera casa para beber café en ella, conocida, la instaló en Londres en el año 1652, en Lombard street, un griego llamado Pasqua; en París introdujo su uso en el año 1669 Suleyman Agá; un armenio abrió el primer café tres años despues en la feria de Saint-Germain, y al mismo tiempo se establecia otro en Marsella.

Desde esas fechas su producción y su consumo han crecido incesantemente, y hoy forma el café la diaria y delectable bebida de lo menos cien millones de hombres.

La Gran Bretaña consumió en el año 1852 35.000.000 libras

La Rusia en 1845 5.515.266 »
La Holanda en » id. 2.757.600 »
El resto de Europa en » id. 2.715.000 »

Segun el muy conocido Diccionario de artes, manufacturas y minas del Dr. Ure, en el año 1851 se importaron en la Gran Bretaña libras de café, 119.964.000, de las que consumió 494.997.000.

Los países que proveyeron al consumo inglés del año 1852, y los precios á los que las diversas procedencias solian cotizarse en 1858, son estos:

Brasil.....	50 » 70	6.700.000
Id. de Jamaica.....	50 » 100	4.000.000
Id. de Moka (no tri- lado ó garbillado).....	50 » 60	1.800.000
Id. otra clase de Moka.....	68 » 90	
Id. de varias otras procedencias.....		400.000
TOTAL.....		35.000.000

Los países productores de café, ordenados conforme á la relativa importancia de su producción, son los siguientes, segun el citado Diccionario de Ure, y refiriéndose á los años de 1853:

1. Brasil.....	8	Antillas francesas.
2. Cuba.....	9	Puerto-Rico.
3. Hayti.....	10	Sumatra.
4. Java.....	11	Ceylan.
5. Antillas inglesas.....	12	Borbon.
6. Guayana holandesa.....	13	Manila.
7. América del Sur.....	14	Moka.

Brasil.....	50 » 70	6.700.000
Id. de Jamaica.....	50 » 100	4.000.000
Id. de Moka (no tri- lado ó garbillado).....	50 » 60	1.800.000
Id. otra clase de Moka.....	68 » 90	
Id. de varias otras procedencias.....		400.000
TOTAL.....		35.000.000

Los países productores de café, ordenados conforme á la relativa importancia de su producción, son los siguientes, segun el citado Diccionario de Ure, y refiriéndose á los años de 1853:

1. Brasil.....	8	Antillas francesas.
2. Cuba.....	9	Puerto-Rico.
3. Hayti.....	10	Sumatra.
4. Java.....	11	Ceylan.
5. Antillas inglesas.....	12	Borbon.
6. Guayana holandesa.....	13	Manila.
7. América del Sur.....	14	Moka.

pudiéndose estimar la producción del Brasil en 72 millones de libras y en un millon la de Moka.

Segun la estadística del año 1861 la producción de la isla de Cuba fué de 168.107 quintales (de ellos 83.057 por la jurisdicción de Santiago de Cuba), que hacen 17.059.773 libras inglesas: en el año de 1862 fueron 186.385 quintales.

El consumo total de Europa hacia los años de 1834 se estimó, dice M. Johnston en 75.000 toneladas ó sean 168.000.000 de libras inglesas, valoradas en 4 1/2 millones de libras esterlinas, y el del año 1858 se estimaba en 87.500 toneladas, y en 262.500 la producción del mundo entero.

La importacion anual de café en las principales naciones mercantiles, hacia los años de 1853, la establece así el Diccionario de Ure, sobre datos oficiales:

	1841.	1843.	1848.	1851.	1852.
Brasil.....	160	174	270	300	300
Java.....	112	125	140	100	120
Santo Domingo (Hayti).....	25	38	35	40	30
Cuba y Puerto-Rico.....	56	50	50	30	25
Antillas inglesas.....	12	10	12	7	5
Antillas francesas y holandesas.....	6	7	5	2	2
Sumatra.....	12	15	10	10	8
Moka, etc.....	40	8	6	5	3
Ceylan.....	10	15	25	25	30
La Guayra (República de Venezuela.).....	25	30	30	25	20
Costa-Rica.....	2	3	5	6	5
Suma.....	430	475	588	650	648
Toneladas inglesas.....	119.964	212.054	262.500	245.536	244.643
Toneladas métricas.....	104.997	215.404	266.647	249.415	248.508

(Se concluirá.)

CÓMO SE HIZO LA COSA.

(DEL INGLÉS.)

Tilín! tilín! Es el cartero que llama.

—Dos cartas para la señora de Lobb, villa de los Cedros Putney.

Y mi doncella Carlota entra en mi gabinete diciendo: —Señora, dos cartas para vos.

—Vamos, me parece que sueño y que voy á despertar de un momento á otro, encontrándome la señorita Plumidge como antes.

El miércoles hizo seis semanas que me casé, y así, cuando alguno me llama de buenas á primeras la señora de Lobb, necesito pellizcarme para estar segura de que es de mí de quien se trata. ¡Ah! la juventud se acostumbra fácilmente á las cosas nuevas; pero cuando se ha llevado un mismo nombre durante cuarenta y siete años, parece imposible poder cambiarlo nunca.

Y sin embargo, yo he hecho este milagro, que milagro es, y grande, lograr un casamiento en Binfield. No es esto que yo reniegue de mi país natal; pocos hay tan alegres en Inglaterra, y para las solteras de cierta edad aficionadas al trato social y á la economía al mismo tiempo, indudablemente ofrece grandes ventajas. No obstante, hoy, en mi nueva posición, tendré el valor de decir, que bajo un cierto punto de vista, Binfield deja algo que desear. Aquí no hay solterones. Los pollos abundan; no faltan tampoco jóvenes de grandes esperanzas; pero un hombre con su porvenir asegurado y viviendo de sus rentas, no se vió nunca en Binfield sin tener una mujer á su lado. No es, por lo tanto, de extrañar, que yo, que estoy muy lejos de ser una hermosura, no pueda acabar de persua-

	TONELADAS.
En los Estados-Unidos de América.....	46.070
Francia.....	29.000
Hamburgo.....	20.620
Gran Bretaña (término medio de diez años).....	18.250
Amberes.....	10.000
Trieste.....	9.000
Amsterdam (1).....	8.530
Bremen.....	4.500
San Petersburgo.....	2.000
Suecia y Noruega.....	1.470
Dinamarca.....	1.400
España.....	1.000
Prusia.....	930
Nápoles y Sicilia.....	640
Venecia.....	320
Fiume.....	170
Total.....	154.550

Los editores (Filadelfia, 1853) de la geografía física de Mary Somerville hacen subir á mas, y distribuyen de otra manera que la que precede la producción relativa y el consumo del café en los diferentes pueblos; pero su cifra final, estimativa del consumo general en el mundo, concuerda sensiblemente con la que del profesor Johnston se apunta en la página 104.

«El consumo de café en Europa en el año 1848, término medio de varias referencias, fué de 400 millones de libras; y el de los Estados-Unidos y la América inglesa, 150 millones; lo que hace para esas dos regiones solamente 550 millones de libras, ó sean, 245.535 toneladas.» —Se calcula que el consumo de café aumenta en Europa á razon de 2 1/2 por 100 al año, y á la de 7 1/2 en los Estados-Unidos. El consumo anual en este último país por habitante es de 6 1/2 libras.—La producción de café ha aumentado en 118 millones de libras desde el año 1841 al 1853.»

«La producción de café en varios países en cinco diferentes años ha sido diligentemente computada con presencia de varias autoridades y puede establecerse en millones de libras, como sigue:

	1841.	1843.	1848.	1851.	1852.
Brasil.....	160	174	270	300	300
Java.....	112	125	140	100	120
Santo Domingo (Hayti).....	25	38	35	40	30
Cuba y Puerto-Rico.....	56	50	50	30	25
Antillas inglesas.....	12	10	12	7	5
Antillas francesas y holandesas.....	6	7	5	2	2
Sumatra.....	12	15	10	10	8
Moka, etc.....	40	8	6	5	3
Ceylan.....	10	15	25	25	30
La Guayra (República de Venezuela.).....	25	30	30	25	20
Costa-Rica.....	2	3	5	6	5
Suma.....	430	475	588	650	648
Toneladas inglesas.....	119.964	212.054	262.500	245.536	244.643
Toneladas métricas.....	104.997	215.404	266.647	249.415	248.508

DIEGO LOPEZ DE QUINTANA.

dirme de que soy realmente «la señora de Lobb» y el ama de esta casa.

Voy ahora á contar cómo se hizo esto. Pamela y yo somos hijas de un coronel, retirado ya del servicio, en la época á que alcanzan mis primeros recuerdos, y el cual al morir nos dejó la casita en que viviamos y una renta de seis mil reales. Para conseguir legarnos esta modesta fortuna, hubo de privarse el pobre de muchas comodidades, y esta consideración nos hace su memoria mas querida. Nosotras siempre hemos procurado hacer lo que él hubiera querido que hiciéramos, y es prueba de ello que años pasados, cuando M. Jhompson, hombre muy recomendable—por mas que fuese panadero—me brindó con su mano y su corazón, habiéndome dicho mi hermana Pamela: «De ningún modo; la posición que ocupó papá nos lo impide,» comprendí que debía rehusar, y rehusé, aunque con gran sentimiento mio, lo sonfieso, porque M. Jhompson era viudo y yo hubiera tenido mucho gusto en encargarme de cuidar las dos niñas que tenia.

Despues de esta proposición matrimonial, no habia vuelto á tener otra y empezaba á conformarme con la suerte que parecia estarme reservada. Esto no era muy trabajoso para mí, porque yo no soy como mi hermana Pamela. Ella es una mujer extraordinaria, tan extraordinaria, que algunos pretenden que debería ser un hombre. Pamela es una de esas personas que no ceden nunca, y no sabré decir qué es mas fuerte en ella, si el cuerpo ó el espíritu; porque uno y otro son gigantescos. Despues de haberla tenido andando todo el dia, si consigues oírle decir que está un poco fatigada,

(1) La cosecha de la isla de Cuba en el año 1862.

no se logrará por eso que consienta en descansar de otro modo que sentada muy tiesa en una silla. La proposición de echarse en un sofá sería acogida por ella con ese aire de desprecio y de altanería que solo las narices grandes que tienen una especie de protuberancia en medio, saben expresar con exactitud. Pamela está muy orgullosa de su nariz, que es la nariz de la familia. Yo la contemplo de noche cuando duerme, y al verla con sus brazos apoyados sobre el pecho, no puedo menos de recordar esas estatuas de nobles cruzados que se ven en las catedrales de la Edad Media.

Todo es contradicción en este mundo. A no ser así, ¿cómo habría de llamarse ella Pamela y yo Britannia? Mi madre era tan apasionada de la novela de Richardson, que se empeñó en poner el nombre de la amable heroína a la primera hija que tuviese. Esta fué una de las pocas ocasiones en que mi padre se mostró condescendiente, y eso porque se convino en dejar a su sola y exclusiva elección el nombre del segundo hijo. Desgraciadamente ese hijo fui yo y eligió para mí el nombre de Britannia. Cuando éramos pequeñas me llamaba siempre su hija, y cuando mi hermana y yo regañábamos no dejaba de silbar el aire nacional ¡Rule Britannia! ¡Reina Britannia! Esto no duró mucho tiempo, porque nadie podía reinar sobre Pamela. Desde muy pequeña conocí ya su superioridad intelectual. En el colegio me acuerdo que ella recitaba de memoria y sin equivocarse todas las reglas de la Gramática; jamás se hubiera rebajado a copiar una suma del cuaderno de cuentas de otra compañera, y no se tome a exageración si digo que comprendía la utilidad de los globos terrestres y celestes, y que hubiera podido dar explicación de todas sus líneas.

Solo en una cosa me cabía la satisfacción de aventajarla; en el baile. Durante este, yo sorprendía una sonrisa de aprobación en el rostro de mi madre, que seguía mis movimientos con su mirada. Pamela aborrecía el baile porque sus miembros, largos y huesosos no le permitían brillar en él. Por lo que á mi hacer, todavía conservo afición al culto de Terpsicore; pero si por casualidad tomo parte en alguno para ayudar á las jóvenes á aprender las figuras, conozco que hago un papel ridículo á sus ojos.

Yo soy muy aficionada á los niños y á la juventud en general, y nada me es tan grato como recibir las confidencias de alguna joven á quien conozco desde niña, cuando viene á contarme sus inocentes amores.

Creo que Pamela tiene razón, cuando dice que soy un poco novelesca. Con frecuencia me he lamentado de no haber tenido también, en mi tiempo, algún amor de la juventud, que mas tarde hubiese podido recordar; esto conserva la frescura del corazón. Pamela dice que las mujeres han sido creadas para un objeto mas elevado, y que tienen otra misión mas grande que la de permanecer sentadas, soñando en amores y matrimonios. Sin duda tendrá razón; pero nadie me probará que las mujeres que se dedican á la química, á la astronomía y á otras cosas por el estilo, sean mas agradables ó mas afortunadas que las demás.

Por otra parte, veo que los mejores corazones, los mas encantadores caracteres que he encontrado en el curso de mi vida, pertenecían siempre á preciosas coquetillas, llenas de vanidad y que solo pensaban en trastornar la cabeza á todos los hombres que se les aproximaban, ya tuviesen 18 ó 78 años. Confieso que he pensado á menudo y con satisfacción en la debilidad de los hombres. Para comprender bien este sentimiento, es preciso haber tenido la dicha de vivir con una mujer verdaderamente superior. Dios mío! cuánto se solaza el espíritu al lado de los seres débiles! Comprendo que debe haber sido bastante penoso para Pamela vivir conmigo, que no tengo una inteligencia á la altura de su capacidad. Algunas veces, cuando he creído que esto era causa de su abatimiento, he tratado de entablar con ella alguna disertación; pero siempre he obtenido un resultado desastroso, abandonándose completamente todos mis escasos conocimientos. En algunas ocasiones he tenido también, la candidez de creer que mis argumentos la interesaban; pero apenas había concluido de hablar, cuando mirándome fijamente me decía: «Britannia, os ruego, como un fa-

vor particular, que no saqueis á relucir vuestra deplorable ignorancia delante de otra persona.» Yo no puedo perdonarme mi torpeza, y así que uno de mis mayores placeres hoy, es pensar que puedo hacer con frecuencia regalitos á mi hermana, á fin de probarle que no soy ingrata y que no echo en olvido la paciencia que ha mostrado conmigo.

Pamela y yo comenzábamos á envejecer; ella adelgazaba y yo engordaba. Las personas que cuando éramos niñas habíamos conocido en toda la fuerza de la edad iban desapareciendo una á una. La niñez estaba muy lejos de nosotras, y todo parecía haber cambiado desde entonces. A menudo sucedía que me pusieran en apuro niños que solo contaban diez años. Hasta la Gramática había cambiado. Las ciudades que en nuestro tiempo estaban en un país, ahora se encontraban en otro. Los hechos aprendidos entonces no eran ya otra cosa que cuentos soporíferos. Ya no había Guillermo Tell ni Juana de Arco. Enrique VIII había sido trasformado en un buen padre de familia, y Ricardo III, en lugar de subir al trono «nadando en la sangre de sus mas próximos parientes», pasaba por un hermano y un tío modelo. Personas á quienes habíamos visto casarse, eran ya abuelos y abuelas, y niños á cuyo bautizo habíamos asistido, eran jóvenes que entre sí nos llamaban «la vieja Pamela» y «la gorda Britannia.»

Binfield está situado á siete leguas de Londres. Nosotros teníamos la costumbre de ir á Londres, dos veces al año para cobrar nuestra renta y adquirir los objetos de tocador que necesitábamos, como también para regocijar nuestros ojos con el espectáculo de las magnificencias de todas clases expuestas en las vidrieras de las tiendas.

Esta costumbre databa del tiempo de nuestro padre, y así durante el día que pasábamos en la populosa capital habíamos á menudo de él, de la sorpresa que le habría causado tal ó cual cambio, tal ó cual mejora, y del placer que habría tenido en contemplar algún objeto nuevo que á nosotros nos llenaba de admiración. Cuando la expedición que voy á describir, Pamela, que había ido á visitar una de nuestras amigas, me había dado cita en Londres, conviniendo ambas en que despues de terminadas nuestras diligencias, volveríamos juntas á Binfield. Yo siempre quedaba rendida despues de una de estas excursiones, pero no podíamos aceptar la invitación de nuestra amiga para que pasáramos la noche en su casa, porque teníamos billetes de ida y vuelta. ¡Es tan caro el viajar! Y luego, Pamela pretendía que nuestra posición nos obligaba á ir en primera clase. ¡Oh, Dios mío, yo me he preguntado en muchas ocasiones, por qué la posición y el dinero no han de ser siempre unidos, pues á la verdad, es difícil tener lo uno sin lo otro.

¡Y cuantas cosas hemos debido tener—sin contar todas aquellas de que hemos debido prescindir—porque era necesario en nuestra posición! Mi hermana, por ejemplo, nunca ha querido, ni siquiera oír hablar de lo que generalmente se llama una mujer de su casa, encontrando de mal tono el ocuparse en las faenas domésticas; así nos veíamos en la necesidad de tener una criada. Estas mujeres tienen un apetito horrible, y son ingratas como ellas solas. ¡No ha llegado á decir Susana, nuestra muchacha, que éramos unas miserables? Pero acaso soy injusta con la pobre chica, pues si ella hubiera sabido cuántas veces nos ha pasado á mi hermana y á mí dejar de comer cuando aún nuestro apetito se hallaba muy distante de estar satisfecho, con el fin de que le quedase una buena parte, creo que no nos habría calificado nunca de ese modo.

Mas volvamos á hablar de la mañana en que yo debía ir á Londres. El tren salía á las nueve menos cinco minutos, pero yo tenía tal temor de no llegar á tiempo, que á las siete y media ya estaba lista. Sin embargo, conociendo que hubiera sido ridículo salir de casa tan temprano, tomé un libro en el cual por cierto me fué imposible leer preocupada con la idea de que se me pudiese olvidar alguna cosa que Pamela habría de pedirme precisamente. Por fin el reloj dió las ocho. Necesitaba veinte minutos para ir despacio á la estación, por lo cual todavía me quedaba una media hora de espera. Decidí, pues,

salir á las ocho y cuarto á fin de prevenir cualquier accidente, y no anduve descertada en mi resolución, porque á la mitad del camino me apercibí de que había olvidado el pañuelo, y solo tuve el tiempo necesario para volver á casa y tomar uno. ¡Cuán agena me hallaba de que este pequeño incidente había de dar origen al acontecimiento mas grande de mi vida!

Cuando llegué á la estación miré en torno mio, pero no encontré ninguna persona conocida. El jefe de estación me colocó en un coche vacío, y aunque vi pasar muchos de nuestros vecinos de Binfield, todos se limitaron á saludarme, subiendo en otros wágones. Salí pues, sola, pero esto duró poco tiempo, porque en todas las estaciones subía y bajaba gente. Llegamos á Chingford, y aquí creí volver á quedarme sola; pero en el momento en que el tren se ponía en marcha, un señor de cierta edad se presentó muy sofocado. Un empleado abre la puerta de mi compartimiento, y el viajero entra en él murmurando entre dientes: «¡Oh, una señora sola!»

La expresión era tan inconveniente, que si Pamela hubiera estado allí, de seguro se habría quejado á la policía. Yo contemplaba al intruso con cierta curiosidad. Era un hombre muy alto y muy delgado, y vestido de una manera tan particular, que empecé á tener desconfianza y á sentir que no viniesen otros viajeros con nosotros. ¿Por qué llevaba pantalon blanco? El tiempo estaba muy lejos de ser caluroso. ¿Eran de dril ó de lienzo? Indudablemente yo debía examinar con demasiada atención su traje, porque de pronto se volvió y me dijo con voz fuerte:

JOSÉ MARÍA ANQUITA.

(Se concluirá.)

REVISTA TEATRAL.

OPERA.—ESPAÑOL.—LOPE DE RUEDA.—ZARZUELA.—BUFOS.

Quince días han pasado desde nuestra última revista, y aunque la quincena no haya sido abundante en estrenos, no cede en animación á la anterior. Los empresarios de Madrid hacen su Agosto con los extranjeros que este año han sentido sus reales en la heroica villa, pues ni un solo día dejan de estar completamente llenos todos los coliseos, desde el aristocrático teatro Nacional de la Opera, hasta el salon de Capellanes.

Dos semanas hace que abrió sus puertas el teatro de la plaza de Oriente, y el aspecto que desde entonces viene ofreciendo, á mas de ser risuño y agradable para la empresa, es notable, bajo distinto punto de vista. La aristocracia madrileña ha cesado ya en su retraimiento, y como en años anteriores, acude á escuchar las inspiradas melodías de los maestros. Todas las localidades están ocupadas por lo mas selecto de nuestra sociedad, y entre ella vemos figurar á la aristocracia revolucionaria. Esto anuncia que se han roto las vallas, y la sociedad española reformada ya entra en el cauce de sus costumbres.

Hasta ahora, las obras que se han cantado pertenecen al repertorio antiguo: *Matilde de Shabran*, *Nabuco* y *La Lucia*, conservan aun su merecida popularidad, pero bueno sería que, apartándose de la rutina establecida, la empresa nos diera á conocer algunas óperas nuevas. Esto daría mas variedad á los espectáculos, y no hay duda que de ello sacaría provecho la empresa.

La compañía no pasa de ser una medianía, y el público aguarda á que pisen la escena algunas notabilidades: verdad es, que difícilmente se hallarían unos espectadores mas corteses y considerados que los de Madrid, pero no está bien abusar de una cualidad tan meritoria.

El teatro Español ha merecido la honra de ser escogido por el Sr. Campoamor, para poner en escena la primera obra dramática del autor de las *Doloras*, y los Sres. Catalina y Otrá han sabido apreciar esta deferencia interpretando perfectamente los dos personajes de *Guerra á la guerra*.

Hemos sido siempre partidarios de que la escena dramática fuese el intérprete de nuestro siglo, y que para ello admitiese algo de la escuela realista: por lo tanto, el pensamiento del Sr. Campoamor merece nuestros aplausos por la idea que ha inspirado su *dolora*; pero no podemos estar conformes con las conclusiones que sienta, ni con algunos detalles importantes de su obra.

Mala razon es el sentimentalismo para combatir los vicios de nuestro siglo. Hoy estamos acostumbrados á reflexionar, y somos lo bastante prosaicos para no considerar que hemos logrado nuestro objeto con habérselo encomendado á Dios. Por eso *Guerra á la guerra*, será una obra literaria de mucho mérito, pero no producirá el efecto que el autor se propuso. Los dos soldados heridos podían haber pensado en la manera de estirpar el ardor bélico, reflexionando los tristes efectos que produce, y estudiando el modo de ser de nuestra sociedad: enseñar sus

heridas, pensar en sus madres y rezar: no curada, ni á nadie convence. A la *dolora* del señor Campoamor le falta un poco de filosofía práctica, y le sobra un mucho de espíritu reaccionario.

A mas, pueden achacársele otros vicios de escuela: ni las luchas de los pueblos son una barbaridad, como dice, ni la filosofía alemana es inútilmente profunda: en los tiempos antiguos se mataba sin tratados de Ginebra que protegiesen á heridos y prisioneros, y no ha perdido mucho la humanidad con haberse olvidado del arte de la guerra, cuya pérdida lamenta el autor de la *Dolora*.

El Sr. Campoamor ha prestado un servicio á la literatura; pero la sociedad solo puede agradecerle un esfuerzo inútil y mal dirigido.

Luna llena y *El procurador de todos* son las dos comedias con que ha vuelto á presentarse el conocido autor de *El que nace para ocharo*, y vemos por ellas que el Sr. Castillo conserva todavía su inimitable gracejo y sus originales ocurrencias. La primera de dichas obras nos recuerda un poco *Los celos afortunados*, que nos dió á conocer la compañía italiana, pero el autor castellano ha sabido embellecerla de nuevo con chistes originales y un inimitable diálogo. *El procurador de todos* es el retrato fiel de un carácter y un enredo, sencillísimo y natural: es otra de las cualidades que tenemos que añadir á la fama del Sr. Castillo.

Lope de Rueda continúa llamando al público con la vida que Vico sabe dar de nuevo á las creaciones literarias. Añadiríamos otros elogios á lo dicho sobre el joven actor; pero consideramos que es una vulgaridad encomiar un talento que nadie desconoce. Pronto le veremos en *La muerte civil*, y la comparación con Salvini que vamos á establecer, no puede menos de serle favorable.

Una comedia de Zumel se estrenó en este teatro; pero su corta vida nos excusa de ocuparnos de ella.

Cada obra en que podemos admirar á la señorita Bernal, es un nuevo aplauso para esta distinguida actriz. Sus compañeros la ayudan en su tarea de presentar admirablemente todas las obras, y juntos contribuyen á que el teatro de la Zarzuela sea el digno rival de la plaza de Oriente.

La *Marta* y *Catalina* han recobrado nueva vida, y el próximo estreno de *Galatea* no puede menos de redundar en provecho del coliseo que es uno de los puntos de reunion de nuestra sociedad mas distinguida.

Para entonces volveremos á oír á la señorita Zamacois.

Los Bufos han pasado al baile desde la plaza de toros. Hacea muy bien: hay quien les oye y les aplaude.

ANTONIO LLABERIA.

La redacción de LA AMERICA ha publicado los artículos titulados *Las pasiones de un gran rey*, por deferencia á su autor y por los datos históricos que contienen; pero no se entienda por esto que participe de las opiniones intransigentes que profesa su autor relativamente á puntos religiosos. La redacción de LA AMERICA, que respeta y tolera todas las opiniones, se hallaba en el caso de hacer esta declaración.

AMOR PERDIDO.

¡Ay, cómo hieres

el pecho mio

con tu doliente

blanco quejido!

Y es tortolilla

que yo imagino

cuán doloroso

es el martirio

de aquel que llora

su amor perdido.

Desde las cimas

del viejo Egipto,

la mar pasando,

pasando el Nilo,

llegas de un vuelo

á este retiro.

¡Tal vez presumes

hallar tu ídolo

entre las ramas

de algún aliso?

¡Oh, qué ilusiones,

qué desvarío!

Como en cadenas

gime el cautivo,

tiernos arrullos,

tiernos quejidos

darás al aire

en tu delirio

sin que tus penas

hallen alivio.

Que curar pueda

el pecho herido

no se conoce

ningun antídoto.

¡Ay, del que llora

su amor perdido!

JOSE BECERRA ARMESTO.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMERICA.

á cargo de José Cayetano Conde.

Floridablanca, 3.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Grippes, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOY DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifóidea.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquier comisión que se le confie.

Table with subscription rates for EL UNIVERSAL in Madrid, Provincias, and Ultramar.

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.

TENEDURÍA DE LIBROS.

por D. EMILIO GALLUR.

Nueva edición refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.

Encomendado por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfita de rosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

KENNISA

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas. — Conservación de la dentadura y las encías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á las once de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

TARIFA DE PASAJES.

Table showing fares for the Atlantic line to Puerto-Rico and Havana.

Comarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesetas; á la Habana, 200 cada litera.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos.

TARIFA DE PASAJES.

Table showing fares for the Mediterranean line to Valencia, Alicante, Málaga, and Cádiz.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

ISLA DE CUBA. Habana.—Sres. M. Pujolá y C., agentes generales de la isla.

SANTO DOMINGO. (Capital).—D. Alejandro Bonilla. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon.

SAN SALVADOR. San Salvador.—D. Luis de Ojeda. La Union.—D. Bernardo Courtade.

PIURA.—M. E. de Lapeyrouse y C. BOLIVIA. La Paz.—D. José Herrero.

BRASIL. Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande del Sur.—N. J. Torres Crehnet.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras.

Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en Paris con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.